

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXII

Nº7

JULIO - AGOSTO 2009



NUESTRA PORTADA:

TESOROS DEL MUSEO DE LA CATEDRAL DE OURENSE

Nuestra Señora. Trono de la sabiduría. Anónimo, siglo XIV; procedente de Seixalbo.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXII

Julio - agosto 2009

Nº 7

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Carta a los diocesanos para el mes de julio.....	1037
Carta a los diocesanos para el mes agosto.....	1040
Carta a los diocesanos para el mes de septiembre.....	1042
Homilía del Sr. Obispo en el 75º de las Siervas de San José en Ourense.....	1045
Homilía del Sr. Obispo en la Eucaristía de la Bendición Abacial del P. Juan Javier Martín Hernández..	1047
Carta del Sr. Obispo de presentación de la Programación de Pastoral.....	1051
Actividades del Sr. Obispo	1056

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos y defunciones.....	1061
Vicaría de Pastoral	
Programación pastoral para el curso 2009 - 2010	1063
Delegación de Liturgia. <i>Mejorar y profundizar en la Eucaristía del domingo</i>	1075

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española	
Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones	1089
Nombramiento Episcopal. Mons. D. José Manuel Lorca Planes, Obispo de Cartagena	1091
Nombramiento Episcopal. Mons. D. Renzo Fratini, Nuncio Apostólico en España.....	1091
La CEE condena el asesinato de dos guardias civiles en Mallorca.....	1093

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Ángelus	1097
Audiencias Generales.....	1105
Cartas.....	1112
Cartas Apostólicas	1115
Discursos.....	1117
Homilías	1133
Viaje Apostólico - Visita Pastoral a San Giovanni Rotondo (21 de junio de 2009)	1150
Santa Sede	
Discurso del Cardenal, Tarcisio Bertone, sobre la «Caritas in veritate» al Senado de Italia	1161
Aclaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre el aborto procurado.....	1173
Mensaje con ocasión de la Jornada Mundial del Turismo.....	1176

CRÓNICA DIOCESANA

Julio y agosto.....	1183
---------------------	------



LA VOZ DEL PRELADO

MENSAJES

Carta a los diocesanos para el mes de julio

Queridos diocesanos:

Os transmito parte de la homilía de la Fiesta del Corpus de Lugo, cuya 340ª Ofrenda del Antiguo Reino de Galicia al Santísimo Sacramento correspondía este año a la ciudad de Ourense:

Queridos hermanos: un año más la Fiesta del Santísimo Sacramento nos congrega en esta Catedral de la Adoración perpetua al Señor Sacramentado para renovar la inmemorial consagración de Galicia a Jesucristo presente en la Eucaristía.

Como ha enseñado el Concilio Vaticano II, la Eucaristía es la fuente y el culmen de la vida cristiana. Así la vivió siempre la Iglesia desde sus comienzos y en su peregrinar a través de los siglos hasta los confines de la tierra.

Hasta el “finis térrae” de la Gallaecia romana llegaron también un día bendecido los que en nombre de Jesucristo nos legaron la semilla del Evangelio (...) la singular configuración territorial de la Galicia actual, tan nuestra y tan diferente, sería incomprensible si prescindimos del concepto de parroquia y de sus tiempos sociales. El alma de todo este mundo cristiano la constituía la celebración de la Eucaristía en las comunidades dispersas.

No se entiende la existencia del pueblo cristiano sin la celebración de la Eucaristía que la constituye y la alimenta.

El Evangelio de S. Marcos nos recuerda el momento decisivo de la vida de Jesús en que, cenando con sus discípulos, tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: “Tomad, esto es mi cuerpo”. Y tomando la copa, se la dio diciendo: “ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos”. Esto mismo es lo que hace todo sacerdote en nombre de Cristo cuando preside la asamblea eucarística (...).

El siervo de Dios, Juan Pablo II, en su último viaje a Polonia, en el año dos mil dos, nos dejó casi como en forma de testamento una vibrante invitación a testimoniar la misericordia en el mundo de hoy (...) la Iglesia no puede dejar que se apague la luz del Evangelio. Es preciso hacer que el mensaje del amor misericordioso resuene con nuevo vigor. Nuestro mundo necesita el anuncio del amor de Dios.

La Iglesia en nuestra tierra tiene que examinarse del amor, ha de preguntarse si es la práctica solícita de la misericordia la que guía sus pasos, ha de meditar si es el ejemplo del buen samaritano un espejo en el que se siente reflejada (...) Hace falta esa mirada de amor para

darnos cuenta de que el hermano que está a nuestro lado, con la pérdida de su trabajo, de su casa, de la posibilidad de mantener dignamente a su familia y de dar instrucción a sus hijos, no le falte jamás nuestra caridad.

La civilización del amor no sólo hace real la ayuda al hermano necesitado, sino que articula una manera de entender la vida en la que son posibles los proyectos que todos anhelamos y el mundo de hoy necesita.

(...) te pedimos, Señor Sacramentado, que abras nuestros corazones a la fuerza de tu Espíritu para que sepamos poner lo mejor de nosotros mismos en la gran tarea de instaurar en nuestra tierra gallega la civilización del amor.

Con cariño, os bendice vuestro obispo:

Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Carta ós diocesanos para o mes de xullo

Queridos diocesanos:

Transmítovos parte da homilía da Festa do Corpus de Lugo, cuxa 340ª Ofrenda do Antigo Reino de Galicia ó Santísimo Sacramento correspondía este ano á cidade de Ourense:

Queridos irmáns: un ano máis a Festa do Santísimo Sacramento congréganos nesta Catedral da Adoración perpetua ó Señor Sacramentado para renova-la inmemorial consagración de Galicia a Xesuscristo presente na Eucaristía.

Como ensinou o Concilio Vaticano II, a Eucaristía é a fonte e o cumio da vida cristiá. Así a viviu sempre a Igrexa dende os seus comezos e no seu peregrinar a través dos séculos ata os confins da terra.

Ata o “finis terrae” da Gallaecia romana chegaron tamén un día bendito os que no nome de Xesuscristo legáronno-la semente do Evanxeo (...) a singular configuración territorial da Galicia actual, tan nosa e tan diferente, sería incomprendible se prescindimos do concepto de parroquia e dos seus tempos sociais. A alma de todo este mundo cristián constituíao a celebración da Eucaristía nas comunidades dispersas.

Non se entende a existencia do pobo cristián sen a celebración da Eucaristía que a constitúe e a alimenta.

O Evanxeo de S. Marcos lembrábono-lo o momento decisivo da vida de Xesús no que, cenando cos seus discí-

pulos, tomou un pan, pronunciou a bendición, partiuno e déullela, dicindo: “Tomade, isto é o meu corpo”. E tomando a copa, deulla dicindo: “Esta é o meu sangue, sangue da alianza, derramada por todos”. Isto mesmo é o que fai todo sacerdote no nome de Cristo cando preside a asemblea eucarística (...).

O servo de Deus, Xoán Paulo II, no seu derradeiro viaxe a Polonia, no ano dous mil dous, deixounos case como en forma de testamento unha vibrante invitación a testemuña-la misericordia no mundo de hoxe (...) a Igrexa non pode deixar que se apague a luz do Evanxeo. É preciso facer que a mensaxe do amor misericordioso resoe con novo vigor. O noso mundo precisa o anuncio do amor de Deus.

A Igrexa na nosa terra ten que se examinar do amor, ten que se preguntar se é a práctica solícita da misericordia a que guía os seus pasos, ten que meditar se é o exemplo do bo samaritano un

espello no que se sente reflectida (...) Fai falta esa ollada de amor para nos dar conta de que o irmán que está á nosa beira, coa perda do seu traballo, da súa casa, da posibilidade de manter dignamente á súa familia e de dar instrución ós seus fillos, non lle falte xamais a nosa caridade.

A civilización do amor non só fai real a axuda ó irmán precisado, senón que artella unha maneira de entende-la vida na que son posibles os proxectos que todos anhelamos e o mundo de hoxe precisa.

(...) Pedímosche, Señor Sacramentado, que abra-los nosos corazóns á forza do teu Espírito para que saibamos poñe-lo mellor de nós mesmos na gran tarefa de instaurar na nosa terra galega a civilización do amor.

Con cariño, bendívo-lo voso bispo:

Luís Quintero Fiuza
Bispo de Ourense

Carta a los diocesanos para el mes agosto

Queridos diocesanos:

¡Qué bien nos viene este tiempo de verano y vacaciones para recuperar fuerzas y poder desconectar un poco de la vida diaria que a veces tanto nos absorbe! Esta época es una oportunidad, un regalo de Dios, para gozar de la compañía de nuestros familiares y amigos. No dejemos pasar la ocasión de disfrutar del verano, de descansar y, al mismo tiempo, de guardar unos momentos cada día para participar en la Eucaristía y cuidar nuestra oración personal. Dios está siempre a nuestro lado, Él nunca se va de vacaciones.

Quizá este año, las vacaciones sean un poco distintas a las de tiempo atrás. La crisis actual que vive nuestro mundo y nuestra sociedad nos preocupa. No podemos decir que la situación nos pase desapercibida, ya que atañe a muchas familias que están sufriendo o que lo viven de cerca... Hemos de tomar conciencia de la gravedad de esta crisis en particular. ¡Cómo no intentar buscar soluciones juntos, planear posibles salidas o presentar esperanzados proyectos para ser capaces de salir de esta crisis, tanto económica como de valores, en la que estamos inmersos!

Sí, y añadido crisis de valores, porque si los valores humanos y los valores cristianos estuviesen bien injertados en la persona humana, seguro que la situación en la que están sumidas ya demasiadas familias no sería tan grave como lo está siendo.

Cáritas está trabajando con decisión para ayudar a superar necesidades concretas y urgentes, pero todos tenemos que poner nuestro granito de arena. Hoy se nos llama más que nunca a la austeridad y a la solidaridad; ojalá este verano nuestras vacaciones estén marcadas con un matiz especial en este sentido.

Sin embargo, debemos tener muy presente que la situación económica que vive nuestra sociedad, tiene sus raíces en una crisis moral y de valores mucho más preocupante, de la que la crisis financiera es sólo una de sus consecuencias. Así nos lo recuerda el Papa, Benedicto XVI, en su tercera encíclica, *Caritas in veritate*, que acaba de ser publicada y cuya lectura y reflexión, en estos días en que tenemos más tiempo libre, resulta indispensable. En ella, el Papa señala que el haber dejado de lado la ética en el camino de acumulación de riquezas emprendido por muchos, el relativismo moral y el empeño por alejar nuestras sociedades de Dios, limitando la fe al ámbito privado, son las razones principales que nos han llevado a esta situación. Por eso, para desandar este camino, nos alienta a un mayor compromiso, si olvidarnos nunca de Dios. “Sin Dios el hombre no sabe donde ir ni tampoco logra entender quién es”.

Con cariño, os bendice vuestro
Obispo:

Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Carta ós diocesanos para o mes de agosto

Queridos diocesanos:

¡Que ben nos vén este tempo de verán e vacacións para recuperar forzas e poder desconectar un pouco da vida diaria que a veces tanto nos absorbe! Esta época é unha oportunidade, un regalo de Deus, para gozar da compañía dos nosos familiares e amigos. Non deixemos pasa-la ocasión de gozar do verán, de descansar e, ó mesmo tempo, de gardar uns momentos cada día para participar na Eucaristía e coida-la nosa oración persoal. Deus está sempre a nosa beira, El nunca se vai de vacacións.

Quizais este ano, as vacacións sexan un pouco distintas ás de tempo atrás. A crise actual que vive o noso mundo e a nosa sociedade preocúpanos. Non podemos dicir que a situación nos pase desapercibida, xa que atinxe a moitas familias que están sufrindo ou que o viven preto de nos... Temos que tomar conciencia da gravidade desta crise en particular. ¡Como non tentar procurar solucións xuntos, planear posibles saídas ou presentar esperanzados proxectos para ser capaces de saír desta crise, tanto económica como de valores, na que estamos inmersos!

Si, e engado crise de valores, porque se os valores humanos e os valores cristiáns estivesen ben enxertados na persoa humana, seguro que a situación na que están sumidas xa demasiadas familias non sería tan grave como o está sendo.

Cáritas está traballando con decisión para axudar a superar necesidades concretas e urxentes, pero todos temos que poñe-lo noso graíño de area. Hoxe chámase-nos máis que nunca á austeridade e á solidariedade; oxalá este verán as nosas vacacións estean marcadas cun matiz especial neste sentido.

Sen embargo, debemos ter moi presente que a situación económica que vive a nosa sociedade, ten as súas raíces nunha crise moral e de valores moito máis preocupante, da que a crise financeira é só unha das súas consecuencias. Así no lo lembra o Papa, Bieito XVI, na súa terceira encíclica, *Caritas in veritate*, que vén de ser publicada e cuxa lectura e reflexión, nestes días en que temos máis tempo libre, resulta indispensable. Nela o Papa sinala que o deixar de lado a ética no camiño de amoreamento de riquezas emprendido por moitos, o relativismo moral e o empeño por afasta-las nosas sociedades de Deus, limitando a fe ó ámbito privado, son as razóns principais que nos levaron a esta situación. Por iso, para desandar este camiño, aléntanos a un maior compromiso, sen nos esquecer nunca de Deus. “Sen Deus o home non sabe onde ir nin tampouco logra entender quen é”.

Con cariño, bendívo-lo voso Bispo:

Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Carta a los diocesanos para el mes de septiembre

Queridos diocesanos:

“Dios está aquí!, venid adoradores, adoremos a Cristo Redentor”. Así canta nuestro pueblo cristiano y a eso, fundamentalmente, nos convoca la Programación diocesana de Pastoral para este curso. Culmina así un cuatrienio en que la acción pastoral de nuestra Diócesis ha intentado vertebrarse en torno al misterio de la Santísima Eucaristía como centro, fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia.

Los cursos pastorales anteriores han puesto el acento sobre la Eucaristía como misterio que se ha de creer, como misterio que se ha de celebrar y como misterio que se ha de vivir. Los objetivos y las acciones programadas estos años mantienen toda su vigencia de cara al futuro. Cada nueva programación no implica que se haya de descuidar lo anterior: os animo, pues, a llevar adelante lo ya comenzado y a poner empeño renovado en intentar poner en práctica lo que todavía queda por hacer.

En este último año del cuatrienio, en que tendrá lugar el anunciado Congreso Eucarístico Nacional, nuestra programación se centra de nuevo en la Eucaristía como misterio que se debe adorar. Un aspecto que, como advierte la mencionada Exhortación “Sacramentum Caritatis”, en los primeros pasos de la reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II había

quedado un tanto en penumbra; porque “a veces no se percibió de manera suficientemente clara la relación intrínseca entre la santa Misa y la adoración del Santísimo Sacramento”, con la difundida objeción “de que el Pan eucarístico no habría sido dado para ser contemplado, sino para ser comido”. Contraposición carente de todo fundamento, a la que el Papa responde con palabras de S. Agustín: “Nadie come de esta carne sin antes adorarla (...) pecaríamos si no la adoráramos”. En realidad “la adoración eucarística no es si no la continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia... La adoración fuera de la santa Misa prolonga e intensifica lo acontecido en la misma celebración litúrgica” (cfr. SCa., 66).

La Iglesia en Ourense se propone reavivar y promover la adoración a Jesucristo real y permanentemente presente en la Eucaristía... Y, con la adoración, las demás formas del culto a la Eucaristía fuera de la Misa. En nuestra Iglesia particular, al menos en muchas parroquias, se había hecho sentir el aludido enfriamiento de formas tradicionales de culto eucarístico en otros tiempos más vivas. No se trata ahora de un simple retorno a un pasado añorado; pero sí de reavivar, actualizando creativamente lo que sea menester, las formas de devoción eucarística, personales y comunitarias.

Este curso pastoral coincide providencialmente con el Año Sacerdotal en el ciento cincuenta aniversario de la muerte de “Santo Cura De Ars”. Dada la relación singular existente entre el sacerdocio ministerial y la Eucaristía, me hago eco de la recomendación del Papa, dirigida especialmente a los presbíteros, para que sean ejemplos vivos de fervor eucarístico, no sólo en la celebración de la santa Misa, sino también en todo lo que implica el culto de la Eucaristía fuera de la Misa, siguiendo el ejemplo tan elocuente de S. Juan María Vianney.

La programación de este año ha sido elaborada lejos de pretensiones utópicas, con realismo, intentando estar al alcance de las posibilidades de la mayoría. Exhorto vivamente a llevar con empeño a la práctica las acciones programadas. ¡Qué no se malogre tan hermosa tarea de programación por falta de generosidad en la acogida y en la puesta en práctica! Con esta esperanza, y con la seguridad de que la intercesión poderosa de Nuestra Señora de los Milagros no nos va a faltar, de todo corazón os saluda y bendice vuestro Obispo:

Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Carta ós diocesanos para o mes de setembro

Queridos diocesanos:

“Deus está aquí!, vinde adoradores, adoremos a Cristo Redentor”. Así canta o noso pobo cristián e a iso, fundamentalmente, nos convoca a Programación diocesana de Pastoral para este curso. Culmina así un cuadrienio no que a acción pastoral da nosa Diocese tentou vertebrarse en torno ó misterio da Santísima Eucaristía como centro, fonte e cumio da vida e da misión da Igrexa.

Os cursos pastorais anteriores puxeron o acento sobre a Eucaristía como misterio que se ten que crer, como

misterio que se ten que celebrar e como misterio que se ten que vivir. Os obxectivos e as accións programadas estes anos manteñen toda a súa vixencia de cara ó futuro. Cada nova programación non implica que se teña que descoidalo anterior: ánimosvos, pois, a levar adiante o xa comezado e a poñer empeño renovado en tentar poñer en práctica o que aínda queda por facer.

Neste derradeiro ano do cuadrienio, en que terá lugar o anunciado Congreso Eucarístico Nacional, a nosa programación céntrase de novo na Eucaristía como misterio que se debe adorar. Un aspecto que, como advirte a menciona-

da Exhortación *Sacramentum Caritatis*, nos primeiros pasos da reforma litúrxica promovida polo Concilio Vaticano II ficara un tanto en penumbra; porque “a veces non se percibiu de maneira suficientemente clara a relación intrínseca entre a santa Misa e a adoración do Santísimo Sacramento”, coa difundida obxección “de que o Pan eucarístico non sería dado para ser contemplado, senón para ser comido”. Contraposición carente de todo fundamento, á que o Papa responde con palabras de Sto. Agostiño: “Ninguén come desta carne sen antes adoralas (...) pecaríamos se non a adoráramos”. En realidade, “a adoración eucarística non é se non a continuación obvia da celebración eucarística, a cal é en si mesma o acto máis grande de adoración da Igrexa... A adoración fóra da santa Misa prolonga e intensifica o acontecido na mesma celebración litúrxica” (cfr. S.Ca., 66).

A Igrexa en Ourense propónse reavivar e promover a adoración a Xesucristo real e permanentemente presente na Eucaristía... E, coa adoración, as demais formas do culto á Eucaristía fóra da Misa. Na nosa Igrexa particular, ó menos en moitas parroquias, fixérase senti-lo aludido arrefriamento de formas tradicionais de culto eucarístico noutros tempos máis vivas. Non se trata agora dun simple retorno a un pasado do que se ten saudade; pero si

de reavivar, actualizando creativamente o que sexa menester, as formas de devoción eucarística, persoais e comunitarias.

Este curso pastoral coincide providencialmente co Ano Sacerdotal no cento cincuenta aniversario da morte do “Santo Cura de Ars”. Dada a relación singular existente entre o sacerdocio ministerial e a Eucaristía, fágo-me eco da recomendación do Papa, dirixida especialmente ós presbíteros, para que sexan exemplos vivos de fervor eucarístico, non só na celebración da santa Misa, senón tamén en todo o que implica o culto da Eucaristía fóra da Misa, seguindo o exemplo tan elocuente de S. Xoán María Vianney.

A programación deste ano foi elaborada lonxe de pretensións utópicas, con realismo, tentando estar ó alcance das posibilidades da maioría. Exhorto vivamente a levar con empeño á práctica as accións programadas. ¡Que non se malogre tan fermosa tarefa de programación por falta de xenerosidade na acollida e na posta en práctica! Con esta esperanza, e coa seguridade de que a intercesión poderosa da nosa Señora dos Milagres non nos vai faltar, de todo corazón vos saúda e bendí o voso Bispo:

Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Homilía del Sr. Obispo en el 75º de las Siervas de San José en Ourense

Hace setenta y cinco años comenzaba en esta ciudad una hermosa aventura educativa de la mano de una reducida comunidad de Siervas de San José.

La Congregación de Siervas de San José había sido fundada por Santa Bonifacia Rodríguez Castro en el año 1874 en Salamanca junto con seis chicas trabajadoras en un momento muy conflictivo de la vida política del País.

La fundación en Ourense, tal como nos relatan las crónicas de la Congregación, se realizó con la más absoluta precariedad de medios materiales y con una entrega total de las primeras Siervas de San José que fundaron aquí.

Hoy queremos agradecer al Señor, como hemos venido haciéndolo en estos días, el maravilloso regalo que supone para esta ciudad la presencia ininterrumpida de las Hermanas Josefinas entre nosotros.

Con su lema de “Trabajo, Fe y Amor” las Siervas de San José han construido en nuestra ciudad una historia llena de Dios y de humanidad. Siguiendo el ejemplo de los primeros cristianos, como nos cuentan los Hechos de los Apóstoles, las Religiosas Josefinas entregaron lo mejor de sí mismas para el crecimiento de los demás. Y su entrega generosa la realizaron siempre en profunda comunión con la Iglesia, entendiendo ésta como el encargo más

insistente que el Señor le hizo a sus discípulos en su despedida terrena: “*que todos sean uno, como Tú Padre en mí y yo en Ti; que ellos sean también uno como nosotros*” (Jn. 17, 21).

La Comunidad primera de la Congregación de Siervas de San José en Ourense, tuvo como objetivo situar en el corazón de esta ciudad una escuela católica y a este fin han contribuido hasta el día de hoy sus sucesoras y quienes os habéis asociado a ellas en sus proyectos.

Creyeron las fundadoras Josefinas que valía la pena pasar las más duras privaciones para poner en pie, en medio de esta ciudad, un proyecto educativo que tuviera a Cristo como fundamento.

Las primeras fundadoras Josefinas tenían la profunda convicción de que es Jesucristo quien revela y promueve el sentido nuevo de la existencia y quien transforma la existencia capacitándola para pensar, querer y actuar según el Evangelio. Ellas, como nosotros hoy, sabemos que una escuela es católica porque los principios evangélicos se convierten para ella en normas educativas, motivaciones interiores y al mismo tiempo metas finales. (Cfr. La Escuela Católica. Sagrada Congregación para la Educación Católica, 1977).

Hoy queremos agradecer al Señor el don inmenso de aquella primera fun-

dación Josefina de Escuela Católica que ha sembrado la semilla de Dios y del Evangelio en tantas vidas de alumnas y alumnos de este Colegio, quienes a su vez han construido caminos de Dios allá por donde han ido.

Y también queremos pedirle al Señor que siga impulsando este gran proyecto de Escuela Católica, que siga transmitiendo y repensando los principios cristianos de una educación absolutamente imprescindible para el futuro de nuestra tierra.

En este gran proyecto educativo tenéis ya y tendréis un gran protagonismo los laicos, como padres y como educadores.

“La tarea del educador católico está orientada a la promoción integral de un hombre a quien se le abre el maravilloso horizonte de respuestas que sobre el sentido último del hombre mismo, de la vida humana, de la historia y del mundo ofrece la Revelación cristiana”. (El laico católico testigo de la fe en la Escuela, Sagrada Congregación para la Educación Católica, 1982). Estas respuestas han de ser ofrecidas al educando desde la más profunda convicción de fe del educador, pero con el más exquisito respecto del alumno.

Bien sabemos que este reto está hoy sometido a los más diversas dificultades. Pero también hemos de reconocer, que en la dificultad está su grandeza y

su perenne validez. Y en este punto apelo a vuestra experiencia personal.

Por lo que respecta a la implicación de los Religiosos, Religiosas y miembros de Vida Consagrada en general en la Escuela Católica no hemos de limitarnos a hacer cálculos con un glorioso pasado. El compromiso de la vida religiosa en el campo de la Escuela Católica sigue siendo necesario, en muchos aspectos imprescindible.

“La presencia de las personas consagradas en la comunidad educativa concurre a afincar la sensibilidad de todos por los problemas que afligen, también hoy, a los jóvenes, a la familia y a pueblos enteros”. (“Las Personas Consagradas y su misión en la Escuela”. Congregación para la Educación Católica, 2002).

No tengáis ninguna duda de que la gran tarea de nuestra sociedad sigue siendo la educación y a ella os convoco a todos vosotros, padres y educadores.

Pidamos para que este gran proyecto educativo siga adelante de la mano de las Religiosas Siervas de San José. Por ellas y por todas las que les han precedido pedimos la bendición del Señor y la protección de la santísima Virgen, así como la intercesión de su Santa Fundadora, Madre Bonifacia.

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Homilía del Sr. Obispo en la Eucaristía de la Bendición Abacial del P. Juan Javier Martín Hernández

Día 29 de junio de 2009

Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo

Querido P. Juan Javier que vas a ser bendecido Abad y queridos hermanos de esta comunidad monástica de Oseira.

Queridos hermanos todos en el Señor:

Damos gracias a Dios por el momento presente. De donde venimos y donde estamos. Momento fuerte de esperanza, de afrontar el futuro con cierto optimismo.

Desde la refundación del monasterio 1928 por la Comunidad de las Nieves (Francia) hasta nuestros días son muchas las vicisitudes por las que ha ido atravesando la comunidad de Oseira en estos 81 años de edad. Una larga y grande historia que nos une con el pasado hasta 1137 y Don García primer Abad de Oseira. En la cadena de superiores y abades que sirvieron en Oseira, a tí, querido Juan Javier, el Señor te ha puesto al frente de este monasterio en estos comienzos del siglo XXI para que con tu Comunidad aportéis lo mejor de vosotros mismos a seguir enriqueciendo la riquísima tradición monástica.

La Palabra de Dios que acaba de ser proclamada en esta Solemnidad de la conmemoración de los Apóstoles Pe-

dro y Pablo ilumina con singular intensidad esta celebración.

Hch 12, "... mientras Pedro estaba en la cárcel bien custodiado, *la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él.*

Las cadenas de Pedro evocan las mismas cadenas del Apóstol Pablo, quien -desde la cárcel- dice a los de Filipo: "Estas cadenas que llevo por Cristo, pero la Palabra de Dios no está encadenada".

La vida monástica implica renunciaciones, una cierta sujeción a ciertas observancias, la encarnación vital de ciertos valores, sin los cuales dejaría de ser lo que es. Todo ello representa esas "cadenas" de las que habla San Pablo. Pero el monje vive también de los sacramentos, del contacto orante de la Palabra y en medio de otros hermanos, vive una *vida social*, una vida común, de la que obtiene apoyo. La pequeña Iglesia monástica representa a la Gran Iglesia "orante".

Pedro, al principio, cree que se trata de una "visión", de algo irreal, lo que presencia con sus ojos nublados por el sueño. Se deja, sin embargo, guiar por "otras manos". Otro es el que le ciñe y le lleva, como el Maestro le había anunciado en el lago de Galilea, en su última aparición. No ha llegado su hora; la expectación

hostil de los judíos y de Herodes queda defraudada.....

También el monje, en su búsqueda de Dios, no está solo, ni puede caminar como un individuo aislado. También él debe *ponerse en otras manos*, dejarse guiar por la fe “en esperanza”: Bajo una Regla y un Abad como señala la Santa Regla.

1 Timoteo 4, 6-8 Ahora es Pablo quien habla, quien se dirige, en un contexto epistolar, a su discípulo Timoteo. También aquí la situación es de amenaza y peligro, como veíamos en el episodio de Hechos con Pedro, hasta el punto de considerar su “partida -su éxodo- o su pascua” como *algo inminente, próximo*. Pablo afirma haber combatido el “buen combate de la fe”, de la que fue portavoz, heraldo, . Al igual que Pedro, en virtud de su misión apostólica, su deber es el “anuncio íntegro de la fe”. Sólo Dios es capaz de la liberación última, definitiva, que es liberación de toda persecución, que él se representa como la *boca del león*.

Mateo 16, 13-19. La profesión de fe de Pedro en Cesarea de Filipo nos recuerda que sólo desde la fe puede ser comprendida y acogida la persona y la obra de Jesucristo.

El peligro, la persecución,... la “muerte”. Pablo en una de sus cartas se refiere a la muerte como el último enemigo al que el Resucitado vencerá.

Pero esta “redención” última sólo puede ser acogida desde la “fe”.

Esa fe iluminada -también hoy; hoy precisamente de manera más urgente-, es la que permite reconocer en el “rostro” de Jesús histórico al Cristo de la fe -inseparablemente-. Como dice J. Pablo II en la NMI de manera bellísima, es gracias a la fe cómo podemos rebasar el umbral de ese rostro -el rostro de Jesús-, en virtud de una fe que se le regala a los sencillos y que provoca la exultación gozosa del Hijo en uno de los pasajes del Evangelios sinópticos... En el evangelio de hoy, Pedro, en nombre de los apóstoles, proclama la fe en el Mesías, en el Hijo de Dios vivo, y su proclamación es afirmación de su divinidad.*

Al monje se le pide hoy fidelidad a esa enseñanza recibida. Esa fe no debe ser tergiversada por una mala comprensión del sentido de la “fidelidad creativa”. Benito recomienda a sus monjes una *intensa vida de fe* cuando en el Prólogo de su Regla se refiere a ella como una “luz deífica”. Esta fe ha de adquirir en él una vivacidad y una densidad tal, que incluso las acciones y los gestos más elementales de su vivir cotidiano, deben ser una *traducción* fiel de esta experiencia de fe. Pero es necesario para ello que el monje viva habitado por aquella “luz deífica”, estar inundado de su luz, y ver las cosas con los “ojos de la fe” (=occulta fidei), los ojos que la fe le presta, dejándose guiar como Pedro por el ángel.

El monacato es de trascendental importancia hoy en la vida de la Iglesia.

El Cardenal Ratzinger, un mes antes de ser elegido Papa, dio una conferencia

en el monasterio de Subiaco, cuna de la tradición benedictina y allí algo que ninguno de nosotros debería de olvidar:

“Lo que más necesitamos en este momento de la historia son hombres que a través de una fe iluminada y vivida, hagan que Dios sea creíble en el mundo. Necesitamos hombres como Benito de Nursia, quien en un tiempo de disipación y decadencia, penetró en la soledad más profunda logrando, después de todas las purificaciones que tuvo que sufrir, alzarse hasta la luz, regresar y fundar Montecassino, la “Ciudad sobre el Monte” que, con tantas ruinas, reunió las fuerzas de las que se formó un mundo nuevo. De este modo Benito, como Abraham, llegó a ser padre de muchos pueblos.”(Europa en la crisis de las culturas, abril 2005).

En este día le pedimos al Señor que los monasterios continúen siendo asis de humanidad, pero desde una antropología integral, -el hombre como creado a “imagen y semejanza de Dios”

El monasterio de Montecassino, para el que Benito redacta su *Régula de vida monástica*, es una “escuela del servicio divino”. Una escuela en la que los monjes son discípulos, viven el “seguimiento de Cristo” (=secuela Christi) sin anteponer nada a su amor. La *interpretación que los primeros padres del Císter* harán de la Regla, en la primera mitad del S. XII, les lleva a concebir esa escuela como **schola “charitatis”**.

La expresión señala el objetivo de esa escuela en la que se va a militar bajo un único Rey: “conservar y *aumentar* la caridad”, sin anteponer nada al Amor de Cristo, dando prioridad, por encima de cualquier otra ... o empresa humana o cultural, a la *búsqueda de Dios*.

El Papa Benedicto XVI, en el Sacré Collège de París, dice que de los monjes de entonces (y pensamos que también es normativo para los monjes y monjas de hoy), *no tenían más pretensión que la sencilla “búsqueda de Dios”*. Sólo de manera indirecta esa intencionalidad tan simple hace que brote, como contribución a la génesis de la cultura europea, *una cultura de la Palabra y del trabajo*, el “Ora et labora” benedictinos, que abonarán el terreno para la edificación de una cultura cristiana, que hoy parece tambalearse.

También el monacato de hoy no debiera tener una meta mucho más alta que esa *simplicidad de vida* que siempre fue característica suya. El “buscar a Dios” hace del monje un *ser en devenir, un vir Dei, un hombre de esperanza*, ... y por tanto un referente luminoso ... Desde ahí, sólo desde ahí, puede -casi sin pretenderlo- ser fermento para el mundo en que vive.

La vida y la función del Abad desde los textos de la Regla de San Benito, San Bernardo y otros padres cistercienses.

La vida del monje consiste en buscar a Dios... y esta búsqueda adquiere el carácter de un retorno por vía de la

obediencia. La obediencia es la manifestación práctica de la humildad, que es el centro de la espiritualidad benedictino-cisterciense.

Según la Regla de San Benito, el Abad hace las veces de Cristo en el monasterio [Cristo-Pastor-médico-...]

Con su enseñanza -que Benito compara a una “levadura de justicia”- ya que tanto con su enseñanza como con su ejemplo, el Abad del monasterio “forma a Cristo en los hermanos”.

Con su gobierno y administración, sienta las condiciones (las bases) organizativas para que esa FORMACIÓN pueda tener lugar. Formación en el sentido propio de con-formación con los sentimientos de Cristo.

San Bernardo, en su tratado sobre “*La consideración*” -una carta dirigida al Papa Eugenio III, que fue monje y discípulo suyo en Claraval-, resalta e insiste en la *vida interior, en la vida de interioridad, cuya primacía* defiende frente a la “acción”. Bernardo afirma que la vida interior debe preferirse siempre a la acción exterior. Esta es una necesidad, pero, según el Abad de Claraval, *la acción no será eficaz si no radica en una vida de interioridad*. De ahí la necesidad de oración; de ahí, también para los monjes de hoy, a veces envueltos en situaciones de precariedad, no deben olvidar esta orientación. *Intensificar la vida de piedad* hace más fecunda la entrega de los monjes y del Abad. En otro lugar, Bernardo animará al prelado

a “entrar en sí mismo”, en la soledad del corazón.

¡Qué difícil a veces encontrar el tiempo, el descanso para reponerse, cuando una cantidad de asuntos parece espararnos en cada vuelta de la esquina!

El Abad -tanto para la Regla como para San Bernardo- debe tratar de ser *más amado que temido*. “*Ser madres por el amor, y padres por la corrección*”. En el capítulo del Buen Celo, se les exhorta a corresponder con un amor sumiso y sincero, iluminado por la fe. Los primeros cistercienses eran conscientes de la terrible responsabilidad de este cargo: predicar con el ejemplo antes que con la palabra, lo que implica un esfuerzo moral, un tomarse en serio la propia santificación personal.

Invocación a Santa María la Real de Oseira.

La devoción a María, especialmente a su misterio de la Asunción, es un rasgo propio de la tradición cisterciense. A San Bernardo se le llama el “trovador de María”. La talla de principios del XIII, la Virgen Madre o Virgen de la leche, es testimonio de esta presencia que acompañó a tantas generaciones de monjes en su camino hacia Dios. Pidamos hoy a la Virgen para que la comunidad de Oseira siga dando hijos que la veneren. Pidamos también por todos los jóvenes que se plantean su vocación y se plantean su camino de vida vocacional en Oseira. Amen.

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Carta del Sr. Obispo de presentación de la Programación de Pastoral

Queridos diocesanos: *“Dios está aquí!, venid adoradores, adoremos a Cristo Redentor.* Así canta nuestro pueblo cristiano y a eso, fundamentalmente, nos convoca la Programación diocesana de Pastoral para el próximo curso. Culmina así este cuatrienio en que la acción pastoral de nuestra Diócesis ha intentado vertebrarse en torno al misterio de la Santísima Eucaristía como centro, fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia. Los cursos pastorales anteriores, siguiendo la estructura de la Exhortación Apostólica de S. S. Benedicto XVI, *“Sacramentum Caritatis”*, han puesto el acento, respectivamente, sobre la Eucaristía como misterio que se ha de creer, como misterio que se ha de celebrar y como misterio que se ha de vivir.

Los objetivos y las acciones programadas estos años mantienen toda su vigencia de cara al futuro. Cada nueva programación no implica que se haya de descuidar lo anterior; sobre todo si se tiene en cuenta que, en bastantes arciprestazgos y parroquias, lo cumplido dista mucho de lo programado. Os animo, pues, a llevar adelante lo ya comenzado y a poner empeño renovado en intentar poner en práctica lo que todavía queda por hacer.

Pero en este último año del cuatrienio, en que tendrá lugar el anunciado Congreso Eucarístico Nacional, nuestra Programación se centra

de nuevo en la Eucaristía como **misterio que se debe adorar**. Un aspecto que, como advierte la mencionada Exhortación *“Sacramentum Caritatis”*, en los primeros pasos de la reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II había quedado un tanto en penumbra; porque *“a veces no se percibió de manera suficientemente clara la relación intrínseca entre la santa Misa y la adoración del Santísimo Sacramento”*, con la difundida objeción *“de que el Pan eucarístico no habría sido dado para ser contemplado, sino para ser comido”*. Contraposición carente de todo fundamento, a la que el Papa responde con palabras de S. Agustín: *“Nadie come de esta carne sin antes adorarla (...) pecaríamos si no la adoráramos”*. En realidad *“la adoración eucarística no es si no la continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia... La adoración fuera de la santa Misa prolonga e intensifica lo acontecido en la misma celebración litúrgica”* (cfr. SCa., 66).

Como veréis al leer los objetivos propuestos y las acciones a desarrollar para conseguirlos, la Iglesia en Ourense se propone *reavivar y promover la adoración a Jesucristo real y permanentemente presente en la Eucaristía...* Y, con la adoración, las demás formas del culto a la Eucaristía fuera de la Misa. También en nuestra Iglesia particular, al menos en muchas parroquias, se ha-

bía hecho sentir el aludido enfriamiento de formas tradicionales de culto eucarístico en otros tiempos más vivas. No se trata ahora de un simple retorno a un pasado añorado; pero sí de reavivar, actualizando creativamente lo que sea menester, las formas de devoción eucarística, personales y comunitarias, que la Iglesia sigue recomendando a todos los fieles: sacerdotes, religiosos/as y laicos.

En su momento, gran parte de las aportaciones de esta programación, junto con algunas otras no tan explicitadas, serán recogidas en un decreto episcopal, que detalle normas y orientaciones pastorales para fomentar el culto a la Eucaristía fuera de la Misa y proteger los lugares de la reserva. Se trata de una disposición complementaria de esta misma Programación, que intentará dar mayor rango jurídico y más continuidad en el tiempo a estos aspectos del culto eucarístico que, como queda dicho ya, han sido menos atendidos en los últimos años.

El presente curso pastoral coincide providencialmente con el Año Sacerdotal, convocado por nuestro Santo Padre Benedicto XVI, con ocasión del ciento cincuenta aniversario de la muerte de “Santo Cura De Ars”. Dada la relación singular existente entre el sacerdocio ministerial y la Eucaristía, me hago eco de la acuciante recomendación del Papa, dirigida especialmente a los presbíteros en su carta de convoca-

toria del Año Sacerdotal, para que sean ejemplos vivos de fervor eucarístico para todos los fieles, no sólo en la celebración de la santa Misa, sino también en todo lo que implica el culto de la Eucaristía fuera de la Misa; siguiendo en ello, y en el celo pastoral eucarístico respecto de los demás fieles que les están confiados, el ejemplo tan elocuente de S. Juan María Vianney.

La programación concreta de este año, que a algunos pudiera parecer poco ambiciosa, ha sido conscientemente elaborada lejos de pretensiones utópicas, con humilde realismo, intentando estar al alcance de las posibilidades de la inmensa mayoría de personas y comunidades. En esa elaboración ha trabajado, bajo el amparo de Nuestra Señora de los Milagros como todos estos años, un grupo numeroso y representativo de entre las “fuerzas vivas” más responsabilizadas y comprometidas en la vida y la misión de nuestra Iglesia diocesana. Y el trabajo se ha realizado en un clima ejemplar de seriedad, religiosidad, serenidad y comunión eclesial.

Aprovecho la oportunidad para reiterar mi más sentido agradecimiento y el de toda la Diócesis a todos los participantes, y muy especialmente al Sr. Vicario de Pastoral y sus colaboradores más próximos, por los tres días de dedicación abnegada a esta tarea tan provechosa para toda la Iglesia en Ourense. Al presentaros sus resultados, exhorto vivamente a llevar con todo empeño a

la práctica las acciones programadas, no sólo a nivel diocesano, si no también a nivel arciprestal y parroquial ¡Qué no se malogre tan hermosa tarea de programación, quedando estéril por falta de generosidad en la acogida y en la puesta en práctica por parte de aquellos a quines va destinada!

Con esta esperanza, y con la seguridad de que la intercesión poderosa de Nuestra Señora de los Milagros no nos va a faltar, de todo corazón os saluda y bendice vuestro Obispo.

Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Carta do Sr. Bispo de presentación da Programación de Pastoral

Queridos diocesanos: *¡Deus está aquí!, vinde adoradores, adoremos a Cristo Redentor.* Así canta o noso pobo cristián e a iso, fundamentalmente, nos convoca a Programación diocesana de Pastoral para o próximo curso. Culmina así este cuadrienio en que a acción pastoral da nosa Diocese tentou vertebrarse en torno ó misterio da Santísima Eucaristía como centro, fonte e cumio da vida e da misión da Igrexa. Os cursos pastorais anteriores, seguindo a estrutura da Exhortación Apostólica da S. S. Benedicto XVI, “*Sacramentum Caritatis*”, puxeron o acento, respectivamente, sobre a Eucaristía como misterio que se ha de crer, como misterio que se ha de celebrar e como misterio que se ha de vivir.

Os obxectivos e as accións programadas estes anos manteñen toda a súa vixencia de cara ó futuro. Cada nova programación non implica que se teña que descoidar o anterior; sobre todo,

se se ten en conta que, en bastantes arciprestádegos e parroquias, o cumprido dista moito do programado. Anímovos, pois, a levar adiante o xa comezado e a pór empeño renovado en tentar poñer en práctica o que aínda queda por facer. Pero neste último ano do cuadrienio, en que terá lugar o anunciado Congreso Eucarístico Nacional, a nosa Programación céntrase de novo na Eucaristía como **misterio que se debe adorar**. Un aspecto que, como advirte a mencionada Exhortación “*Sacramentum Caritatis*”, nos primeiros pasos da reforma litúrxica promovida polo Concilio Vaticano II quedara un tanto en penumbra; porque “*ás veces non se percibiu de maneira suficientemente clara a relación intrínseca entre a santa Misa e a adoración do Santísimo Sacramento*”, coa difundida obxección “*de que o Pan eucarístico non sería dado para ser contemplado, senón para ser comido*”. Contraposición carente de todo fundamento á que

o Papa responde con palabras de S. Agustín: “*Ningún come desta carne sen antes adoralas (...) pecaríamos se non a adorásemos*”. En realidade “*a adoración eucarística non é senón a continuación obvia da celebración eucarística, a cal é en si mesma o acto máis grande de adoración da Igrexa... A adoración fóra da santa Misa prolonga e intensifica o acontecido na mesma celebración litúrxica*” (cfr. SCa., 66).

Como veredes ó ler os obxectivos propostos e as accións a desenvolver para conseguilos, a Igrexa en Ourense propónse *reavivar e promover a adoración a Xesucristo real e permanentemente presente na Eucaristía...* E, coa adoración, as demais formas do culto á Eucaristía fóra da Misa. Tamén na nosa Igrexa particular, polo menos en moitas parroquias, fíxose sentir o aludido enfriamento de formas tradicionais de culto eucarístico noutros tempos máis vivas. Non se trata agora dun simple retorno a un pasado estrañado; pero si de reavivar, actualizando creativamente o que sexa mester, as formas de devoción eucarística, persoais e comunitarias, que a Igrexa segue recomendando a todos os fieis: sacerdotes, relixiosos/as e laicos.

No seu momento, gran parte das aportacións desta programación, xunto con algunhas outras non tan explícitas, serán recollidas nun decreto episcopal, que detalle normas e orientacións pastorais para fomentar o culto á Eucaristía fóra da Misa e protexer os

lugares da reserva. Trátase dunha disposición complementaria desta mesma Programación, que tentará dar maior rango xurídico e máis continuidade no tempo a estes aspectos do culto eucarístico que, como queda dito xa, foron menos atendidos nos últimos anos.

O presente curso pastoral coincide providencialmente co Ano Sacerdotal, convocado polo noso Santo Pai Benedicto XVI, con ocasión do cento cincuenta aniversario da morte do “Santo Cura De Ars”. Dada a relación singular existente entre o sacerdocio ministerial e a Eucaristía, fágome eco da perentoria recomendación do Papa, dirixida especialmente ós presbíteros na súa carta de convocatoria do Ano Sacerdotal, para que sexan exemplos vivos de fervor eucarístico para todos os fieis, non só na celebración da santa Misa, senón tamén en todo o que implica o culto da Eucaristía fóra da Misa; seguindo niso, e no celo pastoral eucarístico respecto dos demais fieis que lles están confiados, o exemplo tan elocuente de S. Juan María Vianney.

A programación concreta deste ano, que a algúns puidese parecer pouco ambiciosa, foi conscientemente elaborada lonxe de pretensións utópicas, con humilde realismo, tentando estar ó alcance das posibilidades da inmensa maioría de persoas e comunidades. Nesa elaboración traballou, baixo o amparo da nosa Señora dos Milagres coma todos estes anos, un grupo numeroso e representativo de entre as

“forzas vivas” máis responsabilizadas e comprometidas na vida e a misión da nosa Igrexa diocesana. E o traballo realizouse nun clima exemplar de seriedade, relixiosidade, serenidade e comunión eclesial.

Aproveito a oportunidade para reiterar o meu máis sentido agradecemento e o de toda a Diocese a todos os participantes e moi especialmente ó Sr. Vicario de Pastoral e os seus colaboradores máis próximos, polos tres días de dedicación abnegada a esta tarefa tan proveitosa para toda a Igrexa en Ourense. Ó presentarvos os seus resultados, exhorto vivamente a levar con todo

empeño á práctica as accións programadas, non só a nivel diocesano, senón tamén a nivel arciprestal e parroquial. ¡Que non se malogre tan fermosa tarefa de programación, quedando estéril por falta de xenerosidade na acollida e na posta en práctica por parte daqueles a quen vai destinada!

Con esta esperanza, e coa seguridade de que a intercesión poderosa da nosa Señora dos Milagres non nos vai a faltar, de todo corazón saúdavos e bendí o voso Bispo.

Luís Quinteiro Fiúza.
Bispo de Ourense.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

JUNIO

Día 29: Preside la Celebración Eucarística en la iglesia de Santa María la Real de Oseira con motivo de la Bendición Abacial del P. Juan Javier Martín Hernández, nuevo abad del Monasterio Cisterciense.

Días 29-1: Programación Diocesana de Pastoral en los Milagros.

JULIO

Día 3: Asiste en el Auditorio Municipal al Acto Académico de Graduación de la IV Promoción de Diplomatura de Turismo, de la XXI Promoción de Diplomatura en Ciencias Empresariales y de la IX Promoción de Licenciatura en Administración y Dirección de Empresas.

Día 4: Santa Visita Pastoral a las parroquias de Santiago de Trez, Santa María de Servoy y Santa Cruz de Gondulfes en el Arciprestazgo de Verín-Laza.

Día 5: Santa Visita Pastoral a las parroquias de San Lorenzo de Toro, San Salvador de Camba y Santa María de Cerdedelo en el Arciprestazgo de Verín-Laza.

Día 8: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. de Sor Coronación Quintas Grande, Religiosa Hija de la Divina Pastora (Calasancias) en la capilla de casa de mayores.

Día 11: Santa Visita Pastoral a las parroquias de San Vicente de Pepín y San Salvador de Nocedo del Valle en el Arciprestazgo de Verín-Laza.

Día 12: Santa Visita Pastoral a las parroquias de Santa María de Retorta, Santa Eulalia de Vences y Santa María de Castrelo del Valle en el Arciprestazgo de Verín-Laza.

Día 15: Interviene en el Programa del Apostolado del Mar de Radio María en la víspera de la fiesta de la Virgen del Carmen, como Obispo Promotor del Apostolado del Mar.

Día 18: Preside el XXXI Encuentro Diocesano de Misioneros en Carballiño y Oseira.

Día 19: Santa Visita Pastoral a las parroquias de Santa María de Matamá y San Juan de Laza en el Arciprestazgo de Verín-Laza.

- Día 17: Preside la Celebración Eucarística de Clausura del XIII Encuentro Deportivo Madre Trinidad en la Capilla de las Religiosas Esclavas de la Eucaristía y de la Madre de Dios en Sobrado del Obispo.
Santa Visita Pastoral a la parroquia de Santa Eufemia la Real del Norte (Santo Domingo) en el Arciprestazgo de Ourense Este.
- Día 24: Reunión de los Sres. Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago.
- Día 25: Solemne Concelebración Eucarística en la fiesta del Apóstol Santiago en la S.A.M.I. Catedral de Santiago de Compostela.
- Día 28: Reunión del Consejo Episcopal.

AGOSTO

- Día 2: Concelebración Eucarística presidida por el Emmo. Y Rvdmo. Sr. D. Norberto Rivera Carrera, Cardenal de México, en la parroquia de Santos Justo y Pastor de Avión.
- Día 8: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Pedro de Osoño con motivo de la celebración de las Bodas de Oro de Consagración al Señor de varias religiosas naturales de esta parroquia.
- Día 9: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Pedro de Flariz con motivo de la fiesta del emigrante.
- Días 18-27: Participa en la Peregrinación Diocesana a Tierra Santa y Jordania.
- Día 30: Santa Visita Pastoral a las parroquias de San Miguel de Portocamba, Santa María de Fontefría y Santiago de Campobecerros en el Arciprestazgo de Verín-Laza.



IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha 29 de julio de 2009, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien realizar el nombramiento de **D. Juan José González Caíña** como nuevo Delegado Episcopal para la Infancia.

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ M. Coronación Quintas Grande, Religiosa de las Hijas de la Divina Pastora (Calasancias). Falleció el 7 de julio de 2009. Nace en Brandela, parroquia de A Graña, el 25 de marzo de 1925. La más pequeña de siete hermanos. Ingresa en el Instituto Calasancio de Hijas de la Divina Pastora en mayo de 1948 en Sanlúcar de Barrameda. Desempeñó su misión, dedicada a los niños y jóvenes. Estuvo en Monóvar (Alicante) en 1950. En 1955 se traslada a Montevideo (Uruguay) y dos años después a Santiago de Chile. En 1977 regresa a España y comparte vida y trabajo en diferentes comunidades: Madrid, Martos, Vigo, Ourense y Monforte. En 1992, luego de una experiencia en un monasterio de clausura de las Religiosas Clarisas, se integra en la comunidad de Dorrón (Pontevedra), después en Vigo, Santiago de Compostela, hasta que en el 2002 llega a la Residencia Santamarina de la ciudad de Ourense.

+ Fr. Ramón Lourido Díaz, OFM. Falleció en Madrid el 23 de julio de 2009. Había nacido en Santa María de San Clodio el 11 de agosto de 1928. Ingresó en el Colegio franciscano de Herbón en 1940 para cursar humanidades. En 1945

terminó su Noviciado. Entre 1948 y 1952 realizó sus estudios de Teología en Santiago de Compostela, siendo instituido predicador en el congreso capitular de 1953. Inmediatamente parte con destino a la misión franciscana de Marruecos, donde desarrollará la práctica totalidad de su vida de fraile franciscano. Doctor en Filología Árabe fue profesor en las Universidades de Granada de Historia del Islam y Rabat de Historia del Al-Andalus, Historia de España y Relaciones Hispano-Marroquíes. Fue Vicario General del Arzobispado de Tánger, Administrador apostólico del mismo en Sede Vacante y Custodio de la Misión Tingitana. En 1991 fue nombrado el primer Presidente de la Federación Franciscana en Marruecos. Fue enterrado el 26 de julio en su San Clodio natal.

VICARÍA DE PASTORAL

Programación pastoral para el curso 2009 - 2010

OBJETIVO GENERAL

La Iglesia en Ourense reaviva y promueve la adoración a Jesucristo real y permanentemente presente en la Eucaristía, sacrificio, comunión y reconciliación.

**OBJETIVOS PREFERENTES O ESPECÍFICOS PARA EL CURSO
2009/2010**

1. Cultivar en la Comunidad cristiana la formación y vivencia del Misterio Eucarístico en orden a su adoración.
2. Reavivar la adoración en la celebración de la Eucaristía y en los demás actos de culto eucarístico.
3. Redescubrir la celebración y la adoración eucarísticas como fuente y alimento de la comunión eclesial y de la solidaridad con la humanidad herida.

OBJETIVO PREFERENTE PRIMERO (ANUNCIO Y CATEQUESIS)

Cultivar en la Comunidad cristiana la formación y vivencia del Misterio Eucarístico en orden a su adoración.

ACCIONES

Nivel Diocesano:

- Realizar un cursillo sobre la adoración. *Responsables: Vicaría de Pastoral y Delegación de Liturgia (20 de febrero).*
- Aprovechar la revista Comunidad para concienciar a la gente sobre el sentido, importancia y exigencias de la adoración. *Responsables: Delegación de*

Medios, Liturgia y Catequesis (todo el curso).

– En la Formación permanente del clero profundizar en los temas centrales de la programación y potenciar la adoración en los retiros. *Responsable: Vicaría para el Clero (todo el curso).*

– Confeccionar materiales catequéticos sobre el significado y exigencias de la adoración. *Responsable: Delegación de Catequesis.*

Nivel Arciprestal

– Dentro de la temática de la semana de la familia destacar “la dimensión eucarística de la Iglesia doméstica”. *Responsables: Delegación de Familia y Sr. Arcipreste.*

– Y en la semana de la familia cuidar de un modo especial la celebración de la Eucaristía. *Responsable: Delegación de Familia.*

Nivel Parroquial

– Tener y dar a conocer el “Ritual de la Sagrada Comunión y del Culto a la Eucaristía fuera de la Misa” para su uso litúrgico y formativo. *Responsables: Párroco y Agentes de Pastoral.*

OBJETIVO PREFERENTE SEGUNDO (LITURGIA)

Reavivar la adoración en la celebración de la Eucaristía y en los demás actos de culto eucarístico.

ACCIONES

Nivel diocesano:

– Reeditar los trípticos sobre la adoración, de modo que sirvan para la visita y las exposiciones del Santísimo. *Responsable: Vicaría de Pastoral.*

– Elaboración de guiones litúrgicos sobre el sentido de la adoración y el culto a la Eucaristía para utilizarlos en los domingos del Tiempo Ordinario del 17 de enero al 7 de febrero. *Responsable: Delegación de Liturgia.*

– Potenciar de una forma muy especial la procesión del Corpus y la adoración del Jueves Santo. *Responsable: Delegación de Liturgia.*

Nivel Arciprestal:

- Crear o potenciar en cada arciprestazgo un lugar de referencia de adoración y darlo a conocer (santuarios...). *Responsable: Sr. Arcipreste.*
- Promover un acto arciprestal de adoración. Donde haya celebraciones interparroquiales de Semana Santa, aprovechar el momento de oración ante el Monumento. *Responsable: Sr. Arcipreste.*
- Ensayar cantos eucarísticos y compartir iniciativas para promover la adoración. *Responsable: Sr. Arcipreste.*

Nivel parroquial:

- Campaña para promover el silencio y la oración en los espacios sagrados (carteles, avisos y otros medios). *Responsables: Párroco y Equipo de Liturgia.* Cuidar los silencios en la celebración, especialmente en el momento de acción de gracias. *Responsables: Párroco y Equipo de Liturgia.*
- Promover momentos de adoración con niños, jóvenes y adultos en orden a crear hábitos de silencio y oración. *Responsables: Párroco, Equipo de Liturgia, Catequistas, Talleres de Oración, Escuela de Silencio y grupos de Adoración nocturna y diurna.*
- Hacer un esfuerzo por mantener abiertos los templos, estableciendo turnos de adoración, e informar de los horarios. *Responsables: Párroco y Equipo de Liturgia.* Procurar catequizar sobre el modo de distribuir y recibir la Sagrada Comunión. *Responsables: Párroco y Equipo de Liturgia.*
- Cuidar con esmero y decoro la dignidad de la celebración, los distintos ministerios y espacios celebrativos (iluminación, lámpara del Santísimo, posturas corporales, gestos,...). *Responsables: Párroco y Equipo de Liturgia.*

OBJETIVO PREFERENTE TERCERO (CARIDAD Y COMUNIÓN)

Redescubrir la celebración y la adoración eucarísticas como fuente y alimento de la comunión eclesial y de la solidaridad con la humanidad herida.

ACCIONES**Nivel diocesano:**

- Elaborar un elenco de textos bíblicos, patrísticos, litúrgicos y magisteriales

que relacionen Eucaristía, Comunión y Solidaridad. *Responsables: Vicaría de Pastoral, Delegaciones de Liturgia y Catequesis.*

– Campaña de solidaridad con las familias afectadas por la crisis, proponiendo un gesto concreto (un día de salario) que se canalizará a través de Cáritas diocesana y parroquiales.

– Presentación y difusión de la Encíclica “Caridad en la verdad”. *Responsables: Cáritas Diocesana e Instituto Teológico “Divino Maestro”.*

Nivel arciprestal:

– Promover la participación de los laicos creando y potenciando estructuras que propicien una mayor comunión arciprestal. *Responsable: Sr. Arcipreste.*

– Favorecer y promover la fraternidad y comunión sacerdotal participando en la formación permanente (retiros, formación intelectual, pastoral y momentos lúdico-festivos). *Responsables: Sr. Arcipreste y Sacerdotes.*

– Potenciar Cáritas a nivel arciprestal y animar a la creación de Cáritas parroquiales donde sea posible. *Responsables: Cáritas Diocesana, Sr. Arcipreste y Sacerdotes.*

Nivel parroquial:

– Colecta del primer domingo de cada mes para Cáritas. *Responsables: Párroco y Equipo de Cáritas.*

– Aprovechar las catequesis presacramentales para sensibilizar en la austeridad y en la solidaridad que brota de la fe en Cristo Eucaristía. *Responsables: Párroco, Catequistas y Agentes de pastoral familiar.*

– Descubrir en la Comunidad la presencia de personas en situación de riesgo o exclusión social) y buscar cauces de acompañamiento. *Responsables: Párroco, Cáritas Parroquiales y Pastoral de la Salud.*

PROGRAMACIÓN PARA EL AÑO SANTO COMPOSTELANO (DEL 1 DE ENERO AL 30 DE DICIEMBRE DE 2010)

Objetivo:

*COMO IGLESIA PEREGRINA, RENOVAR NUESTRA FE APOSTÓLICA,
LUCRÁNDONOS DE LA GRACIA JUBILAR*

ACCIONES

Nivel Diocesano:

- Informar y animar a la participación en la peregrinación diocesana el 22 de mayo de 2010. Procurar que se unan el mayor número de parroquias. *Responsable:* Delegado Episcopal para el Año Santo Compostelano.
- Los jóvenes de nuestra diócesis hacen el camino de Santiago. *Responsable:* Delegado de *juventud*. Peregrinación de niños a Santiago. *Responsables:* Delegaciones de *infancia*, misiones y catequesis. Distribuir tríptico informativo sobre el año jubilar. *Responsable:* Delegado Episcopal para el Año Santo Compostelano.
- Peregrinación de los catequistas a Santiago en unión con las diócesis de Galicia. *Responsable:* Delegación de catequesis.
- Peregrinación de los alumnos de religión de los colegios de enseñanzas medias a Santiago. *Responsables:* Delegación de enseñanza y profesores de religión.

Nivel Arciprestal:

- Animar al arciprestazgo a á participar en la peregrinación diocesana. *Responsable:* Sr. Arcipreste.
- Preparación adecuada y celebraciones penitenciales puntuales para facilitar el ganar el jubileo. *Responsable:* Sr. Arcipreste.
- Catequesis sobre el año jubilar. *Responsable:* Delegación de catequesis. a Información adecuada en los albergues sobre las ayudas espirituales a los peregrinos. *Responsables:* Sr. Arcipreste y párrocos correspondientes.

PROGRAMACIÓN PARA EL AÑO SACERDOTAL (DEL 19 DE JUNIO DE 2009 AL 11 DE JUNIO DE 2010)

Objetivo:

PROMOVER Y COORDINAR LAS DIVERSAS INICIATIVAS ESPIRITUALES Y PASTORALES QUE SE PRESENTEN PARA “AYUDAR A PERCIBIR, CADA VEZ MÁS, LA IMPORTANCIA DEL PAPEL Y DE LA MISIÓN DEL SACERDOTE EN LA IGLESIA Y EN LA SOCIEDAD “ CONTEMPORÁNEA

ACCIONES

Nivel Diocesano:

- Organizar una peregrinación diocesana a Roma coincidiendo con el encuentro mundial de sacerdotes. *Responsable:* Vicaría para el clero.
- Solemnizar e invitar a participar en las celebraciones específicamente sacerdotales: Misa crismal, San Juan de Ávila, Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, San Juan María Vianney y órdenes Sagradas. *Responsable:* Vicaría para el clero.
- Animar al clero diocesano y religioso a participar en las distintas tandas de ejercicios y retiros espirituales. *Responsable:* Vicaría para el clero.
- Cercanía y preocupación por los sacerdotes en sus distintas situaciones. *Resp.:* Vicaría para el clero.
- Elaborar catequesis sobre el sacerdocio a partir de Cristo Buen Pastor, Maestro y Esposo. *Resp.:* Vicaría para el clero y Delegación de catequesis.
- Campaña vocacional adecuada a los tiempos actuales. *Responsable:* Delegación de vocaciones.
- Organizar una conferencia en torno a la figura del Santo cura de Ars en la festividad de San Juan de Ávila. *Responsable:* Vicaría para el clero.
- Concienciar a los fieles cristianos sobre la identidad y misión de los presbíteros diocesanos. *Responsable:* Vicaría para el clero.
- Publicar semblanzas de sacerdotes fallecidos que hayan destacado en su labor sacerdotal. *Responsable:* Vicaría para el clero.

Nivel Arciprestal:

- Facilitar en cada arciprestazgo la participación de los sacerdotes en ejercicios y retiros espirituales. *Responsable:* Sr. Arcipreste.
- Celebrar a nivel arciprestal la festividad del Buen Pastor. *Responsable:* Sr. Arcipreste.
- Presencia de una digna representación de cada arciprestazgo en la Misa Crismal. *Responsable:* Sr. Arcipreste.
- Involucrar a los fieles cristianos en la oración por los sacerdotes y vocaciones sacerdotales. *Responsable:* Sr. Arcipreste.
- Cumplimiento de las distintas normativas diocesanas en aras de una mayor comunión eclesial. *Responsable:* Sr. Arcipreste.

Programación pastoral para o curso 2009 - 2010

OBXECTIVO XERAL

A Igrexa en Ourense, reaviva e promove a adoración a Xesucristo real e permanentemente presente na Eucaristía, sacrificio, comunión e reconciliación.

**OBXECTIVOS PREFERENTES OU ESPECÍFICOS PARA O CURSO
2009/2010**

1. Cultivar na Comunidade cristiá a formación e vivencia do Misterio Eucarístico de cara a súa adoración.
2. Reaviva-la adoración na celebración da Eucaristía e nos demais actos de culto eucarístico.
3. Redescubri-la celebración e a adoración eucarísticas como fonte e alimento da comunión eclesial e da solidariedade ca humanidade ferida.

OBXECTIVO PREFERENTE PRIMEIRO (ANUNCIO E CATEQUESE)

Cultivar na Comunidade cristiá a formación e vivencia do Misterio Eucarístico de cara a súa adoración.

ACCIÓNS

Nivel Diocesano:

- Realizar un cursiño sobre a adoración. *Responsables: Vigairía de Pastoral e Delegación de Liturxia (20 de febreiro).*
- Aproveita-la revista Comunidade para concienciar a xente sobre o senso, importancia e esixencias da adoración. *Responsables: Delegación de Medios, Liturxia e Catequese (todo o curso).*
- Na formación permanente do clero profundizar nos temas centrais da pro-

gramación e potencia-la adoracion nos retiros. *Responsable: Vigairía para o Clero (todo o curso).*

○ Confeccionar materiais catequéticos sobre o significado e esixencias da adoración. *Responsable: Delegación de Catequese.*

Nivel Arciprestal

○ Dentro da temática da semana da familia suliñar “a dimensión eucarística da Igrexa doméstica”. *Responsables: Delegación da Familia e Sr. Arcipreste.*

○ Na semana da familia coidar dun xeito especial a celebración da Eucaristía. *Responsable: Delegación da Familia.*

Nivel Parroquial

• Ter e dar a coñece-lo “Ritual da Sagrada Comunión e do Culto a Eucaristía fóra da Misa” para o seu uso litúrxico e formativo. *Responsables: Párroco e Axentes de Pastoral.*

OBXECTIVO PREFERENTE SEGUNDO (LITURGIA).

Reavivar a adoración na celebración da Eucaristía e nos demais actos de culto eucarístico.

ACCIÓNS

Nivel Diocesano:

• Reedita-los trípticos sobre a adoración, de xeito que sirvan para a visita e as exposicións do Santísimo. *Responsable: Vigairía de Pastoral.*

• Elaboración de guións litúrxicos sobre o senso da adoración e do culto a Eucaristía para utiliza-los nos domingos do Tempo Ordinario do 17 de xaneiro ao 7 de febreiro. *Responsable: Delegación de Liturxia.*

• Potenciar dunha forma moi especial a procesión do Corpus e a adoración do Xoves Santo. *Responsable: Delegación de Liturxia.*

Nivel Arciprestal:

• Crear ou potenciar en cada arciprestado un lugar de referencia da adoración

e da-lo a coñecer (santuarios...). *Responsable: Sr. Arcipreste.*

- Promover un acto arciprestal de adoración. Onde haxa celebracións inter-parroquiais da Semana Santa, aproveitar o momento da oración ante o Monumento. *Responsable: Sr. Arcipreste.*
- Ensañar cantos eucarísticos e compartir iniciativas para promover a adoración. *Responsable: Sr. Arcipreste*

Nivel parroquial:

- Campaña para promover o silencio e a oración nos espazos sagrados (carteis, avisos e outros medios). *Responsables: Párroco e Equipo de Liturxia.*
- Coidar os silencios na celebración, en especial no momento da acción de grazas. *Responsables: Párroco e Equipo de Liturxia.*
- Promover momentos de adoración con nenos, mozos e adultos en orde a crear hábitos de silencio e oración. *Responsables: Párroco, Equipo de Liturxia, Catequistas, Talleres de Oración, Escola de Silencio e grupos de Adoración nocturna e diurna.*
- Facer un esforzo por manter abertos os templos, establecendo turnos de adoración, e informar dos horarios. *Responsables: Párroco e Equipo de Liturxia.*
- Procurar catequizar sobre o xeito de distribuír e recibirla Sagrada Comunión. *Responsables: Párroco e Equipo de Liturxia.*
- Coidar con esmero e decoro a dignidade da celebración, os distintos ministerios e espazos celebrativos (iluminación, lámpada do Santísimo, posturas corporais, xestos,...). *Responsables: Párroco e Equipo de Liturxia.*

OBXECTIVO PREFERENTE TERCEIRO (CARIDAD Y COMUNIÓN)

Redescubri-la celebración e a adoración eucarísticas como fonte e alimento da comunión eclesial e da solidariedade ca humanidade ferida.

ACCIÓNS

Nivel Diocesano:

- Elaborar un elenco de textos bíblicos, patrísticos, litúrxicos e maxisteriais que relacionen Eucaristía, Comunión e Solidariedade. *Responsables: Vigairía de*

Pastoral, Delegacións de Liturxia e Catequese.

○ Campaña de solidariedade coas familias afectadas pola crise, propondo un xesto concreto (un día de xornal) que se canalizará perante Cáritas diocesana e parroquiais.

○ Presentación e difusión da Encíclica “Caridade na verdade”. *Responsables: Cáritas Diocesana e Instituto Teolóxico “Divino Maestro”.*

Nivel Arciprestal:

• Promove-la participación dos leigos creando e potenciando estruturas que propicien unha meirande comunión arciprestal. *Responsable: Sr. Arcipreste.*

• Favorecer e promove-la fraternidade e comunión sacerdotal participando na formación permanente (retiros, formación intelectual, pastoral e momentos lúdico-festivos). *Responsables: Sr. Arcipreste e Sacerdotes.*

• Potenciar Cáritas a nivel arciprestal e animar a creación de Cáritas parroquiais onde sexa posible. *Responsables: Cáritas Diocesana, Sr. Arcipreste e Cregos.*

Nivel Parroquial:

• Colecta do primeiro domingo de cada mes para Cáritas. *Responsables: Párroco e Equipo de Cáritas.*

• Aproveita-las catequese presacramentais para sensibilizar na austeridade e na solidariedade que xurde da fe en Cristo Eucaristía. *Responsables: Párroco, Catequistas e Axentes de pastoral familiar.*

• Descubrir na Comunidade a presenza de persoas en situación de risco ou exclusión social e buscar canles de acompañamento. *Responsables: Párroco, Cáritas Parroquiais e Pastoral da Saúde.*

PROGRAMACIÓN PARA O ANO SANTO COMPOSTELANO (DO 1 DE XANEIRO DE 2010 Ó 30 DE DECEMBRO DE 2010)

Obxectivo:

*COMO IGREXA PEREGRINA RENOVAR A NOSA FE APOSTÓLICA,
LUCRÁNDONOS DA GRAZA XUBILAR*

ACCIÓNS

Nivel Diocesano:

- Informar e animar a participación na peregrinación diocesana o 22 de maio de 2010. Percurar que se xunten o meirande número de parroquias. *Responsable: Delegado Episcopal para o Ano Santo Compostelano.*
- Os mozos da nosa diocese fan o camiño de Santiago. *Responsable: Delegado da mocidade.*
- Peregrinación de nenos a Santiago. *Responsables: Delegacións de infancia, misións e catequese.*
- Distribuir tríptico informativo sobre o ano xubilar. *Responsable: Delegado Episcopal para o Ano Santo Compostelano.*
- Peregrinación dos catequistas a Santiago en unión coas dioceses galegas. *Responsable: Delegación de catequese.*
- Peregrinación dos alumnos de relixión dos colexios de ensinanza medias a Santiago. *Responsables: Delegación de ensino e profesores de relixión.*

Nivel Arciprestal:

- Animar ó arciprestado a participar na peregrinación diocesana. *Responsable: Sr. Arcipreste.*
- Preparación adecuada e celebracións penitenciais puntuais para facilitar ganar o xubileo. *Responsable: Sr. Arcipreste.*
- Catequese sobre o ano xubilar. *Responsable: Delegación de catequese.*
- Información adecuada nos albergues sobre as axudas espirituais ós peregrinos. *Responsable: Sr. Arcipreste e párrocos correspondentes.*

PROGRAMACIÓN PARA O ANO SACERDOTAL (19 DE XUÑO DE 2009 A 11 DE XUÑO DE 2010)

Obxectivo:

PROMOVER E COORDINA-LAS DIVERSAS INICIATIVAS ESPIRITUAIS E PASTORAIS QUE SE PRESENTEN PARA “AXUDAR A PERCIBIR, CADA VEZ MÁIS, A IMPORTANCIA DO PAPEL E DA MISIÓN DO SACERDOTE NA IGREXA E NA SOCIEDADE CONTEMPORÁNEA”.

ACCIÓNS

Nivel Diocesano:

- Organizar unha peregrinación diocesana a Roma coincidindo co encontro mundial de cregos. *Responsable: Vigairía para o clero.*
- Solemnizar e invitar a participar nas celebracións especificamente sacerdotais: Misa crismal, San Xoán de Ávila, Xesucristo Sumo e Eterno Sacerdote, San Xoán María Vianney e Órdenes Sagradas. *Responsable: Vigairía para o clero.*
- Animar ó clero diocesán e relixioso a participar nas distintas tandas de exercicios e retiros espirituais. *Responsable: Vigairía para o clero.*
- Cercanía e preocupación polos cregos nas súas distintas situacións. *Responsable: Vigairía para o clero.*
- Elaborar catequesis sobre o sacerdocio a partir de Cristo Bo Pastor, Mestre e Esposo. *Responsable: Vigairía para o clero e Delegación de catequese.*
- Campaña vocacional adecuada ós tempos actuais. *Responsable: Delegación de vocacións.*
- Organizar unha conferencia sobre a figura do Santo cura de Ars na festividade de San Xoán de Ávila. *Responsable: Vigairía para o clero.*
- Concienciar ós fieis cristiáns sobre a identidade e misión dos cregos diocesáns. *Responsable: Vigairía para o clero.*
- Publicar semblanzas de cregos defuntos que destacaron no seu labor sacerdotal. *Responsable: Vigairía para o clero.*

Nivel Arciprestal:

- Facilitar en cada arciprestado a participación dos cregos nos exercicios e retiros espirituais. *Responsable: Sr. Arcipreste.*
- Celebrar a nivel arciprestal a festividade do Bo Pastor. *Responsable: Sr. Arcipreste.*
- Presencia dunha digna representación de cada arciprestado na Misa Crismal. *Responsable: Sr. Arcipreste.*
- Involucrar ós fieis cristiáns na oración polos cregos e polas vocacións sacerdotais. *Responsable: Sr. Arcipreste.*
- Cunplimento das distintas normativas diocesanas en aras dunha meirande comunión eclesial. *Responsable: Sr. Arcipreste.*

DELEGACIÓN DIOCESANA DE LITURGIA

Mejorar y profundizar en la Eucaristía del domingo

Desde la “Dies Domini” (=DD), Carta apostólica de Juan Pablo II, sobre la santificación del domingo (31-V-1998), pasando por el “Año jubilar” conmemorativo de los 2000 años del nacimiento de Jesucristo y el anuncio del “Año de la Eucaristía (de octubre de 2004-octubre de 2005), se ha producido por parte de la Iglesia la llamada “ofensiva” eucarística. Los documentos centrales son: la Encíclica de Juan Pablo II “Ecclesia de Eucaristía”, la Carta pastoral “Mane nobiscum, Domine”; las “Sugerencias y Propuestas” para el “Año de la Eucaristía” de la SCCDS; los “Lineamenta” del Sínodo y el “Instrumentum laboris”. Todo ello ha desembocado en las 50 proposiciones enviadas por los PP sinodales al Papa, Benedicto XVI, en orden a una futura exhortación Apostólica. En ella el Papa recogerá sin duda lo más importante del Sínodo sobre la Eucaristía y señalará las pautas por las que ha de discurrir el trabajo y la vivencia de las comunidades cristianas, en este campo fontal y culminante de la vida y la misión de la Iglesia.

En los documentos citados y en otros de menor importancia (discursos, reflexiones en audiencias, en los “Angelus”) aparece *una cosa muy clara*. Esto es: la importancia del día del Señor (domingo) en la vida de los cristianos y de su momento culminante que es la Eucaristía de este día. En este sentido,

concluyendo la DD (n 87), el Papa, Juan Pablo II, refiriéndose al Jubileo del año 2000, hacía esta referencia al domingo:

“Pero este año y este tiempo especial pasarán, a la espera de otros jubileos y de otras conmemoraciones solemnes. El domingo, con su ‘solemnidad’ ordinaria, seguirá marcando el tiempo de la peregrinación de la Iglesia hasta el domingo sin ocaso. Os exhorto, pues, queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio a actuar incansablemente, junto con los fieles, para que el valor de este día sacro sea reconocido y vivido cada vez mejor. Eso producirá sus frutos en las comunidades cristianas y ejercerá benéficos influjos en toda la sociedad civil”.

Para citar sólo otro texto y éste el más reciente e importante, lo recojo de la proposición 30 del Sínodo, titulada “Dies Domini”. De ella entresaco la siguiente referencia a la Misa dominical:

“La celebración eucarística dominical es una gracia humanizante para el individuo y la familia, porque nutre la identidad cristiana con el contacto con el Resucitado. Por ello el deber de participar es triple: con Dios, consigo mismo y con la comunidad”.

Sirvan estos dos textos, el primero del año 1998 y el segundo de octubre

de 2005 para mostrar la conciencia clara que la Iglesia tiene, de la importancia para los fieles y las comunidades, que comporta la Eucaristía del domingo.

Pero quisiera, en este trabajo, centrarme en algo que me parece decisivo. La Eucaristía no se puede imponer a los fieles “por decreto”. Tampoco será eficaz insistir desmesuradamente en el tema del “precepto dominical”, para hacer que los cristianos no dejen la Misa del domingo. Mas bien, siguiendo la buena pedagogía de la Iglesia, creo que los cristianos deben descubrir y amar el domingo y la Eucaristía por la fuerza cautivadora de ésta. Por eso, creo que la *gran labor* de los pastores debe ser *ayudar a entender y amar* cada día más la Eucaristía. Como en el lavatorio de los pies a sus discípulos, por parte de Jesús, es necesario que los cristianos seamos interpe- lados constantemente por este interrogante: “¿Entendéis lo que hacéis, cuando celebráis la Eucaristía?” Y si la respuesta es afirmativa, todavía es imprescindible otra: “¿Amáis de verdad lo que hacéis?”. Es necesario *entender* la celebración de la Eucaristía con sus elementos sustanciales, su ritmo, sus contenidos de fe, las actitudes que reclama. Y es muy necesario amar lo que hacemos o mejor lo que Dios-Trinidad hace con nosotros.

Trataré entonces de desentrañar la estructura, contenidos y elementos de la Eucaristía, de modo que se pueda *entender* un poco más y *amarla* como la fuente y culmen de la vida y la misión de la Iglesia entera.

1) *La fisonomía o el perfil de la Eucaristía.*

Las acciones, palabras, gestos y posturas corporales de la celebración eucarística resultan un poco “raras” para la comunidad. El motivo es que no empalman fácilmente con la realidad presente y con la cultura hodierna. Pero si hay una somera “iniciación” las dificultades se superan.

Una empresa hoy, para tener eficacia necesita *convencer* a sus miembros de que el producto que venden vale. Al mismo tiempo sus ejecutivos deben saber comunicar, transmitir bien la importancia y el valor del producto. Como ha dicho algún personaje importante: tenemos el mejor producto, pero a veces nos faltan buenos “quiosqueros” o vendedores del mismo. En la situación presente la comunicación (en signos, gestos, palabra y silencio) de aquello que se quiere transmitir importa mucho.

La Eucaristía, entre otras cosas, es una “fiesta”, la “fiesta primordial de los cristinos”. Pero una fiesta no puede entusiasmar, desbordar, ser festejada como es debido, si no se empatiza con el *motivo* de la misma. El domingo y la Eucaristía no se puede celebrar como lo fundamental del cristianismo, como la fiesta primordial, como el día por excelencia y el “mysterium fidei” donde se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, si no se conoce y se ama.

La Eucaristía y el domingo son realidades muy antiguas, contrastan incluso culturalmente con los modos de ser y la cultura de hoy. Frente al “fin de semana” de evasión y ocio para todo, la Iglesia proclama el “día del Señor” y la celebración del memorial sacrificial de Cristo.

La Eucaristía se celebra como *un banquete*, pero con elementos y significado especial. Es la Cena del Señor, celebrada por Jesús antes de ser entregado a la pasión y muerte y hace memoria objetiva de su sacrificio en la cruz. El Señor mandó celebrarla a su Iglesia siempre que lo estime conveniente haciendo *memorial* suyo. Lo especial de esta comida es que alimenta nuestra *vida en el Espíritu*, no calma el hambre corporal. Es también un *sacrificio ritual*, cuando en nuestra cultura *no se dan* comidas sacrificiales (en ellas antiguamente se comía parte de las víctimas ofrecidas primero a la divinidad). Esto hace que la comprensión sea más difícil.

En la celebración de la Misa *leemos lecturas bíblicas*, tomadas de la sagrada Escritura, que es un libro lejano a nosotros en el tiempo de composición, en las circunstancias vitales y, sobre todo en la cultura. Con todo no lo es en la experiencia humana, en la problemática vital y en las respuestas a tales problemas.

Las oraciones que llamamos *euclógicas* (no bíblicas) pertenecen, gran parte de ellas, a épocas primitivas de

la liturgia romana, con estilo, talante e incluso matices distintos del lenguaje y modo de expresarse el orante hoy.

Los *símbolos* (partir el pan, mostrar el pan consagrado, presentar los dones, comer y beber un alimento aparentemente escaso, postrarse de rodillas, levantarse e inclinarse) nos vienen de una cultura distinta, aunque algunos grupos nos los copian o buscan sustitutos de tipo laico.

Para complicarlo más, lo *verdaderamente primario* en la celebración no es lo que se ve, sino *lo que no se ve*. Lo más importante no es lo que hacen los hombres sino *lo que hace el Dios uno y trino*. Lo decisivo es lo que recibimos no lo que damos los humanos, desligados de Cristo único Sacerdote y Mediador entre Dios y los hombres.

Por todo lo expuesto aparece claro que el domingo y la Eucaristía se presentan como realidades o mejor, celebraciones a veces no del todo comprendidas, menos apreciadas y para algunos “rollos” aburridos.

Por eso, para evitar estos *obstáculos* reales, es necesario un trabajo de formación-educación-catequesis paciente, sobre los contenidos pertinentes a la cultura judeo-cristiana de los siglos en que nace el domingo y la Eucaristía.

Era muy distinta la situación de los *dos caminantes de Emaús* para descubrir a Jesús resucitado, al “partir el pan”

(=Eucaristía) y recoger la misión que la misma confía, a quienes participan en ella hoy.

Los dos discípulos de Emaús:

-Tenían el bagaje de la cultura judía.

-Les asistía la memoria de las comidas tenidas con Jesús, su enseñanza y el gesto de partir el pan, propio del padre de familia. También conocían muy bien la oración de bendición con motivo de las comidas.

-Habían vivido “en directo” lo que había pasado a Jesús durante su pasión y muerte.

-Conocían la Ley y los Profetas y rezaban los Salmos en la sinagoga (los sábados) y en sus casas. Por estos escritos y la oración tenían conocimiento de cierta referencia al Mesías y Jesús les abrió los ojos respecto a que las Escrituras hablaban de Él.

-Conocían el significado de la salida de Egipto y cómo aquella Pascua se recordaba, cada año en la cena pascual judía. Cómo el niño más pequeño de la familia hacía una pregunta ritual al padre de familia: “¿Qué significa esta celebración?”. Y el padre hacía al niño el relato de la historia del pueblo, desde Urs de Caldea, bajada a Egipto, esclavitud del pueblo, salida, camino por el desierto, posesión de la tierra prometida y realidad actual (pascua ritual). El significado

profético de la cena pascual judía tuvo su cumplimiento pleno en la última Cena de Jesús y su memorial permanente que es la Eucaristía de la Iglesia.

Pero, a pesar de todo, Jesús tuvo que explicar a los dos discípulos de Emaús “todo lo que se refería a él en las Escrituras”. Les comunicó el núcleo de la fe, la esperanza cristiana y la caridad. Para hacerlo, caminó largo trecho con ellos, les salió al encuentro, conversó sin forzarles, con magnífica pedagogía, más aún con una certera mistagogía, hasta hacer *arder su corazón* (sentirse ganados, apresados por el amor) hacia Él y hacia sus palabras penetrantes. La comida descrita en forma “eucarística” fue la culminación de un encuentro de fe y lleno de gozo. Les abrió los ojos sobre la resurrección del Crucificado.

2) El cómo y el por qué de la Eucaristía.

En la Eucaristía como en toda actividad, celebración o misterio de la Iglesia es preciso conocerla, entenderla, profundizarla por la razón o inteligencia. Para ello es bueno responder a preguntas de este tipo: “¿Cómo ha nacido la Eucaristía? ¿Cuál es su historia? ¿Cómo la ha entendido la Iglesia a lo largo de los siglos? ¿Cuál es el sentido y significado de sus oraciones principales, de las lecturas bíblicas y de sus gestos? ¿Cuál es su estructura? ¿Qué es lo permanente y qué lo que no ha cambiado ni puede cambiar? ¿Cuál es el misterio que en ella se esconde? ¿Qué sentido tiene el sacrificio

del Señor que se actualiza y para qué el convite con su Cuerpo y su sangre?”.

Son todas preguntas sobre el *cómo* de la Eucaristía. Las respuestas fundamentales y bien dadas son muy importantes. Recordemos el adagio latino: “Nihil volitum quid praecognitum”. No se puede amar lo que no se conoce. Nadie se enamora de una persona a la que no conoce de algún modo.

Pero las respuestas al *cómo* de la Eucaristía no bastan. Es preciso responder a otra gran pregunta. Es ésta: “¿Por qué?”. “¿Por qué ha nacido la Eucaristía? ¿Por qué se mantiene diariamente y, sobre todo, el domingo en la Iglesia? ¿Por qué habiendo tanto que hacer en el mundo, se dedica un sínodo entero (tres semanas) con obispos venidos de todo el mundo a la Eucaristía? ¿Por qué el Papa y los Obispos deben preocuparse de que los fieles no se queden, a ser posible, sin la Eucaristía del domingo? ¿Por qué existe y se mantiene con fuerza la Eucaristía?”.

La pregunta se puede formular a los principales documentos sobre la Eucaristía: la *Ecclesia de Eucaristía*, los *Lineamenta* del Sínodo, la *Mane nobiscum, Domine*, el *Catecismo de la Iglesia Católica*, el *Instrumentum laboris* preparatorio del Sínodo, las *50 propuestas* de los Padres sinodales y la *Sacramentum caritatis*.

La respuesta a la pregunta: ¿por qué la Eucaristía?, se puede *sintetizar* así:

Porque el Hijo y el Espíritu Santo han querido quedarse *para* nosotros, *en medio* de nosotros y *en* nosotros. Para estar *con nosotros*, nos ha creado Dios. Siendo bueno nos ha creado para difundir su bien; si no nos amara no nos habría creado. Dios ama a todas las criaturas y no odia a ninguna.

Para estar o *quedarse en nosotros* Jesucristo se hizo comida y bebida nuestra. Al comerle, Él nos asimila a sí, no al revés; Él nos convierte en su sustancia (E d E nn 16; 21; 22; 24). En la Eucaristía nos unimos a Cristo y Él nos transforma en Cuerpo eclesial suyo. La Eucaristía *existe* porque Dios nos ama y el amor no resiste la ausencia ni la lejanía de la persona amada. Quiere vivir *para, entre y en (dentro)* de la persona amada.

Este amor de Dios con los hombres se ha expresado en la Biblia con el término y el contenido de la *Alianza*. Esta alianza la propuso Dios, desde muy antiguo, a su pueblo. Se concretaba en: “Escucharás mi voz, tú serás mi pueblo y Yo seré tu Dios”.

Las alianzas con Noé, Abrahán, Moisés, etc., eran *figuras* de la nueva y eterna que tendría lugar en el Hijo. En la última Cena se selló esta alianza ritualmente y en la Cruz, de modo cruento, con la sangre de Cristo derramada por todos los hombres. El conocimiento y estudio de todos los detalles, la preparación celosa de los mismos ayudará a conocerla. Pero la verdadera *compre-*

sión y conocimiento de la Eucaristía no está ahí. La Eucaristía no se puede captar por entero sólo con la razón; *es necesario el corazón* (amarla). Viene muy al caso lo de Pascal: “El corazón tiene razones que la mente no comprende”. La Eucaristía se la empieza a comprender, *sólo cuando se la empieza a amar*. Y *la razón* de lo que decimos está en que, en la Eucaristía se actualiza *la presencia real y substancial de una persona* que, de nuevo *entrega su vida* para que los que la participan *vivan* y lo hagan *con abundancia*. Quien comprende y conecta vitalmente con esto, no puede quedarse frío, pasivo, sin respuesta. La respuesta no puede ser más que la de *un amor correspondido*.

Cuando algunos adultos y los jóvenes dicen: “Esto no me dice nada; no entiendo nada y esto no me apasiona”. “Esto es un rollo”, es que se han quedado en la cáscara, en lo externo y no han captado lo nuclear de la Eucaristía. Lo que debe hacer a la Eucaristía *interesante e incluso apasionante*, es descubrir el amor de Dios en Cristo, sacrificado por los hombres con un corazón sensible y agradecido, por parte de los cristianos.

Participamos a veces en celebraciones de la Misa en las que no hay “novedades”, expresiones deslumbrantes, solemnidades externas (luces, músicas, vestiduras, adornos y decoraciones suntuosas), pero están grávidas de calor espiritual, de amor que corresponde al Amor, de una oración densa, de

silencios llenos de la presencia del Espíritu Santo, de entusiasmo lleno de fe, de adoración y silencios. En ellas, hay intensidad en la vivencia, conciencia de la presencia real del Señor en sus diversos modos, calor espiritual, fruto del Espíritu Santo. Todo ello se debe a la “arquitectura interior” de la comunidad: la fe, conciencia del misterio, gozo en el Espíritu Santo, participación fructuosa y activa, ejercicio responsable y fervoroso de los ministerios, ofrecimiento de la propia vida con Cristo al Padre. Prima lo que se experimenta y hace desde el corazón. Esto cuenta mucho más que la “trama externa”, que se desarrolla, lo que puede llamarse “arquitectura exterior”.

3) *El hilo conductor de la celebración.*

Cuando se observa superficialmente la celebración de la Eucaristía aparece como un acto formado por elementos muy diversos: saludos, gestos, oraciones, lecturas, procesiones, súplicas, etc. Aparentemente no hay mucho orden en todo ello. No se ve a las inmediatas la conexión entre unos elementos y otros. ¿Cómo descubrir la unidad de todo lo que se realiza? ¿Cuál es la clave de lectura para no perderse en este conjunto diverso de elementos? ¿Existe una línea directriz de esta sucesión de elementos de toda clase?

Por la historia de la Misa a lo largo de los siglos se puede justificar el que se realice ahora una acción y otra a

continuación, que aquí se ponga este elemento y a continuación el siguiente. El “Ordo Missae” tiene una historia, ha sufrido distintas reformas y tendrá más en el futuro. Ello es así, porque la liturgia tiene elementos susceptibles de cambio. Pero, desde luego, la Eucaristía no es un conjunto aleatorio de cosas dispares, que puedan organizarse al antojo de un grupo o de una persona.

No se pueden introducir cosas al gusto de las personas, ni oscurecer la estructura determinada por la Iglesia. Hay una estructura en la Misa que se debe respetar y el conjunto de “piezas” tiene un sentido. La Eucaristía tiene un comienzo, un núcleo central y un desenlace, que es preciso respetar.

En la Eucaristía, sucede como en la Hª de la salvación, recogida en la Biblia. En ésta sorprende que Dios tome un tiempo para acercarse a nosotros. No se entrega totalmente desde el principio; teje una historia con el hombre y tiene una paciencia enorme con él. Es como el zorro de la novela *El Principito* de A. de Saint Exupéri: “Tendrás que domesticarme”. Es como un pájaro que visita nuestra ventana en invierno; ha de acostumbrarse a nuestra presencia y sólo podremos acercarnos a él *con mucha paciencia*. Esto es aplicable también a todo encuentro humano y de modo especial a la amistad.

Con la Eucaristía, sucede lo que con todo amor auténtico: necesita su tiempo, lo toma, necesita crecer y madu-

rar; sólo lentamente llega a su cumbre. Todo lo contrario sucede con la pasión amorosa. Arrebata de golpe; no ama, se apodera y esclaviza.

La Eucaristía y su celebración supone un *lento movimiento de crecimiento* en el amor de Dios hacia nosotros y de nosotros hacia Dios. La iniciativa la toma el amor de Dios hacia nosotros, luego está el nuestro hacia Él. Tomar conciencia de este *orden* es fundamental.

4) *La Eucaristía y el camino del amor.*

El itinerario de un amor verdadero comprende al menos *cuatro etapas* definidas, que siguiendo la intuición del Cardenal Dannells (Arzobispo de Malinas, Bélgica) son aplicables a la Eucaristía.

4.1. *La etapa del conocerse.*

Lo primero para que dos personas lleguen a quererse es que se conozcan. ¿Quién es el otro para mí y quién soy yo para él? ¿qué encierra en su corazón? ¿qué piensa? ¿Qué valores le adornan y cuáles son sus criterios sobre las cuestiones importantes de la vida? ¿Qué estoy dispuesto a hacer por él?

En la Eucaristía, esta fase corresponde a los *actos introductorios* o *ritos iniciales* de la celebración: El hombre se reúne con los hermanos, se constituye la comunidad convocada y llena de la

presencia del Señor. Cada fiel se pone con sinceridad y temblor, ante Dios; toma conciencia de cómo está (acto penitencial) y ante quién se encuentra (ante Dios). Se dirige a Dios con las palabras del zorro al Principito: “Domestícame, entonces podré acercarme a ti”. “¡Cámbiame, purifícame, recreáme en lo más hondo!”. “¡Sólo así podré agradarte, acercarme a ti, entrar en el santuario de tu misterio!”

El hombre es un pobre mendigo y además pecador. Dios es misericordioso. El encuentro del rico y misericordioso con el mendigo de perdón, produce el milagro: la reconciliación y purificación. Reconciliados y purificados por Él, podemos acercarnos (sintonizamos con Él), nos alegramos (=gloria); el cielo y la tierra se unen en una acción teándrica glorificadora y salvadora. Cerca de Dios, unidos cielo y tierra, podemos pedir a Dios lo que más nos conviene (=oración colecta).

4.2. *La etapa del diálogo.*

Sigue el conocimiento mutuo. Es la etapa propia de confrontar pareceres, valores, puntos de vista, pero que prepara el enamoramiento. En la Misa corresponde a la liturgia de la Palabra. Dios toma la iniciativa, comienza exponiendo su intimidad, sus planes y proyectos al hombre. Sólo Él puede hacer esto, pues es quien conoce su intimidad y su designio sobre el hombre. En la Liturgia de la Palabra habla

la Trinidad; pero sobre todo habla el “Logos”, la Palabra sustancial de Dios, que en la plenitud de los tiempos se hizo carne, compartió todo lo humano, excepto el pecado. Dios revela su proyecto anunciado en el AT, realizado en Cristo y continuado en la Iglesia bajo la guía del Espíritu Santo. El hombre, en escucha amorosa, va interiorizando quién es y qué planes tiene sobre él, Aquél que le ama.

Esta palabra no siempre es fácil y amable para acoger. A veces censura, reprende, presenta planes que nos parecen no responder a nuestros intereses. Pero es siempre una palabra salvable, sanante, consoladora, tajante y creadora de vida interior.

Si la acogemos así, nos santifica, renueva, alimenta nuestro espíritu y nos hace crecer en el amor mutuo.

La prueba de que la acogemos así, es que respondemos con el Salmo adecuado a la lectura (si se canta, mejor), con la profesión de fe y la oración universal.

4.3. *El diálogo íntimo de corazón a corazón.*

El amor, en el que mandan los sentimientos, necesita del diálogo. Cuando hay verdadero amor son menos necesarias las palabras para expresarlo, prima la contemplación, el silencio, el gozo de haber encontrado al otro, los gestos y confidencias...

Trasplantado a la Eucaristía, es el momento de la *Plegaria eucarística*. No se trata del anuncio del pasado, no es una enseñanza, no es la proposición de planes y proyectos ni el juego de preguntas y respuestas. Es Cristo Cabeza, unido a su Cuerpo que es la Iglesia, por la mediación del presbítero, el que se dirige a Dios Padre. El presbítero actúa en la persona de Cristo y en nombre de la Iglesia. El lenguaje es amoroso y de oración culminante. No se trata de analizar, pensar, reflexionar ni preparar la respuesta. Lo propio de este momento es encontrar la frecuencia para sintonizar con quien se ama y mantenerse en la longitud de onda del lenguaje amoroso. Es escuchar con los oídos del corazón, mirar con los ojos del alma, gustar las palabras en silencio, unirse a Cristo y a la Iglesia en fe, con el deseo de ofrecerse con Cristo al Padre. En esta oración, el sacerdote actúa en la persona de Cristo y el pueblo responde brevemente a los diálogos, canta, ora en el corazón y guarda un silencio adorante. Es el corazón quien se vuelca en las palabras. Las palabras son cauce imperfecto de comunicación del corazón (de Cristo-Iglesia) con el Padre.

La iniciativa del diálogo, emprendida por Dios en la liturgia de la Palabra, encuentra la respuesta adecuada en esta gran oración de proclamación de las maravillas de Dios, pero, sobre todo, de la maravilla realizada en la encarnación-pasión y muerte del Hijo, expresión culminante del amor del Padre. Esa maravilla, hecha memoria y

presencia sobre el altar, sigue siendo acción de gracias y doxología permanente del Hijo, en el Espíritu Santo, con la Iglesia al Padre.

La comunión dialógica del Hijo, en el Espíritu y con la Iglesia al Padre, es tan profunda, que el cielo se une con la tierra o la tierra asciende al cielo. La comunidad celebrante transida por la plegaria cumbre de la Iglesia, experimenta la comunión con el Hijo amado, que ora en el Espíritu glorificando al Padre. Padre, Hijo y Espíritu dialogan con retazos y fibras del corazón y sobre el altar descansan “las cosas santas”, que son “para los santos” (los dones eucaristizados). La Plegaria eucarística proclamada por el sacerdote con breves respuestas de la comunidad, fomenta la relación más allá de las palabras, una relación en gran parte silente, adorante, obediencial y oferente, que sintoniza plenamente con el sacrificio nuevo y eterno, que se ofrece por la salvación de todos. Todo está preparado para la unión de los cuerpos y corazones.

4.4. *La unión en el amor.*

Esta etapa constituye la *cumbre* del camino del amor. Es la unión de almas y cuerpos, la “Cena que recrea y enamora” (S. Juan de la Cruz). En la Eucaristía es el momento de la comunión sacramental del Cuerpo entregado y la Sangre derramada del Señor. Es el boca a boca o cuerpo a cuerpo de Dios con el hombre; del Redentor con el redimido. En la comunión tocamos y asimimos

lamos el Cuerpo y la Sangre del Señor. O mejor, es Él quien viene para tocarnos y asimilarnos a Sí. Es lo que dice Ruysbroeck: “Cuando comulgamos, no es que nosotros comamos a Cristo; es Él el que nos come a nosotros”. La asimilación es al contrario de lo que sucede con el alimento material.¹

La Eucaristía sigue sencillamente el camino del amor. En ella se actualiza el diálogo y el encuentro gozoso de dos amores: el de Dios uno y trino, que establece su morada en el hombre y el de cada persona, correspondiendo al Dios-Trinidad en el seno de la comunidad.

En este encuentro, el amor de Dios llega a su culmen: se hace pan y bebida espiritual para el hombre, como expresión máxima de unión, de intimidad y comunión. El amor del hombre, siempre ayudado por la gracia, alcanza la plenitud de su vocación: la unión con Dios, la profundización en la divinización (iniciada en el Bautismo) y alimentada por la Eucaristía. En la comunión sacramental, Dios y el hombre se funden en una perfecta comunión de vida y amor, en una unidad divino-humana que no anula la identidad de cada persona, su libertad y características propias. Cristo asimilando a Sí al cristiano lleva su vida a la cumbre de amor, de paz, de felicidad en la fe y de esperanza de una plenitud que tendrá lugar sólo cuando se rompa el velo y contemple al Señor cara a cara.

Se comprende así que la Eucaristía no sea un conglomerado de elementos, signos y palabras sin unidad. Hay un hilo conductor que la unifica totalmente.

Sigue las etapas del proceso amoroso: aprender a conocerse y familiarizarse con respeto y pudor; confrontarse el uno al otro y aceptarse mutuamente en su particularidad; conversar juntos serenamente en un corazón a corazón y finalmente unirse en un solo cuerpo y una sola alma.

De este modo, quienes participan en la Eucaristía, terminarán *comprendiendo y amando* lo que hacen. Habrá una respuesta clara a la pregunta: “¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?”. “¿Comprendéis lo que hacéis en la Eucaristía?”. “¿Consideráis lo que tratáis?”. “¿Sabéis gustarlo?”. “¿Os esforzáis por vivirlo?”. “¿Deseáis comunicarlo a los demás?”.

Conclusión.

Los cristianos nunca podemos cansarnos de celebrar la Eucaristía sobre todo el “día del Señor”. En ello, nos va lo más íntimo y precioso de nuestra vida de unión con Dios y de compromiso con los hermanos y los que no creen. No podemos vivir en Cristo sin Cristo. Y Cristo debe ser asimilado (mejor, ser asimilados por Él) para ser pan partido y sacrificado para los hombres.

Por eso, debemos “tratar” cada día con más conciencia y afecto los miste-

rios que celebramos en el domingo: la reunión, la Palabra de Dios, las diversas presencias del Resucitado-Crucificado, la celebración del sacrificio convivial y la llamada a la misión. El amor es la clave para entender más, para tratar mejor, para abrirnos a una Presencia personal, para adorar el misterio que baja al altar, para comulgar con el Cuerpo y la sangre del Señor en comunión con la Iglesia y los hermanos. Todo ello nos hará ser fermento de “vida nueva” en el

mundo y testigo de una esperanza que sólo se realizará en el cielo.

Además de la Eucaristía celebrada pasaremos con cierta naturalidad a la Eucaristía adorada. El sagrario por lo que en sí encierra prolonga el sacrificio, hace real la cercanía del Dios-con-nosotros y nos facilita la acogida y el diálogo de persona a persona. Cerca de esta Presencia el cristiano y las comunidades encuentran calor, gracia y esperanza.

NOTAS:

- 1 Cf. T. Spidlík, *La oración según la tradición del Oriente cristiano* (Monte Carmelo edit. , Burgos 2004) 161-165; 330-332; 334; Jn 15, 4-7 habla de la inhabitación recíproca de las personas.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA**CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA****Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones
5 de Julio de 2009**

*DALE COLOR A TU VIDA
¡Cuidado con los puntos negros!*

La próxima celebración de la Jornada de Responsabilidad en el Tráfico nos brinda una excelente ocasión para asomarnos de un modo más cercano al siempre sorprendente mundo de la carretera y de su entorno.

Con el lema elegido para la Jornada de este año, "*Da color a tu vida*". *¡Cuidado con los puntos negros!*, los obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones, invitamos a los católicos y a todas las personas de buena voluntad a una serena reflexión y a actuar juntos en este importante escenario de la movilidad. La vida en las carreteras y caminos tiene su propio color: el color de la comunicación, de la belleza del paisaje, de la llegada a la meta y del encuentro, el color de la seguridad y de la vida.

Como contraste, son verdaderamente escalofrantes las cifras de víctimas mortales y no mortales de los accidentes de tráfico. En el año 2008 hubo en el mundo 1,2 millones de muertos y 50 millones de heridos debidos a accidentes de tráfico. Esta cifra es inaceptablemente alta. La sufren, sobre todo, en un 80-90%, los países de bajos y me-

dios ingresos. Se prevé que la tendencia continúe ascendente en el número de accidentes de tráfico en esos países, con muertes asociadas a accidentes de tráfico, a menos que se tomen medidas efectivas para evitarlo.

En el 2015, los accidentes de tráfico podrían convertirse en la principal causa de discapacidad entre niños y jóvenes de todo el mundo. Los traumatismos causados por el tráfico son la segunda causa de muerte, en orden de importancia, de los jóvenes de 10 a 24 años de edad. De los 1,2 millones de personas que anualmente pierden la vida en accidentes de tráfico, casi la tercera parte son jóvenes menores de 25 años.

En los países de ingresos bajos y medios, las personas que con mayor frecuencia se ven involucradas en accidentes de tráfico son peatones, ciclistas, motociclistas y pasajeros, mientras que en los países de altos ingresos las víctimas son mayoritariamente conductores de automóviles. Se estima que en los países de ingresos bajos y medianos el costo de las lesiones por accidentes

de tráfico es de alrededor del 1%-1,5% del producto nacional bruto y que en los países de altos ingresos llega al 2%.

En España, se ha producido un notable descenso (49,2%) en el número de víctimas mortales en accidentes de tráfico: de 4.295 en el año 2000 a 2.181 en el año 2008. Ciertamente es una reducción significativa. Pero no es para estar totalmente satisfechos. Es mucho el trabajo que aún queda por hacer. Muchos de estos accidentes se producen en los llamados *puntos negros*, aquellos puntos pertenecientes a la red vial española en los que se han detectado tres o más accidentes con víctimas durante un año. Las cifras que la Dirección General de Tráfico nos va proporcionando desde el año 2000 hablan por sí mismas e invitan a un uso responsable del vehículo en la carretera, en general, pero especialmente en esos puntos donde existen más probabilidades de que se produzca un accidente. Junto a estos puntos negros, en sentido estricto, existen otros *asimilados*, tales como el uso, mientras se conduce, del teléfono móvil, el alcohol, el exceso de velocidad, la irresponsabilidad en el mantenimiento y puesta a punto del vehículo, el consumo de estupefacientes, etc. La “tolerancia cero” es obligada en todos estos casos.

No debemos olvidar que, tanto si hay muertos como si hay heridos graves, estos accidentes suelen cambiar la vida tanto de los propios accidentados como de sus familias. Todo ello obliga

a la administración civil a poner todos los medios a su alcance para reducirlos al máximo. El cristiano, conocedor del valor que Dios concede a toda vida humana, debe poner todos los medios a su alcance para contribuir en este noble empeño de hacer de la seguridad vial un objetivo prioritario. Además, debe comprender que el viajar, «no sólo representa un desplazamiento físico de un lugar a otro, sino en su dimensión espiritual, porque el viaje relaciona a las personas, contribuyendo a la realización del designio de amor de Dios» (1).

Damos color a la vida, como conductores o peatones:

Cuando hacemos de nuestras calles, caminos y carreteras un magnífico escenario para hacer el bien y difundir en la sociedad el mensaje evangélico de amor tal como hizo Jesús, que recorría las ciudades y aldeas para proclamar el Evangelio y curar «todas las enfermedades y dolencias» (cf. Mt 9, 35).

Cuando somos prudentes en la carretera, no pensamos sólo en nosotros mismos, no estamos siempre apremiados por la prisa en llegar, y nos fijamos en las personas que nos «acompañan» por el camino, cada una con su propia vida, su deseo de llegar y sus propios problemas (2).

Cuando nos hacemos factores de comunión entre los hombres (3).

Cuando redescubrimos y ponemos en práctica las virtudes necesarias al

usuario de la carretera, *sobre todo la caridad, la prudencia y la justicia* (4).

Cuando no actuamos sólo por temor a perder el “Carné por puntos”, a la sanción económica o la cárcel... sino por amor a Dios, autor de la vida, que ama y cuida en sus criaturas y por amor al prójimo.

Que Nuestra Señora del Camino y san Cristóbal nos guíen y nos acompañen en el noble empeño de dar verdadero color a la vida, respetando las normas de tráfico, cuidando al máximo la seguridad vial y haciendo presente los valores del Evangelio en el mundo de la carretera.

NOTAS:

- (1) Consejo Pontificio para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes. Orientaciones para la Pastoral de la Carretera, n. 17, Ciudad del Vaticano 2007.
- (2) Cf. op. cit. (n.19).
- (3) Cf. op. cit. (n. 80).
- (4) Cf. op. cit. (n. 81).

NOMBRAMIENTO EPISCOPAL

Mons. D. José Manuel Lorca Planes ha sido nombrado Obispo de Cartagena

Es Obispo de Teruel y Albarracín desde 2004

Madrid 18 de julio de 2009

La Nunciatura Apostólica en España comunica que la Santa Sede ha hecho público que el Papa Benedicto XVI ha nombrado Obispo de Cartagena a Mons. D. José Manuel Lorca Planes, en la actualidad Obispo de Teruel y Albarracín.

La sede de Cartagena estaba vacante tras el traslado de Mons. D. Juan An-

tonio Reig Plà a la diócesis de Alcalá de Henares, de la que tomó posesión el pasado 25 de abril. En la actualidad, y hasta la toma de posesión del nuevo prelado, está al frente de la diócesis el sacerdote D. Miguel Ángel Cárceles Cárceles como Administrador Apostólico.

Mons. Lorca Planes, Obispo de Teruel y Albarracín desde 2004

Mons. D. José Manuel Lorca Planes nació en la localidad murciana de Espinardo, diócesis de Cartagena, el 18

de octubre de 1949. Curso los estudios eclesiásticos en el Seminario Mayor “San Fulgencio” de Murcia. Es licenciado en Teología Bíblica por la Facultad de Teología de Granada. Recibió la ordenación sacerdotal el 29 de junio de 1975.

Mons. Lorca Planes regresa como Obispo a su diócesis originaria y en la que vivió su ministerio sacerdotal, que inició como Coadjutor de la Parroquia de “Santiago el Mayor” de Totana, de 1975 a 1980. Ha ejercido entre otros los cargos de Secretario del entonces Obispo de Cartagena, Mons. D. Javier Azagra Labiano, y Consiliario Diocesano del Movimiento Junior de Acción Católica (1980-1985); Rector del Seminario Mayor y Menor de Cartagena (1984-1989); Vicario episcopal de la zona pastoral de Lorca y párroco de “San Mateo” de Lorca (1989-1999);

Párroco de “San Nicolás de Bari y Santa Catalina” (1999-2002); Vicario General (1999-2004) y Párroco de “San Miguel Arcángel”. Además, fue profesor de religión en las escuelas públicas; docente de “Orígenes del cristianismo” en el Centro de Estudios Teológicos “San Fulgencio” de Murcia; profesor de Introducción a la Sagrada Escritura, Historia de Israel, Cristología y Eclesiología en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas a distancia “San Agustín”, y Director y fundador de la Escuela de Teología de Lorca.

El 15 de enero de 2004 se hacía público su nombramiento como Obispo de Teruel y Albarracín. Recibió la ordenación episcopal en Teruel el 6 de marzo de 2004. En la Conferencia Episcopal Española es miembro de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades.

Mons. D. Renzo Fratini ha sido nombrado Nuncio Apostólico en España

Desde enero de 2004 es Nuncio Apostólico en Nigeria

Madrid 20 de agosto de 2009

La Nunciatura Apostólica en España ha comunicado que la Santa Sede ha hecho público que el Papa, Benedicto XVI, ha nombrado Nuncio Apostólico en España al Excmo. y Rvdmo. Mons. D. Renzo Fratini, en la actualidad Arzobispo Titular de Botriana y Nuncio Apostólico en Nigeria.

Mons. Fratini nació en Macerata (Italia), el 25 de abril de 1944. Recibió la ordenación sacerdotal el 6 de septiembre de 1969 y es Doctor en Derecho Canónico.

En 1974 ingresó en el servicio diplomático de la Santa Sede y ha desempeñado sus funciones en las sedes de Japón, Nigeria, Etiopía, Grecia, Ecuador, Jerusalén y Palestina y Francia.

El 7 de agosto de 1993 fue nombrado Nuncio Apostólico en Pakistán. Posteriormente fue nombrado Nuncio Apostólico en Indonesia el 8 de agosto de 1998 y el 24 de junio de 2003 se le nombró también Nuncio Apostólico en Timor Oriental.

Desde el 27 de enero de 2004 Mons. Fratini ha sido Nuncio Apostólico en Nigeria. Además del italiano, habla español, francés e inglés.

Mons. Fratini sucede en la Nunciatura Apostólica en España a

Mons. D. Manuel Monteiro de Castro que ha sido nombrado Secretario de la Congregación para los Obispos. Antes de tomar posesión de su nuevo cargo en Roma, se despedirá oficialmente con la celebración de una Misa Solemne que tendrá lugar el domingo 30 de agosto a las 12,30 horas, en la Basílica Pontificia de San Miguel, situada en la calle San Justo nº 4 de Madrid.

Mons. Monteiro de Castro era Nuncio de Su Santidad en España desde el 1 de marzo de 2000.

La CEE condena el asesinato de dos guardias civiles en Mallorca.

Madrid 30 de julio de 2009

La banda terrorista ETA ha asesinado hoy en la localidad mallorquina de Calvià a los guardias civiles D. Carlos Sáenz de Tejada García y D. Diego Salvá Lezaun. Este brutal atentado se une al que los etarras perpetraron en la madrugada de ayer contra la Casa Cuartel de la Guardia Civil en Burgos, en el que causaron 65 heridos y gravísimos daños materiales.

Ante la sinrazón de estos actos, la Conferencia Episcopal Española (CEE) anuncia una vez más el Evangelio de la Vida y denuncia la inmoralidad del terrorismo, rostro cruel de la cultura de la muerte, que desprecia la dignidad humana y rompe el respeto sagrado a la vida de las personas. “En España, el

terrorismo de ETA se ha convertido desde hace años en la más grave amenaza contra la paz, porque atenta cruelmente contra la vida humana, coarta la libertad de las personas y ciega el conocimiento de la verdad, de los hechos y de nuestra historia” (Instrucción Pastoral “Valoración moral del terrorismo en España, de sus causas y de sus consecuencias”, Asamblea Plenaria de la CEE, noviembre de 2002).

La CEE quiere mostrar su reconocimiento público a la labor que desempeña la Guardia Civil, junto con todas las Fuerzas de Seguridad del Estado, al tiempo que expresa su cercanía y condolencia a los familiares de las víctimas, en especial a los de D. Carlos Sáenz de

Tejada García y D. Diego Salvá Lezaun, cuyo eterno descanso encomiendan al Señor de la Vida los obispos, junto con toda la comunidad católica. Asimismo los obispos piden a todos que se unan al sufrimiento de las víctimas del terrorismo con gestos de afecto y solidaridad y, en particular, mediante la oración.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Plaza San Pedro. Domingo, 28 de junio de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Con la celebración de las primeras Vísperas de San Pedro y San Pablo, que presidiré esta tarde en la basílica de San Pablo extramuros, concluye el Año paulino, convocado con ocasión del bimilenario del nacimiento del Apóstol de los gentiles. Ha sido realmente un tiempo de gracia en el que, mediante las peregrinaciones, las catequesis, numerosas publicaciones y diversas iniciativas, se ha vuelto a proponer a toda la Iglesia la figura de san Pablo, y su vibrante mensaje ha reavivado por doquier, en las comunidades cristianas, la pasión por Cristo y por el Evangelio. Por tanto, demos gracias a Dios por el Año paulino y por todos los dones espirituales que nos ha traído.

La divina Providencia ha dispuesto que, precisamente hace pocos días, el 19 de junio, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, se inaugurara otro año especial, el Año sacerdotal, con ocasión del 150° aniversario de la muerte *-dies natalis-* de Juan María Vianney, el santo cura de Ars. Estoy seguro de que este ulterior impulso espiritual y pastoral pro-

ducirá muchos beneficios para el pueblo cristiano y especialmente para el clero.

¿Cuál es la finalidad del Año sacerdotal? Como escribí en la carta que envié con ese motivo a los sacerdotes, quiere contribuir a promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que den en el mundo de hoy un testimonio evangélico más fuerte y eficaz. A este propósito, el apóstol san Pablo constituye un espléndido modelo para imitar, no tanto en su vida concreta, que fue realmente extraordinaria, cuanto en su amor a Cristo, en su celo por el anuncio del Evangelio, en su entrega a las comunidades y en su elaboración de síntesis eficaces de teología pastoral.

San Pablo es un ejemplo de sacerdote totalmente identificado con su ministerio, como lo será también el santo cura de Ars, consciente de llevar un tesoro inestimable, es decir, el mensaje de la salvación, pero de llevarlo en “un recipiente de barro” (cf. *2 Co* 4, 7); por eso, él es fuerte y humilde al mismo tiempo, íntimamente persuadido de que todo es mérito de Dios, todo es gracia suya. “El amor de Cristo nos apremia”, escribe el Apóstol, y este podría ser muy bien el lema de todo sacerdote, al que el Es-

píritu “cautiva” (cf. *Hch* 20, 22) para hacer de él un fiel administrador de los misterios de Dios (cf. *1 Co* 4, 1-2): el presbítero debe ser todo de Cristo y todo de la Iglesia, a la que está llamado a dedicarse con amor indiviso, como un esposo fiel a su esposa.

Queridos amigos, juntamente con la intercesión de los apóstoles san Pedro y san Pablo, invoquemos ahora la de la Virgen María, para que obtenga del Señor abundantes bendiciones para los sacerdotes durante este Año sacerdotal recién iniciado. Que la Virgen, a quien san Juan María Vianney tanto amó e hizo amar a sus parroquianos, ayude a cada sacerdote a reavivar el don de Dios que está en él en virtud de la santa ordenación, para que crezca en la santidad y esté dispuesto a testimoniar, si fuera necesario hasta el martirio, la belleza de su consagración total y definitiva a Cristo y a la Iglesia.

Solemnidad de San Pedro y San Pablo. Plaza de San Pedro. Lunes, 29 de junio de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy celebramos solemnemente a los apóstoles san Pedro y san Pablo, patronos especiales de la Iglesia de Roma: Pedro, el pescador de Galilea, “el primero que confesó la fe en Cristo... y fundó la primera comunidad con los justos de Israel”; Pablo, el antiguo perseguidor de

los cristianos, “que iluminó las profundidades del misterio..., el maestro y doctor, que anunció la salvación a todas las gentes” (cf. Prefacio de la misa de hoy).

En una de sus homilias a la comunidad de Roma, el Papa san León Magno afirmó: “Estos son tus padres y verdaderos pastores, que te fundaron para que te insertaras en el reino celestial” (*Sermo I in Nat. App Petri et Pauli, c I: PL* 54, 422). Con ocasión de esta fiesta, quiero dirigir un caluroso y especial saludo, y una cordial felicitación, a la comunidad diocesana de Roma, que la divina Providencia ha encomendado a mi solicitud, como sucesor del apóstol Pedro. Es un saludo que extendiendo de buen grado a todos los habitantes de nuestra metrópolis y a los peregrinos y turistas que en estos días la están visitando, coincidiendo también con la clausura del Año paulino.

Queridos hermanos y hermanas, que el Señor os bendiga y proteja por intercesión de san Pedro y san Pablo. Como vuestro Pastor, os exhorto a permanecer fieles a la vocación cristiana y a no acomodarnos a la mentalidad de este mundo, como escribía el Apóstol de los gentiles precisamente a los cristianos de Roma, sino a dejaros transformar y renovar siempre por el Evangelio, para seguir lo que es verdaderamente bueno y agradable a Dios (cf. *Rm* 12, 2).

Por esto, rezo constantemente, para que Roma mantenga viva su vocación

cristiana no sólo conservando inalterado su inmenso patrimonio espiritual y cultural, sino también para que sus habitantes traduzcan la belleza de la fe recibida en modos concretos de pensar y actuar, y ofrezcan así a cuantos, por distintas razones, llegan a esta ciudad, un clima lleno de humanidad y de valores evangélicos. Por tanto, con palabras de san Pedro, os invito, queridos hermanos y hermanas discípulos de Cristo, a ser “piedras vivas”, unidas en torno a él, que es la “piedra viva, rechazada por los hombres, pero elegida y preciosa ante Dios” (cf. *1 P 2, 4*).

La solemnidad de hoy reviste también un carácter universal: expresa la unidad y la catolicidad de la Iglesia. Por eso, cada año, en esta fecha, vienen a Roma los nuevos arzobispos metropolitanos a recibir el palio, símbolo de comunión con el Sucesor de Pedro. Así pues, renuevo mi saludo a los hermanos en el episcopado para los cuales he realizado esta mañana en la basílica ese gesto, y a los fieles que los han acompañado.

Saludo también con viva cordialidad a la delegación del Patriarcado de Constantinopla que, como cada año, ha llegado a Roma para la celebración de la fiesta de San Pedro y San Pablo. Que la común veneración de estos mártires sea prenda de una comunión cada vez más plena y sentida entre los cristianos de todas partes del mundo. Invoquemos por esto la intercesión maternal de María, Madre de la única

Iglesia de Cristo, con el acostumbrado rezo del Ángelus.

Plaza de San Pedro. Domingo, 5 de julio de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

En el pasado, el primer domingo de julio se caracterizaba por la devoción a la Preciosísima Sangre de Cristo. Algunos de mis venerados predecesores del siglo pasado la confirmaron, y el beato Juan XXIII, con la carta apostólica *Inde a primis* (30 de junio de 1960), explicó su significado y aprobó sus letanías. El tema de la sangre, unido al del Cordero pascual, es de primaria importancia en la Sagrada Escritura. En el Antiguo Testamento, la aspersión con la sangre de los animales sacrificados representaba y establecía la alianza entre Dios y el pueblo, como se lee en el libro del *Éxodo*: “Entonces tomó Moisés la sangre, roció con ella al pueblo y dijo: “Ésta es la sangre de la alianza que el Señor ha hecho con vosotros, según todas estas palabras”” (*Ex 24, 8*).

A esta fórmula se remite explícitamente Jesús en la última Cena cuando, ofreciendo el cáliz a los discípulos, dice: “Ésta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados” (*Mt 26, 28*). Y efectivamente, desde la flagelación hasta que le traspasaron el costado después de su muerte en la cruz, Cristo derramó toda su sangre, como verdadero Cordero

inmolado para la redención universal. El valor salvífico de su sangre se afirma expresamente en muchos pasajes del Nuevo Testamento. Basta citar, en este Año sacerdotal, la bella expresión de la *carta a los Hebreos*: “Cristo... penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna. Pues si la sangre de machos cabríos y de novillos y la ceniza de vaca santifica con su aspersión a los contaminados, en orden a la purificación de la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!” (*Hb 9*, 11-14).

Queridos hermanos, está escrito en el *Génesis* que la sangre de Abel, asesinado por su hermano Caín, clama a Dios desde la tierra (cf. *Gn 4*, 10). Y lamentablemente, hoy como ayer, este grito no cesa, porque sigue corriendo sangre humana a causa de la violencia, de la injusticia y del odio. ¿Cuándo aprenderán los hombres que la vida es sagrada y pertenece sólo a Dios? ¿Cuándo entenderán que todos somos hermanos? Al grito por la sangre derramada, que se eleva desde tantas partes de la tierra, Dios responde con la sangre de su Hijo, que entregó su vida por nosotros. Cristo no respondió al mal con el mal, sino con el bien, con su amor infinito. La sangre de Cristo es prenda del amor fiel de Dios a la humanidad. Contemplando las llagas del

Crucificado, cada hombre, incluso en condiciones de extrema miseria moral, puede decir: Dios no me ha abandonado, me ama, ha dado la vida por mí; y así volver a tener esperanza. Que la Virgen María, quien al pie de la cruz, junto al apóstol san Juan, recogió el testamento de la sangre de Jesús, nos ayude a redescubrir la inestimable riqueza de esta gracia y a sentir por ella gratitud íntima y perenne.

Plaza de San Pedro. Domingo, 12 de julio de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Estos últimos días la atención de todos se ha dirigido al G8 que se celebró en L'Aquila, ciudad tan probada por el terremoto. Las problemáticas en agenda eran en ocasiones dramáticamente urgentes. Existen en el mundo desigualdades sociales e injusticias estructurales que ya no son tolerables y exigen, además de las debidas intervenciones inmediatas, una estrategia coordinada para buscar soluciones globales duraderas. Durante la cumbre los jefes de Estado y de Gobierno del G8 subrayaron la necesidad de llegar a acuerdos comunes a fin de asegurar a la humanidad un futuro mejor. La Iglesia no posee soluciones técnicas que presentar, pero, experta en humanidad, ofrece a todos la enseñanza de la Sagrada Escritura sobre la verdad del hombre y anuncia el Evangelio del amor y de la justicia.

El miércoles pasado, comentando en la audiencia general la encíclica *Caritas in veritate* publicada precisamente la víspera del G8, dije que “hace falta un nuevo proyecto económico que vuelva a planear el desarrollo de forma global, basándose en el fundamento ético de la responsabilidad ante Dios y ante el ser humano como criatura de Dios”. Ello porque, como escribí en la encíclica, “en una sociedad en vías de globalización, el bien común y el compromiso por él han de abarcar necesariamente a toda la familia humana” (n. 7).

Ya el gran Pontífice, Pablo VI, en la encíclica *Populorum progressio*, había reconocido e indicado el horizonte mundial de la cuestión social. Continuando por el mismo camino, también yo sentí la necesidad de dedicar la *Caritas in veritate* a esa cuestión, que en nuestro tiempo se ha convertido “radicalmente en una cuestión antropológica”, en el sentido de que implica el modo mismo de concebir al ser humano, puesto cada vez más en las manos del propio hombre por las modernas biotecnologías (cf. *ib.*, 75).

Las soluciones a los problemas actuales de la humanidad no pueden ser sólo técnicas, sino que deben tener en cuenta todas las exigencias de la persona, que está dotada de alma y cuerpo, y así deben tener en cuenta al Creador, a Dios. De hecho, podría dibujar escenarios oscuros para el futuro de la humanidad “el absolutismo de la técnica”, que encuentra su máxima expresión en

algunas prácticas contrarias a la vida. Los actos que no respetan la verdadera dignidad de la persona, aun cuando parezcan motivados por una “elección de amor”, en realidad son fruto de una “concepción materialista y mecanicista de la vida humana” que reduce el amor sin verdad a “un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente” (cf. n. 3) y así puede conllevar efectos negativos para el desarrollo humano integral.

Por compleja que sea la situación actual en el mundo, la Iglesia contempla el futuro con esperanza y recuerda a los cristianos que “el anuncio de Cristo es el primer y principal factor de desarrollo”. Precisamente hoy, en la oración colecta de la misa, la liturgia nos invita a orar: “Concédenos, oh Padre, no tener nada más querido que tu Hijo, quien revela al mundo el misterio de tu amor y la verdadera dignidad del hombre”. Que la Virgen María nos obtenga caminar por la senda del desarrollo con todo nuestro corazón y nuestra inteligencia, “es decir, con el ardor de la caridad y la sabiduría de la verdad” (cf. n. 8).

Romano Canavese. Domingo, 19 de julio de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

He venido con gran alegría a vuestra bella ciudad, a vuestra bella iglesia; esta es la ciudad natal de mi primer colabo-

rador, el cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado, con quien ya había colaborado algunos años en la Congregación para la doctrina de la fe. Como veis, a causa de mi infortunio, estoy un poco limitado en mi agilidad, pero la presencia del corazón es plena, y estoy con vosotros con gran alegría.

En este momento, quiero dar las gracias de corazón a todos: han sido muchos los que han mostrado, en esta circunstancia, su cercanía, su simpatía, su afecto hacia mí, y han rezado por mí; así se ha reforzado la red de la oración que nos une en todas las partes del mundo. Ante todo deseo expresar mi agradecimiento a los médicos y al personal sanitario de Aosta que me ha tratado con tanta diligencia, con tanta competencia y amistad, y -como veis- con éxito -esperamos- final. También quiero dar las gracias a las autoridades del Estado, de la Iglesia, y a cuantos me han escrito o me han expresado su afecto y su cercanía.

Además quiero saludar sobre todo a vuestro obispo, así como al obispo emérito de esta diócesis, monseñor Luigi Bettazzi. Saludo al alcalde, que me ha hecho un regalo bellissimo, a las autoridades civiles y militares; saludo al párroco y a los demás sacerdotes, a los religiosos y religiosas, a los responsables de las asociaciones y movimientos eclesiales, y a todos los ciudadanos, con un pensamiento especial hacia los niños, los jóvenes, las familias, los enfermos y los necesitados. A todos y cada

uno, expreso mi más viva gratitud por la acogida que me habéis reservado en esta breve permanencia entre vosotros.

Esta mañana, habéis celebrado la Eucaristía y el cardenal Tarcisio Bertone ciertamente ya os ha explicado la Palabra de Dios, que la liturgia ofrece para nuestra meditación en este XVI domingo del tiempo ordinario. Como el Señor invita a los discípulos a retirarse aparte para escucharlo en la intimidad, también yo deseo detenerme con vosotros, recordando que precisamente la escucha y la acogida del Evangelio dieron vida a vuestra comunidad ciudadana, cuyo nombre remite a los vínculos bimilenarios del Canavés con Roma.

Como ha dicho vuestro obispo, vuestra tierra pronto fue bañada con la sangre de los mártires, entre ellos san Solutor -debo confesar que hasta ahora desconocía su nombre, pero me complace siempre conocer nuevos santos intercesores-, quien, con san Pedro apóstol, es titular de vuestra iglesia. Testigo elocuente de una larga historia de fe es vuestra imponente iglesia parroquial, que domina una extensa parte de la tierra canavesa, cuya gente es bien conocida por su amor y su arraigo al trabajo. Sin embargo actualmente sé que también aquí, en la zona de Ivrea, muchas familias experimentan una situación de dificultades económicas a causa de la falta de ocupaciones laborales. Sobre este problema -como también ha recordado el obispo- he

intervenido varias veces y he querido afrontarlo con mayor profundidad en la reciente encíclica *Caritas in veritate*. Espero que movilice las fuerzas positivas para renovar el mundo.

Queridos amigos, no os desaniméis. La Providencia ayuda siempre a quien obra el bien y se compromete por la justicia; ayuda a cuantos no piensan sólo en sí mismos, sino en quien está peor que ellos. Y vosotros lo sabéis bien, porque vuestros abuelos se vieron obligados a emigrar por falta de trabajo, pero después el desarrollo económico ha traído bienestar y otros han inmigrado aquí, desde Italia y desde el extranjero. Los valores fundamentales de la familia y del respeto a la vida humana, la sensibilidad por la justicia social, la capacidad de afrontar el esfuerzo y el sacrificio, el fuerte vínculo con la fe cristiana a través de la vida parroquial y especialmente la participación en la santa misa han sido a lo largo de los siglos vuestra verdadera fuerza.

Estos mismos valores permitirán a las generaciones de hoy construir con esperanza su futuro, dando vida a una sociedad verdaderamente solidaria y fraterna, donde todos los distintos ámbitos, las instituciones y la economía estén impregnados de espíritu evangélico. De manera especial me dirijo a los jóvenes, en quienes hay que pensar en perspectiva educativa. Aquí, como en todas partes, es necesario preguntarse qué tipo de cultura os llega, qué ejemplos y modelos se os recomiendan, y

valorar si son capaces de impulsaros a seguir los caminos del Evangelio y de la libertad auténtica. La juventud está llena de recursos, pero hay que ayudarle a vencer la tentación de sendas fáciles e ilusorias, para hallar el camino de la vida verdadera y plena.

Queridos hermanos y hermanas, en esta tierra vuestra, rica en tradiciones cristianas y en valores humanos, han florecido numerosas vocaciones masculinas y femeninas, en particular para la Familia salesiana; como la del cardenal Bertone, que nació precisamente en esta parroquia vuestra, fue bautizado en esta iglesia y creció en una familia donde asimiló una fe genuina. Vuestra diócesis debe mucho a los hijos y a las hijas de don Bosco, por su presencia difundida y fecunda en toda la zona desde los años en los que todavía vivía el santo fundador. Que esto constituya un ulterior aliento para vuestra comunidad diocesana a comprometerse cada vez más en el campo de la educación y del acompañamiento vocacional.

Invoquemos para ello la protección de María, la Virgen de la Asunción, patrona de la diócesis, Auxilio de los cristianos, Madre amada y venerada de manera especial en los numerosos santuarios a ella dedicados entre los montes del Gran Paraíso y la llanura del Po. Que su presencia materna indique a todos el camino de la esperanza y los conduzca allí, como la estrella que guió a los santos Magos. Que la Virgen de la Estrella vele sobre todos vosotros desde

la colina que domina Ivrea, el Monte Estrella dedicado a ella y a los Reyes Magos. Encomendémonos ahora con confianza filial a la Virgen invocándola con la oración del Ángelus.

Les Combes, Valle de Aosta. Domingo, 26 de julio

Queridos hermanos y hermanas:

¡Feliz domingo a todos vosotros! Nos encontramos aquí, en Les Combes, junto a la acogedora casa que los salesianos ponen a disposición del Papa, donde ya estoy concluyendo el período de descanso entre las bellas montañas del Valle de Aosta. Doy gracias a Dios, que me ha concedido la alegría de estas jornadas caracterizadas por una auténtica distensión, a pesar del pequeño infortunio que bien conocéis y que es visible.

Aprovecho la ocasión para agradecer con afecto a cuantos se apresuraron a estar cerca de mí con discreción y con gran entrega. Saludo al cardenal Polletto y a los obispos presentes, en particular al obispo de Aosta, monseñor Giuseppe Anfossi, a quien agradezco las palabras que me ha dirigido. Saludo cordialmente al párroco de Les Combes, a las autoridades civiles y militares, a las Fuerzas del orden y a todos vosotros, queridos amigos, así como a quienes están unidos a nosotros a través de la radio y la televisión.

Hoy, en este espléndido domingo, en el que el Señor nos muestra toda la belleza de su creación, la liturgia prevé como página evangélica el inicio del capítulo VI de san Juan, que contiene al principio el milagro de los panes, cuando Jesús dio de comer a miles de personas con sólo cinco panes y dos peces; a continuación, el otro prodigio del Señor caminando sobre las aguas del lago en medio de la tempestad; y, por último, el discurso en el que él se revela como “el pan de vida”.

Al narrar el “signo” de los panes, el evangelista subraya que Cristo, antes de distribuirlos, los bendijo con una oración de acción de gracias (cf. v. 11). El verbo griego es *eucharistein*, y remite directamente al relato de la última Cena, en el que, de hecho, san Juan no refiere la institución de la Eucaristía, sino el lavatorio de los pies. La Eucaristía aquí está como anticipada en el gran signo del pan de vida.

En este Año sacerdotal, cómo no recordar que especialmente nosotros, los sacerdotes, podemos reflejarnos en este texto joánico, identificándonos con los Apóstoles cuando dicen: ¿Dónde vamos a comprar pan para toda esta gente? Y al leer sobre aquel anónimo muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces, también se nos ocurre espontáneamente decir: ¿pero qué es esto para tan gran multitud? En otras palabras: ¿qué soy yo? ¿Cómo puedo, con mis limitaciones, ayudar a Jesús en su misión? Y la respuesta la da el Señor:

los sacerdotes, nosotros los sacerdotes, precisamente poniendo en sus manos “santas y venerables” lo poco que somos, nos convertimos en instrumentos de salvación para muchos, para todos.

Me suscita un segundo punto de reflexión la memoria de hoy de los santos Joaquín y Ana, padres de la Virgen y, por lo tanto, abuelos de Jesús. Esta memoria litúrgica hace pensar en el tema de la educación, que ocupa un lugar importante en la pastoral de la Iglesia. En particular, nos invita a rezar por los abuelos, que en la familia son los depositarios y a menudo los testigos de los valores fundamentales de la vida. La

tarea educativa de los abuelos siempre es muy importante, más todavía cuando, por distintas razones, los padres no pueden asegurar una presencia adecuada junto a sus hijos cuando están creciendo.

Encomiendo a la protección de santa Ana y de san Joaquín a todos los abuelos del mundo, impartiendoles una bendición especial. Que la Virgen María, quien -según una bella iconografía- aprendió a leer las Sagradas Escrituras en las rodillas de su madre Ana, les ayude a alimentar siempre la fe y la esperanza en las fuentes de la Palabra de Dios.

AUDIENCIAS GENERALES

Miércoles, 1 de julio de 2009

Palabra y sacramento son las dos columnas del sacerdocio

Queridos hermanos y hermanas:

Con la celebración de las primeras Vísperas de la solemnidad de los apóstoles San Pedro y San Pablo en la basílica de San Pablo extramuros se clausuró, como sabéis, el 28 de junio, el Año paulino, en recuerdo del segundo milenio del nacimiento del Apóstol de los gentiles. Damos gracias al Señor por los frutos espirituales que esta im-

portante iniciativa ha aportado a tantas comunidades cristianas. Como preciosa herencia del Año paulino, podemos recoger la invitación del Apóstol a profundizar en el conocimiento del misterio de Cristo, para que sea él el corazón y el centro de nuestra existencia personal y comunitaria. Esta es, de hecho, la condición indispensable para una verdadera renovación espiritual y eclesial.

Como subrayé ya durante la primera celebración eucarística en la Capilla Sixtina después de mi elección como sucesor del apóstol san Pedro, es pre-

cisamente de la plena comunión con Cristo de donde “brota cada uno de los elementos de la vida de la Iglesia, en primer lugar la comunión entre todos los fieles, el compromiso de anuncio y de testimonio del Evangelio, y el ardor de la caridad hacia todos, especialmente hacia los pobres y los pequeños” (*Homilía*, 20 de abril de 2005, n. 4: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 22 de abril de 2005, p. 7). Esto vale en primer lugar para los sacerdotes. Por eso, demos gracias a la Providencia de Dios que nos ofrece ahora la posibilidad de celebrar el Año sacerdotal. Deseo de corazón que constituya para cada sacerdote una oportunidad de renovación interior y, en consecuencia, de firme revigORIZACIÓN en el compromiso de su misión.

Como durante el Año paulino, nuestra referencia constante ha sido san Pablo, así en los próximos meses contemplaremos en primer lugar a san Juan María Vianney, el santo cura de Ars, recordando el 150° aniversario de su muerte. En la carta que escribí para esta ocasión a los sacerdotes, quise subrayar lo que más resplandece en la existencia de este humilde ministro del altar: “su total identificación con el propio ministerio”. Solía decir que “un buen pastor, un pastor según el corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina”. Y casi sin poder percibir la grandeza del *don* y de la *tarea* confiados a una po-

bre criatura humana, suspiraba: “¡Oh, qué grande es el sacerdote!... Si se diese cuenta, moriría... Dios le obedece: pronuncia dos palabras y nuestro Señor baja del cielo al oír su voz y se encierra en una pequeña hostia”.

En verdad, precisamente considerando el binomio “identidad-misión”, cada sacerdote puede advertir mejor la necesidad de la progresiva identificación con Cristo, que le garantiza la fidelidad y la fecundidad del testimonio evangélico. El título mismo del Año sacerdotal - “Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote” - pone de manifiesto que el don de la gracia divina precede a toda posible respuesta humana y realización pastoral, y así, en la vida del sacerdote, el anuncio misionero y el culto no se pueden separar nunca, como tampoco se deben separar la identidad ontológico-sacramental y la misión evangelizadora.

Por lo demás, podríamos decir que el fin de la misión de todo presbítero es “cultural”: para que todos los hombres puedan ofrecerse a Dios como hostia viva, santa, agradable a él (cf. *Rm* 12, 1), que en la creación misma, en los hombres, se transforma en culto, en alabanza al Creador, recibiendo la caridad que están llamados a dispensarse abundantemente unos a otros. Lo constatamos claramente en los inicios del cristianismo. Por ejemplo, san Juan Crisóstomo decía que el sacramento del altar y el “sacramento del hermano” o, como dice, el “sacramento del pobre”

constituyen dos aspectos del mismo misterio. El amor al prójimo, la atención a la justicia y a los pobres, no son solamente temas de una moral social, sino más bien expresión de una concepción sacramental de la moralidad cristiana, porque a través del ministerio de los presbíteros se realiza el sacrificio espiritual de todos los fieles, en unión con el de Cristo, único Mediador: sacrificio que los presbíteros ofrecen de forma incruenta y sacramental en espera de la nueva venida del Señor. Ésta es la principal dimensión, esencialmente misionera y dinámica, de la identidad y del ministerio sacerdotal: a través del anuncio del Evangelio engendran en la fe a aquellos que aún no creen, para que puedan unir al sacrificio de Cristo su propio sacrificio, que se traduce en amor a Dios y al prójimo.

Queridos hermanos y hermanas, frente a tantas incertidumbres y cansancios también en el ejercicio del ministerio sacerdotal, es urgente recuperar un juicio claro e inequívoco sobre el primado absoluto de la gracia divina, recordando lo que escribe santo Tomás de Aquino: “El más pequeño don de la gracia supera el bien natural de todo el universo” (*Summa Theologiae*, I-II, q. 113, a. 9, ad 2). Por tanto, la misión de cada presbítero dependerá, también y sobre todo, de la conciencia de la realidad sacramental de su “nuevo ser”. De la certeza de su propia identidad, no construida artificialmente sino dada y acogida gratuita y divinamente, depende el siempre renovado entusiasmo

del sacerdote por su misión. También para los presbíteros vale lo que escribí en la encíclica *Deus caritas est*: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n. 1).

Habiendo recibido con su “consagración” un don de gracia tan extraordinario, los presbíteros se convierten en testigos permanentes de su encuentro con Cristo. Partiendo precisamente de esta conciencia interior, pueden realizar plenamente su “misión” mediante el anuncio de la Palabra y la administración de los sacramentos. Después del concilio Vaticano II, en muchas partes se tuvo la impresión de que en la misión de los sacerdotes en nuestro tiempo había algo más urgente; algunos creían que en primer lugar se debía construir una sociedad diversa. En cambio, la página evangélica que hemos escuchado al inicio llama la atención sobre los dos elementos esenciales del ministerio sacerdotal. Jesús envía, en aquel tiempo y hoy, a los Apóstoles a anunciar el Evangelio y les da el poder de expulsar a los espíritus malignos. Por tanto, “anuncio” y “poder”, es decir, “Palabra” y “sacramento”, son las dos columnas fundamentales del servicio sacerdotal, más allá de sus posibles múltiples configuraciones.

Cuando no se tiene en cuenta el “díptico” consagración-misión, resulta

verdaderamente difícil comprender la identidad del presbítero y de su ministerio en la Iglesia. El presbítero no es sino un hombre convertido y renovado por el Espíritu, que vive de la relación personal con Cristo, haciendo constantemente suyos los criterios evangélicos. El presbítero no es sino un hombre de unidad y de verdad, consciente de sus propios límites y, al mismo tiempo, de la extraordinaria grandeza de la vocación recibida: ayudar a extender el reino de Dios hasta los últimos confines de la tierra.

¡Sí! El sacerdote es un hombre todo del Señor, puesto que es Dios mismo quien lo llama y lo constituye en su servicio apostólico. Y precisamente por ser todo del Señor, es todo de los hombres, para los hombres. Durante este Año sacerdotal, que se prolongará hasta la próxima solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, oremos por todos los sacerdotes. Es preciso que en las diócesis, en las parroquias, en las comunidades religiosas -especialmente en las monásticas-, en las asociaciones y en los movimientos, en las diversas organizaciones pastorales presentes en todo el mundo, se multipliquen iniciativas de oración, en particular de adoración eucarística, por la santificación del clero y por las vocaciones sacerdotales, respondiendo a la invitación de Jesús a pedir “al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt 9, 38).

La oración es el primer compromiso, el verdadero camino de santifica-

ción de los sacerdotes y el alma de la auténtica “pastoral vocacional”. El escaso número de ordenaciones sacerdotales en algunos países no sólo no debe desanimar, sino que debe impulsar a multiplicar los espacios de silencio y de escucha de la Palabra, a cuidar mejor la dirección espiritual y el sacramento de la Confesión, para que muchos jóvenes puedan escuchar y seguir con prontitud la voz de Dios, que siempre sigue llamando y confirmando. Quien ora no tiene miedo; quien ora nunca está solo; quien ora se salva. Sin duda, san Juan María Vianney es modelo de una existencia hecha oración. Que María, la Madre de la Iglesia, ayude a todos los sacerdotes a seguir su ejemplo para ser, como él, testigos de Cristo y apóstoles del Evangelio.

Miércoles, 8 de julio de 2009

Criterios morales para los proyectos políticos y económicos

Queridos hermanos y hermanas:

Mi nueva encíclica, *Caritas in veritate*, que ayer fue presentada oficialmente, en su visión fundamental se inspira en un pasaje de la carta de san Pablo a los Efesios, en el que el Apóstol habla de obrar *según la verdad en la caridad*: “Obrando según la verdad en la caridad -lo acabamos de escuchar-, crezcamos en todo hasta aquél que es la cabeza, Cristo” (Ef4, 15). La caridad

en la verdad es, por tanto, la principal fuerza propulsora para el verdadero desarrollo de toda persona y de la humanidad entera. Por eso, en torno al principio *caritas in veritate*, gira toda la doctrina social de la Iglesia. Sólo con la caridad, iluminada por la razón y por la fe, es posible conseguir objetivos de desarrollo con un valor humano y humanizador. La caridad en la verdad “es el principio sobre el que gira la doctrina social de la Iglesia, un principio que adquiere forma operativa en criterios orientadores” (n. 6).

Ya en la introducción, la encíclica alude a dos criterios fundamentales: la justicia y el bien común. La justicia es parte integrante del amor “con obras y según la verdad” (1 Jn 3, 18) al que exhorta el apóstol san Juan (cf. n. 6). Y “amar a alguien es querer su bien y obrar eficazmente por él. Junto al bien individual, hay un bien vinculado a la vida social de las personas... Se ama al prójimo tanto más eficazmente cuanto más se trabaja” por el bien común. Por tanto, son dos los criterios operativos, la justicia y el bien común; gracias a este último, la caridad adquiere una dimensión social. Todo cristiano -dice la encíclica- está llamado a esta caridad, y añade: “Éste es el camino institucional... de la caridad” (cf. n. 7).

Como otros documentos del Magisterio, también esta encíclica retoma, continúa y profundiza el análisis y la reflexión de la Iglesia sobre temas sociales de vital interés para la humanidad de

nuestro siglo. De modo especial, enlaza con lo que escribió Pablo VI, hace más de cuarenta años, en la *Populorum progressio*, piedra miliar de la enseñanza social de la Iglesia, en la que el gran Pontífice traza algunas líneas decisivas, y siempre actuales, para el desarrollo integral del hombre y del mundo moderno. La situación mundial, como lo demuestra ampliamente la crónica de los últimos meses, sigue presentando problemas considerables y el “escándalo” de desigualdades clamorosas, que persisten a pesar de los compromisos asumidos en el pasado. Por una parte, se registran signos de graves desequilibrios sociales y económicos; por otra, desde muchas partes se piden reformas, que no pueden demorarse más tiempo, para colmar la brecha en el desarrollo de los pueblos. Con ese fin, el fenómeno de la globalización puede constituir una oportunidad real, pero para esto es importante que se emprenda una profunda renovación moral y cultural y un discernimiento responsable sobre las decisiones que es preciso tomar con vistas al bien común. Es posible un futuro mejor para todos si se funda en el redescubrimiento de los valores éticos fundamentales. Es decir, hace falta un nuevo proyecto económico que vuelva a planear el desarrollo de forma global, basándose en el fundamento ético de la responsabilidad ante Dios y ante el ser humano como criatura de Dios.

Ciertamente, la encíclica no pretende ofrecer soluciones técnicas a los amplios problemas sociales del

mundo actual, pues esto no es competencia del Magisterio de la Iglesia (cf. n. 9). Sin embargo, recuerda los grandes principios que resultan indispensables para construir el desarrollo humano de los próximos años. Entre estos, en primer lugar, la atención a la vida del hombre, considerada como centro de todo verdadero progreso; el respeto del derecho a la libertad religiosa, siempre unido íntimamente al desarrollo del hombre; el rechazo de una visión prometeica del ser humano, que lo considere artífice absoluto de su propio destino. Una confianza ilimitada en las potencialidades de la tecnología resultaría al final ilusoria. Tanto en la política como en la economía hacen falta hombres rectos, que estén sinceramente atentos al bien común. En particular, teniendo presentes las emergencias mundiales, es urgente llamar la atención de la opinión pública hacia el drama del hambre y de la seguridad alimentaria, que afecta a una parte considerable de la humanidad. Un drama de tales dimensiones interpela a nuestra conciencia: es necesario afrontarlo con decisión, eliminando las causas estructurales que lo provocan y promoviendo el desarrollo agrícola de los países más pobres.

Estoy seguro de que este camino solidario que lleva al desarrollo de los países más pobres ayudará ciertamente a elaborar un proyecto de solución de la crisis global actual. No cabe duda de que se debe volver a valorar

atentamente el papel y el poder político de los Estados, en una época en la que existen de hecho limitaciones a su soberanía a causa del nuevo contexto económico-comercial y financiero internacional.

Por otro lado, no debe faltar la participación responsable de los ciudadanos en la política nacional e internacional, también gracias a un compromiso renovado de las asociaciones de trabajadores llamados a instaurar nuevas sinergias a nivel local e internacional. Los medios de comunicación social desempeñan, también en este campo, un papel destacado para el fortalecimiento del diálogo entre culturas y tradiciones diversas.

Así pues, si se quiere programar un desarrollo no viciado por las disfunciones y distorsiones hoy ampliamente presentes, se impone por parte de todos una seria reflexión sobre el sentido mismo de la economía y sobre sus finalidades. Lo exige el estado de salud ecológica del planeta; lo pide la crisis cultural y moral del hombre que emerge con evidencia en todas las partes del mundo. La economía necesita la ética para su correcto funcionamiento; necesita recuperar la importante contribución del principio de gratuidad y de la "lógica del don" en la economía de mercado, que no puede tener como única regla el lucro. Pero esto sólo es posible gracias al compromiso de todos, economistas y políticos, productores y consumidores, y presupone

una formación de las conciencias que dé fuerza a los criterios morales en la elaboración de los proyectos políticos y económicos.

Con razón, desde muchas partes se apela al hecho de que los derechos presuponen deberes correspondientes, sin los cuales los derechos corren el riesgo de transformarse en arbitrariedad. Se repite cada vez más que toda la humanidad debe adoptar un estilo de vida diferente, en el que los deberes de cada uno respecto al medio ambiente vayan unidos a los deberes relativos a la persona considerada en sí misma y en relación con los demás. La humanidad es una sola familia y el diálogo fecundo entre fe y razón no puede menos de enriquecerla, haciendo más eficaz la obra de la caridad en lo social y constituyendo el marco apropiado para incentivar la colaboración entre creyentes y no creyentes, en la perspectiva compartida de trabajar por la justicia y la paz en el mundo. Como criterios-guía para esta interacción fraterna, en la encíclica indico los principios de subsidiariedad y solidaridad, en estrecha conexión entre sí.

Por último, ante los problemas tan vastos y profundos del mundo de hoy, he señalado la necesidad de una Autoridad política mundial regulada por el derecho, que se atenga a los mencionados principios de subsidiariedad y solidaridad y que esté firmemente orientada a la realización del bien común, en el respeto de las grandes

tradiciones morales y religiosas de la humanidad.

El Evangelio nos recuerda que no sólo de pan vive el hombre: no sólo con bienes materiales se puede satisfacer la profunda sed de su corazón. El horizonte del hombre es indudablemente más alto y más vasto; por eso todo programa de desarrollo debe tener presente, junto al crecimiento material, el crecimiento espiritual de la persona humana, dotada precisamente de alma y cuerpo. Éste es el desarrollo integral al que se refiere constantemente la doctrina social de la Iglesia, un desarrollo cuyo criterio orientador es la fuerza propulsora de la “caridad en la verdad”.

Queridos hermanos y hermanas, oremos para que también esta encíclica ayude a la humanidad a sentirse una única familia comprometida en la realización de un mundo de justicia y de paz. Oremos para que los creyentes que actúan en los sectores de la economía y de la política descubran cuán importante es su testimonio evangélico coherente en el servicio que prestan a la sociedad. En particular, os invito a rezar por los jefes de Estado y de Gobierno del G8 que se reúnen estos días en L'Aquila. Que de esta importante cumbre mundial surjan decisiones y orientaciones útiles para el verdadero progreso de todos los pueblos, especialmente de los más pobres. Encomendemos estas intenciones a la intercesión materna de María, Madre de la Iglesia y de la humanidad.

CARTAS

***Carta del Papa, Benedicto XVI,
al Presidente del Gobierno Italiano,
Silvio Berlusconi, con vistas al G8
de los Jefes de Estado y de Gobierno
(L'Aquila 8-10 de julio de 2009)***

Honorable señor presidente:

Con vistas al próximo G8 de los jefes de Estado y de Gobierno del grupo de los países más industrializados, que tendrá lugar en L'Aquila del 8 al 10 de julio bajo la presidencia italiana, me complace enviarle un cordial saludo a usted y a todos los participantes. Aprovecho de buen grado la ocasión para ofrecer una contribución a la reflexión sobre los temas del encuentro, como he hecho en el pasado. Mis colaboradores me han informado del empeño con el cual el Gobierno que usted tiene el honor de presidir se está preparando para esta importante cita y conozco la atención que ha reservado a las reflexiones que, sobre los temas de la inminente cumbre, han formulado la Santa Sede, la Iglesia católica en Italia y el mundo católico en general, así como representantes de otras religiones.

La participación de jefes de Estado o de Gobierno, no sólo del G8, sino de muchas otras naciones, permitirá que las decisiones que se adopten para hallar vías de solución compartidas sobre los principales problemas que inciden en la economía, la paz y la seguridad internacional, reflejen con mayor fide-

lidad los puntos de vista y las expectativas de las poblaciones de todos los continentes. Esta participación ampliada a las conversaciones de la próxima cumbre se presenta, por tanto, muy oportuna, teniendo en cuenta los múltiples problemas del mundo actual, altamente interconectado e interdependiente. Mi refero, en particular, a los desafíos de la actual crisis económico-financiera, así como a los preocupantes datos del fenómeno del cambio climático, que no pueden dejar de impulsar a un prudente discernimiento y a nuevos proyectos para “convertir” el modelo de desarrollo global” (cf. Benedicto XVI, *Ángelus* del 12 de noviembre de 2006), haciéndolo capaz de promover, de manera eficaz, un desarrollo humano integral, inspirado en los valores de la solidaridad humana y de la caridad en la verdad. Algunos de estos temas se afrontan en mi tercera encíclica, *Caritas in veritate*, que se presentará a la prensa precisamente en los próximos días.

En la preparación del gran jubileo del año 2000, por impulso de Juan Pablo II, la Santa Sede prestó gran atención a los trabajos del G8. De hecho, mi venerado predecesor estaba convencido de que la liberación de la carga de la deuda a los países pobres y, más en general, la erradicación de las causas de la pobreza extrema en el mundo dependían de la plena asunción de las responsabilidades solidarias que tienen

los Gobiernos y los Estados económicamente más avanzados con respecto a toda la humanidad. Responsabilidades que no han disminuido; es más, hoy se han hecho todavía más apremiantes. En el pasado reciente, en parte gracias al impulso que dio el gran jubileo del año 2000 a la búsqueda de soluciones adecuadas a los problemas relativos a la deuda y a la vulnerabilidad económica de África y de otros países pobres, en parte gracias a los notables cambios en el escenario económico y político mundial, la mayoría de los países menos desarrollados ha podido disfrutar de un período de extraordinario crecimiento que a muchos de ellos les ha permitido esperar en la consecución del objetivo fijado por la comunidad internacional en el umbral del tercer milenio, esto es, derrotar la pobreza extrema a más tardar en 2015.

Lamentablemente, la crisis financiera y económica que afecta a todo el planeta desde inicios de 2008 ha cambiado el panorama, de forma que es real el riesgo no sólo de que se apaguen las esperanzas de salir de la pobreza extrema, sino incluso de que caigan en la miseria también poblaciones que hasta ahora gozaban de un mínimo de bienestar material.

Además la actual crisis económica mundial comporta la amenaza de la cancelación o de la drástica reducción de los planes de ayuda internacional, especialmente a favor de África y de los demás países económicamente menos

desarrollados. Por eso, con la misma fuerza con la que Juan Pablo II pidió la condonación de la deuda exterior, también yo deseo hacer un llamamiento a los países miembros del G8, a los demás Estados representados y a los Gobiernos del mundo entero para que la ayuda al desarrollo, sobre todo la que se dirige a “valorar” el “recurso humano”, se mantenga y se potencie, no sólo a pesar de la crisis, sino precisamente porque es una de sus principales vías de solución. ¿Acaso no es invirtiendo sobre el hombre, sobre todos los hombres y las mujeres de la Tierra, como se podrá lograr alejar de modo eficaz las preocupantes perspectivas de recesión mundial? ¿No es de verdad éste el camino para obtener, en la medida de lo posible, una marcha de la economía en beneficio de los habitantes de todo país, rico y pobre, grande y pequeño?

El tema del acceso a la educación está íntimamente vinculado a la eficacia de la cooperación internacional. Entonces, si es cierto que es preciso “invertir” en los hombres, el objetivo de la educación básica para todos, sin exclusiones, en 2015, no sólo hay que mantenerlo, sino también reforzarlo generosamente. La educación es condición indispensable para el funcionamiento de la democracia, para la lucha contra la corrupción, para el ejercicio de los derechos políticos, económicos y sociales, y para la recuperación efectiva de todos los Estados, pobres y ricos. Y aplicando rectamente el principio de subsidiariedad, la ayuda al desarrollo

no puede menos de tener en cuenta la acción educativa capilar que realizan la Iglesia católica y otras confesiones religiosas en las regiones más pobres y abandonadas del mundo.

Asimismo, quiero recordar a los ilustres participantes en el encuentro del G8 que la medida de la eficacia técnica de las disposiciones que haya que adoptar para salir de la crisis coincide con la medida de su valor ético. Por eso, es necesario tener presentes las exigencias concretas humanas y familiares: me refiero, por ejemplo, a la creación efectiva de puestos de trabajo para todos, que permitan a los trabajadores y a las trabajadoras proveer de manera digna a las necesidades de la familia y cumplir la responsabilidad primaria que tienen de educar a los hijos y de ser protagonistas en las comunidades de las que forman parte. “Una sociedad en la que este derecho se niegue sistemáticamente -escribió Juan Pablo II- y las medidas de política económica no permitan a los trabajadores alcanzar niveles satisfactorios de ocupación, no puede conseguir su legitimación ética ni la justa paz social” (*Centesimus annus*, 43; cf. *Laborem exercens*, 18).

Precisamente con ese fin, se impone la urgencia de un sistema comercial internacional equitativo, poniendo por obra -y si es necesario yendo más allá- las decisiones adoptadas en Doha en 2001 a favor del desarrollo. Confío en que se empleen todas las energías creativas para cumplir los compromi-

dos asumidos en la Cumbre del milenio de la ONU sobre la eliminación de la pobreza extrema en 2015. Es preciso reformar la arquitectura financiera internacional para asegurar la coordinación eficaz de las políticas nacionales, evitando la especulación crediticia y garantizando una amplia disponibilidad internacional de crédito público y privado al servicio de la producción y del trabajo, especialmente en los países y en las regiones más desfavorecidas.

La legitimación ética de los compromisos políticos del G8 exigirá naturalmente que se confronten con el pensamiento y las necesidades de toda la comunidad internacional. Con este fin, es importante reforzar el multilateralismo, no sólo para las cuestiones económicas, sino también para todo el espectro de los temas relativos a la paz, la seguridad mundial, el desarme, la salud, la conservación del medio ambiente y de los recursos naturales para las generaciones presentes y futuras. La ampliación del G8 a otras regiones constituye sin duda un progreso importante y significativo; sin embargo, en el momento de las negociaciones y de las decisiones concretas y operativas, es necesario tener en atenta consideración todas las instancias, no sólo las de los países más importantes o con un éxito económico más marcado. Sólo esto puede hacer que tales decisiones sean realmente aplicables y sostenibles en el tiempo. Por lo tanto, se debe escuchar la voz de África y de los países económicamente menos desarrollados.

Se han de buscar modos eficaces para vincular las decisiones de las diversas agrupaciones de países, incluido el G8, a la Asamblea de las Naciones Unidas, donde cada nación, cualquiera que sea su peso político y económico, puede expresarse legítimamente en una situación de igualdad con las demás.

Por último, deseo añadir que es muy significativa la decisión del Gobierno italiano de acoger el G8 en la ciudad de L'Aquila, decisión aprobada y compartida por los demás Estados miembros e invitados. Todos hemos sido testigos de la generosa solidaridad del pueblo italiano y de otras naciones, de organismos nacionales e internacionales, con las poblaciones de Los Abruzos golpeadas por el terremoto. Esta movilización solidaria podría constituir una invitación para los miembros del G8 y para

los gobiernos y pueblos del mundo a afrontar unidos los actuales desafíos que sitúan sin prórroga a la humanidad ante opciones decisivas para el destino mismo del hombre, íntimamente unido al de la creación.

Honorable señor presidente, a la vez que imploro la asistencia de Dios sobre todos los presentes en el próximo G8 de L'Aquila y sobre las iniciativas multilaterales orientadas a resolver la crisis económico-financiera y a garantizar un futuro de paz y de prosperidad para todos los hombres y las mujeres, sin exclusión alguna, aprovecho de buen grado la ocasión para expresarle de nuevo mi estima y, asegurando mi oración, le envío un deferente y cordial saludo.

Vaticano, 1 de julio de 2009

CARTAS APOSTÓLICAS

***Carta Apostólica del Papa,
Benedicto XVI,
en forma de "Motu Proprio"
Ecclesiae Unitatem, para la reforma
de la Comisión "Ecclesia Dei"***

1. La tarea de conservar la unidad de la Iglesia, con la solicitud de ofrecer a todos las ayudas para responder de manera oportuna a esta vocación y gracia divina, corresponde de modo particular

al Sucesor del apóstol san Pedro, que es el principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad, tanto de los obispos como de los fieles (cf. Vaticano II, *Lumen gentium*, 23; Vaticano I, *Pastor aeternus*, cap. 3: DS 3060). La prioridad suprema y fundamental de la Iglesia, en todo tiempo, de llevar a los hombres hacia el encuentro con Dios, se debe favorecer mediante el testimonio de fe común de todos los cristianos.

2. Por fidelidad a este mandato, tras el acto con el que el arzobispo Marcel Lefebvre, el 30 de junio de 1988, confirió ilícitamente la ordenación episcopal a cuatro sacerdotes, mi predecesor, de venerada memoria, Juan Pablo II instituyó el 2 de julio de 1988 la Comisión pontificia *Ecclesia Dei* “con la tarea de colaborar con los obispos, con los dicasterios de la Curia romana y con los ambientes interesados, para facilitar la plena comunión eclesial de los sacerdotes, seminaristas, comunidades, religiosos o religiosas, que hasta ahora estaban ligados de distintas formas a la Fraternidad fundada por el arzobispo Lefebvre y que deseen permanecer unidos al sucesor de Pedro en la Iglesia católica, conservando sus tradiciones espirituales y litúrgicas, según el protocolo firmado el pasado 5 de mayo por el cardenal Ratzinger y por el arzobispo Lefebvre” (Juan Pablo II, motu proprio *Ecclesia Dei*, 2 de julio de 1988, n. 6: AAS 80 [1988] 1498; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 10 de julio de 1988, p. 24).

3. En esta línea, adhiriéndome fielmente a la misma tarea de servir a la comunión universal de la Iglesia, también en su manifestación visible, y realizando el máximo esfuerzo para que todos los que desean verdaderamente la unidad puedan permanecer en ella o reencontrarla, amplíe y actualicé, con el motu proprio *Summorum Pontificum*, la indicación general contenida en el motu proprio *Ecclesia Dei*, sobre la posibilidad de utilizar el *Missale Ro-*

manum de 1962, con normas más precisas y detalladas (cf. Benedicto XVI, motu proprio *Summorum Pontificum*, 7 de julio de 2007: AAS 99 [2007] 777-781).

4. Con el mismo espíritu y el mismo deseo de favorecer la superación de toda fractura y división en la Iglesia y de curar una herida sentida de manera cada vez más dolorosa en el tejido eclesial, decidí levantar la excomunión a los cuatro obispos ordenados ilícitamente por monseñor Lefebvre. Con esa decisión, quise suprimir un impedimento que podía impedir la apertura de una puerta al diálogo e invitar así a los obispos y a la “Fraternidad San Pío X” a volver al camino de la comunión plena con la Iglesia. Como expliqué en la carta a los obispos católicos del pasado 10 de marzo, la remisión de la excomunión fue una medida tomada en el ámbito de la disciplina eclesiástica para liberar a las personas del peso de conciencia constituido por la censura eclesiástica más grave. Pero las cuestiones doctrinales, obviamente, persisten y, mientras no se aclaren, la Fraternidad no tiene un estatuto canónico en la Iglesia y sus ministros no pueden ejercer legítimamente ningún ministerio.

5. Precisamente, porque los problemas que se deben tratar actualmente con la Fraternidad son de naturaleza esencialmente doctrinal, he decidido -a los veintiún años del motu proprio *Ecclesia Dei* y de acuerdo con lo que me había reservado hacer (cf. motu

proprio *Summorum Pontificum*, art. 11)- reformar la estructura de la Comisión *Ecclesia Dei*, uniéndola de manera estrecha a la Congregación para la doctrina de la fe.

6. Por tanto, la Comisión pontificia *Ecclesia Dei* queda configurada de la siguiente manera:

a) El presidente de la Comisión es el prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe.

b) La Comisión tiene una estructura orgánica propia, compuesta por el secretario y por oficiales.

c) Al presidente le corresponde, con la ayuda del secretario, someter los principales casos y las cuestiones de carácter doctrinal al estudio y al discerni-

miento de las instancias ordinarias de la Congregación para la doctrina de la fe, así como someter las conclusiones a las disposiciones superiores del Sumo Pontífice.

7. Con esta decisión, he querido, en particular, manifestar solicitud paterna hacia la “Fraternidad San Pío X” para que vuelva a la comunión plena con la Iglesia.

Dirijo a todos una apremiante invitación a orar sin cesar al Señor, por intercesión de la santísima Virgen María, “ut unum sint”.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 2 de julio de 2009, quinto año de mi pontificado.

Benedictus PP. XVI

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, al Patriarca de Antioquía de los Sirios, su Beatitud Ignace Youssif III Younan

Sala del Consistorio. Viernes, 19 de junio de 2009

Beatitud:

La visita que realiza a Roma para venerar las tumbas de los Apóstoles y

encontrarse con el Sucesor de Pedro es para mí motivo de gran alegría. Hoy renuevo con sincero y fraterno afecto el saludo y el beso de paz en Cristo que intercambié con usted al inicio de este año, inmediatamente después de su elección como Patriarca de Antioquía de los sirios. Le agradezco las cordiales palabras que me ha dirigido en nombre de su Iglesia patriarcal.

Asimismo, deseo expresar mi agradecimiento a Su Beatitud, el cardenal Ignace Moussa Daoud, prefecto emérito de la Congregación para las Iglesias orientales, y a Su Beatitud Ignace Pierre Abdel Ahad, Patriarcas emeritos de su Iglesia, así como a todos los miembros del Sínodo episcopal. Mi agradecimiento se transforma en oración, especialmente por usted, Beatitud, nuevo Patriarca, y acompaño con solidaridad fraterna los primeros pasos de su servicio eclesial.

Beatitud, la divina Providencia nos ha constituido ministros de Cristo y pastores de su única grey. Por eso, mantengamos la mirada del corazón fija en él, Pastor supremo y Obispo de nuestras almas, con la seguridad de que, después de haber puesto sobre nuestros hombros el *munus* episcopal, no nos abandonará nunca. Cristo mismo, nuestro Señor, es quien estableció al apóstol Pedro como la “roca” sobre la que se apoya el edificio espiritual de la Iglesia, pidiendo a sus discípulos que actúen en plena unidad con él, bajo su guía segura y bajo la de sus sucesores.

A lo largo de vuestra historia más que milenaria, la comunión con el Obispo de Roma siempre ha ido unida a la fidelidad a la tradición espiritual del Oriente cristiano, y ambas forman los aspectos complementarios del único patrimonio de fe que profesa su venerable Iglesia. Juntos profesamos esta misma fe católica, uniendo nuestra voz a la de los Apóstoles, de los mártires y

de los santos que nos han precedido, elevando a Dios Padre, en Cristo y en el Espíritu Santo, el himno de alabanza y de acción de gracias por la inmensa riqueza de este don, puesto en nuestras frágiles manos.

Queridos hermanos de la Iglesia siro-católica, pensé de modo especial en vosotros durante la solemne celebración eucarística de la fiesta del *Corpus Christi*. En la homilía que pronuncié en el atrio de la basílica de San Juan de Letrán cité al gran doctor san Efrén el Sirio, que afirma: “Durante la cena Jesús, se inmoló a sí mismo; en la cruz fue inmolado por los demás”. Esta hermosa anotación me permite subrayar el origen eucarístico de la *ecclesiastica communio* que le concedí, Beatitud, en el momento de la elección sinodal.

Muy oportunamente usted quiso mostrar, con un signo público, este vínculo tan estrecho que lo une al Obispo de Roma y a la Iglesia universal, durante la Eucaristía que celebró ayer en la basílica de Santa María la Mayor, en la que participó mi representante con mandato especial, el señor cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales. En realidad, la Eucaristía es lo que funda nuestras diversas tradiciones en la unidad del único Espíritu, haciendo de ellas una riqueza para todo el pueblo de Dios.

Ojalá que la celebración de la Eucaristía, fuente y culmen de la vida

eclesial, os mantenga anclados en la antigua tradición siríaca, que reivindica poseer la misma lengua del Señor Jesús; y, al mismo tiempo, que abra ante vosotros el horizonte de la universalidad eclesial. Que os haga siempre atentos a lo que el Espíritu sugiere a las Iglesias; que abra los ojos de vuestro corazón para que podáis escrutar los signos de los tiempos a la luz del Evangelio y sepáis acoger las expectativas y las esperanzas de la humanidad, respondiendo generosamente a las necesidades de quienes viven en graves condiciones de pobreza.

La Eucaristía es el Pan de vida que alimenta a vuestras comunidades y las hace crecer a todas en la unidad y en la caridad. Por eso, sacad de la Eucaristía, sacramento de la unidad y de la comunión, la fuerza para superar las dificultades que vuestra Iglesia ha afrontado en estos últimos años, a fin de volver a encontrar el camino del perdón, de la reconciliación y de la comunión.

Queridos hermanos, una vez más gracias por vuestra visita, que me permite expresaros mi profunda solicitud por vuestros problemas eclesiales. Sigo con satisfacción la plena reanudación del funcionamiento de vuestro Sínodo y animo los esfuerzos encaminados a favorecer la unidad, la comprensión y el perdón, que siempre deberéis considerar como deberes prioritarios para la edificación de la Iglesia de Dios. Además, pido cons-

tantemente por la paz en Oriente Medio, de modo especial por los cristianos que viven en la amada nación iraquí, cuyos sufrimientos presento al Señor cada día en el sacrificio eucarístico.

Por último, deseo compartir con vosotros otra de mis preocupaciones principales: la de la vida espiritual de los sacerdotes. Precisamente hoy, en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, Jornada de santificación sacerdotal, tendré la inmensa alegría de inaugurar el Año sacerdotal, en recuerdo del 150° aniversario de la muerte del santo cura de Ars. Creo que este Año jubilar especial, que comienza cuando se termina el Año paulino, será una oportunidad fecunda, ofrecida a toda la Iglesia.

En el Calvario, María estaba con el apóstol san Juan al pie de la cruz. Hoy también nosotros nos ponemos espiritualmente al pie de la cruz, con todos vuestros sacerdotes, para dirigir nuestra mirada hacia Aquél que fue traspasado y del que recibimos la plenitud de toda gracia. Que María, Reina de los Apóstoles y Madre de la Iglesia, vele sobre usted, Beatitud, sobre el Sínodo y sobre toda la Iglesia siro-católica.

Por mi parte, le aseguro que lo acompaño con mi oración y le imparto la bendición apostólica, que extendo a todos los fieles de su venerable Iglesia, esparcidos por diversas naciones del mundo.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los miembros de la Fundación
Alcide de Gasperi***

*Sala de los Papas. Sábado, 20 de junio
de 2009*

*Queridos amigos del consejo de la
Fundación Alcide De Gasperi:*

Me es muy grata vuestra visita, y os saludo a todos con afecto. Saludo en particular a la señora Maria Romana, hija de Alcide De Gasperi, y al honorable Giulio Andreotti, que durante mucho tiempo fue su estrecho colaborador. Aprovecho con gusto la oportunidad que me ofrece vuestra presencia para volver a evocar la figura de esta gran personalidad que, en momentos históricos de profundos cambios sociales en Italia y en Europa, en medio de no pocas dificultades, supo prodigarse eficazmente por el bien común.

De Gasperi, formado en la escuela del Evangelio, fue capaz de traducir en actos concretos y coherentes la fe que profesaba. Espiritualidad y política fueron dos dimensiones que convivieron en su persona y caracterizaron su compromiso social y espiritual. Con prudente clarividencia, guió la reconstrucción de la Italia salida del fascismo y de la segunda guerra mundial, y le trazó con valor el camino hacia el futuro; defendió su libertad y su democracia; relanzó su imagen en ámbito internacional; y promovió su recuperación económica abriéndose a la colabo-

ración de todas las personas de buena voluntad.

En él, espiritualidad y política se integraron tan bien que, si se quiere comprender a fondo a este estimado hombre de gobierno, no hay que limitarse a registrar los resultados políticos que consiguió, sino que es necesario tener en cuenta también su fina sensibilidad religiosa y la fe firme que constantemente animó su pensamiento y su acción. En 1981, a cien años de su nacimiento, mi venerado predecesor, Juan Pablo II, le rindió homenaje, afirmando que “en él, la fe fue centro inspirador, fuerza cohesiva, criterio de valores, razón de opción” (*L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 12 de abril de 1981, p. 9).

Las raíces de tan sólido testimonio evangélico deben buscarse en la formación humana y espiritual que recibió en su región, Trentino, en una familia en la que el amor a Cristo constituía el pan de cada día y la referencia de toda opción. Tenía poco más de veinte años cuando, en 1902, participando en el primer Congreso católico de Trento, trazó las líneas de acción apostólica que constituirían el programa de toda su vida: “No basta conservar el cristianismo en sí mismos -afirmó-; conviene combatir con todo el grueso del ejército católico a fin de reconquistar para la fe los campos perdidos” (cf. A. De Gasperi, *I cattolici trentini sotto l’Austria*, ed. di storia e letteratura, Roma 1964, p. 24). Permaneció fiel a esta orienta-

ción hasta la muerte, incluso a costa de sacrificios personales, fascinado por la figura de Cristo. “No soy un beato -escribió a su futura esposa Francesca- y tal vez ni siquiera tan religioso como debería ser; pero la personalidad del Cristo vivo me arrastra, me subyuga, me fascina como a un muchacho. Ven, quiero que estés conmigo y me sigas en esta misma atracción, como hacia un abismo de luz” (A. De Gasperi, *Cara Francesca, Lettere*, a cargo de M.R. De Gasperi, ed. Morcelliana, Brescia 1999, pp. 40-41).

Por eso, no sorprende saber que en su jornada, llena de compromisos institucionales, ocupaban siempre un amplio espacio la oración y la relación con Dios, comenzando cada día, cuando le era posible, con la participación en la santa misa. Más aún, los momentos más caóticos y movidos marcaron el culmen de su espiritualidad. Por ejemplo, cuando sufrió la experiencia de la cárcel, llevó consigo como primer libro la Biblia y desde ese momento conservó la costumbre de anotar las referencias bíblicas en hojitas para alimentar constantemente su espíritu. Hacia el final de su actividad de gobierno, tras un duro debate parlamentario, a un colega del gobierno que le preguntó cuál era el secreto de su acción política le respondió: “¿Qué crees? Es el Señor!”.

Queridos amigos, me gustaría hablar un poco más de este personaje que honró a la Iglesia y a Italia, pero me limito a poner de relieve su reconocida

rectitud moral, basada en una indiscutible fidelidad a los valores humanos y cristianos, así como la serena conciencia moral que le guió en las decisiones políticas. “En el sistema democrático -afirmó en una de sus intervenciones- se confiere un mandato político administrativo con una responsabilidad específica..., pero al mismo tiempo hay una responsabilidad moral ante la propia conciencia y, para decidir, la conciencia debe estar siempre iluminada por la doctrina y la enseñanza de la Iglesia” (cf. A. De Gasperi, *Discorsi politici 1923-1954*, ed. Cinque Lune, Roma 1990, p. 243). Ciertamente, en algunos momentos no faltaron dificultades, y quizás también incomprendimientos, por parte del mundo eclesástico, pero De Gasperi no vaciló en su adhesión a la Iglesia, que -como atestigua él mismo en un discurso pronunciado en Nápoles en junio de 1954- fue “plena y sincera..., también en las directrices morales y sociales contenidas en los documentos pontificios, que casi diariamente han alimentado y forman nuestra vocación a la vida pública”.

En esa misma ocasión aseguraba que “para actuar en el campo social y político no basta la fe ni la virtud; conviene crear y alimentar un instrumento adecuado a los tiempos... que tenga un programa, un método propio, una responsabilidad autónoma, una índole y una gestión democrática”. Dócil y obediente a la Iglesia, fue por tanto autónomo y responsable en sus decisiones políticas, sin servirse de la Iglesia para fines políticos

y sin descender nunca a componendas con su conciencia recta. En el ocaso de sus días, poco antes de morir, confortado por el apoyo de sus familiares, el 19 de agosto de 1954, tras haber susurrado por tres veces el nombre de Jesús, pudo decir: “He hecho todo lo que he podido; mi conciencia está en paz”.

Queridos amigos, mientras rezamos por el alma de este estadista de fama internacional, que con su acción política sirvió a la Iglesia, a Italia y a Europa, pidamos al Señor que el recuerdo de su experiencia de gobierno y de su testimonio cristiano animen y estimulen a los que hoy gobiernan el destino de Italia y de los demás pueblos, especialmente a quienes se inspiran en el Evangelio. Con este deseo, os agradezco una vez más vuestra visita y os bendigo a todos con afecto.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Reunión de las Obras para
la ayuda a las Iglesias Orientales
(Roaco)***

*Sala Clementina. Jueves, 25 de junio
de 2009*

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos miembros y amigos de la ROACO:

1. Para mí, es una grata tradición acogeros al concluir la segunda sesión

anual de la *Reunión de las Obras para la ayuda a las Iglesias orientales*. Agradezco al señor cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales, las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Correspondo a ellas con un cordial saludo, que extendiendo de buen grado al arzobispo secretario, monseñor Cyril Vasil', y al subsecretario, recientemente nombrados, a los demás colaboradores del dicasterio y al cardenal Foley. Saludo a los excelentísimos prelados y al custodio de Tierra Santa aquí reunidos con los representantes de las agencias católicas internacionales y de la Bethlehem University.

Queridos amigos, os agradezco de corazón lo que estáis haciendo en favor de las comunidades orientales y latinas presentes en los territorios confiados a esa Congregación y en las demás regiones del mundo, donde los hijos del Oriente católico, con sus pastores, se esfuerzan por construir una convivencia pacífica junto con los fieles de otras confesiones cristianas y de diversas religiones.

2. Con la fiesta de San Pedro y San Pablo, ya cercana, se concluye el Año dedicado al Apóstol de los gentiles por el bimilenario de su nacimiento. Conquistado por Cristo y arrebatado por el Espíritu Santo, fue testigo privilegiado del misterio del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús. Su palabra inspirada y su testimonio, confirmado por el don supremo del martirio, cons-

tituyen un elogio incomparable de la caridad cristiana y son de gran actualidad. Me refiero en particular al Himno a la caridad de la primera carta a los Corintios (cf. *1 Co* 13). A través de Pablo de Tarso, la Palabra de Dios nos indica sin lugar a duda que la caridad “es lo más grande” para los discípulos de Cristo. Es la fuente fecunda de todo servicio eclesial, su medida, su método y su comprobación. Por vuestra adhesión a la ROACO, deseáis vivir esta caridad, ofreciendo en particular vuestra disponibilidad al Obispo de Roma a través de la Congregación para las Iglesias orientales. De esta forma “debe continuar, más aún, debe crecer el movimiento de caridad que, por mandato del Papa, lleva a cabo la Congregación para que, de modo ordenado y equitativo, Tierra Santa y las demás regiones orientales reciban la ayuda espiritual y material necesaria para hacer frente a la vida eclesial ordinaria y a necesidades particulares” (*Discurso a la Congregación para las Iglesias orientales*, 9 de junio de 2007: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 22 de junio de 2007, p. 6).

3. El encuentro de hoy me hace revivir la alegría de mi reciente peregrinación a Tierra Santa. Al respecto renuevo mi gratitud al patriarca de Jerusalén de los latinos, al representante pontificio para Israel y los Territorios Palestinos, al padre custodio y a todos los que han contribuido a hacer fructífera mi peregrinación. Efectivamente, hubo muchos momentos de gracia, en

los que pude animar y confortar a las comunidades católicas de Tierra Santa, exhortando a sus miembros a perseverar en su testimonio, un testimonio lleno de fidelidad, celebración y a veces gran sufrimiento.

También recordé a los cristianos de la región su responsabilidad ecuménica e interreligiosa, en sintonía con el espíritu del concilio Vaticano II. Renuevo mi oración y mi llamamiento para que nunca más haya guerra, violencia e injusticia. Deseo aseguraros que la Iglesia universal está al lado de todos nuestros hermanos y hermanas que viven en Tierra Santa. Esta preocupación se refleja de forma especial en la colecta anual para Tierra Santa. Por eso, exhorto a vuestras agencias de la ROACO a continuar sus actividades caritativas con celo y con fidelidad al Sucesor de Pedro.

4. Queridos amigos de la ROACO, con especial reconocimiento por vuestro trabajo, me uno a todos ante esta difícil situación económica mundial, que pone en peligro el servicio caritativo eclesial en general, así como los proyectos de vuestras organizaciones benéficas ya puestos en marcha y los previstos para el futuro. Quiero aprovechar esta oportunidad para exhortaros a vosotros y a las Obras que representáis a un esfuerzo suplementario. Con espíritu de fe, así como con el análisis de los expertos y con el necesario realismo se pueden tomar las decisiones adecuadas y afrontar de modo eficaz la situación

actual, por ejemplo, la situación de los refugiados y los emigrantes, que afecta de modo especial a las Iglesias orientales, y la reconstrucción de la Franja de Gaza, que sigue siendo abandonada a sí misma, teniendo en cuenta al mismo tiempo la legítima preocupación de Israel por su seguridad. Ante los desafíos sin precedentes, el servicio caritativo de la Iglesia puede proporcionar recursos eficaces y seguros de inversión para el presente y el futuro.

5. Queridos amigos, en diversas ocasiones he subrayado la importancia de la educación del pueblo de Dios; y ahora que acabamos de comenzar el Año sacerdotal, me urge más aún recomendaros que pongáis el máximo empeño en ayudar a los sacerdotes y apoyar a los seminarios. Cuando, el viernes pasado, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, inauguré este singular Año jubilar, encomendé al Corazón de Cristo y al de su Madre Inmaculada a todos los sacerdotes del mundo, y de modo especial a aquellos que tanto en Oriente como en Occidente están viviendo momentos de dificultad y de prueba. Aprovecho esta ocasión para invitaros también a vosotros a orar por los presbíteros. Os pido que sigáis apoyándome también a mí, Sucesor del apóstol san Pedro, para que pueda llevar plenamente a cabo mi misión al servicio de la Iglesia universal.

Gracias, una vez más, por el trabajo que estáis realizando. Que Dios os lo recompense abundantemente. Con

estos sentimientos, os imparto a cada uno de vosotros, a vuestros seres queridos, a las comunidades y a las agencias que representáis, la confortadora bendición apostólica.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a una delegación del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla

Sábado, 27 de junio de 2009

“Gracia a vosotros y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo” (Ef 1, 2).

Venerables hermanos:

Con estas palabras, san Pablo, “apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios”, se dirige “a los santos” que viven en Éfeso y a los “fieles en Cristo Jesús” (Ef 1, 1). Hoy, con este anuncio de paz y de salvación, deseo daros la bienvenida en la fiesta patronal de san Pedro y san Pablo, con la que vamos a concluir el Año paulino.

El año pasado, el patriarca ecuménico, Su Santidad Bartolomé I, quiso honrarnos con su presencia para celebrar juntos la inauguración de este año de oración, reflexión e intercambio de gestos de comunión entre Roma y Constantinopla. Nosotros, por nuestra parte, tuvimos la alegría de enviar una delegación a las celebraciones análogas organizadas por el Patriarcado ecumé-

nico. No podía ser de otra manera en este año consagrado a san Pablo, que recomienda encarecidamente “conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz” y nos enseña que hay “un solo Cuerpo y un solo Espíritu” (Ef 4, 3-4).

Así pues, sed bienvenidos, queridos hermanos que habéis sido enviados por Su Santidad, el Patriarca ecuménico, al cual os pido que llevéis mi saludo cordial y fraterno en el Señor. Juntos daremos gracias al Señor por todos los frutos y beneficios que nos ha aportado la celebración del bimilenario del nacimiento de san Pablo. Celebraremos en la concordia la fiesta de san Pedro y san Pablo, los *protóthroni* de los Apóstoles, como los invoca la tradición litúrgica ortodoxa, es decir, los que ocupan el primer lugar entre los Apóstoles y a los que se define “*maestros de la ecumene*”. Con vuestra presencia, que es signo de fraternidad eclesial, nos recordáis nuestro compromiso común en la búsqueda de la comunión plena. Ya lo sabéis, pero me complace confirmar hoy una vez más que la Iglesia católica quiere contribuir de todas las maneras que le sean posibles al restablecimiento de la unidad plena, a fin de responder a la voluntad de Cristo para sus discípulos y conservando en la memoria la enseñanza de san Pablo, que nos recuerda que hemos sido llamados “a una misma esperanza”.

Desde esta perspectiva, podemos considerar con confianza el buen desa-

rollo de los trabajos de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre ortodoxos y católicos, que se reunirá el próximo mes de octubre con el fin de afrontar un tema crucial para las relaciones entre Oriente y Occidente: el “papel del Obispo de Roma en la comunión de la Iglesia durante el primer milenio”. El estudio de este aspecto es indispensable para poder profundizar globalmente en esta cuestión en el marco actual de la búsqueda de la comunión plena. Esta comisión, que ya ha llevado a cabo un importante trabajo, será generosamente recibida por la Iglesia ortodoxa de Chipre, a la que expresamos desde ahora toda nuestra gratitud por la acogida fraterna y el clima de oración que enmarcarán nuestras conversaciones y facilitarán nuestra labor y la comprensión mutua.

Deseo que los participantes en el diálogo católico-ortodoxo sepan que los acompaño con mis oraciones y que este diálogo tiene el pleno apoyo de la Iglesia católica. De todo corazón, espero que los malentendidos y las tensiones que se produjeron entre los delegados ortodoxos en las últimas sesiones plenarias de esta comisión se superen con amor fraterno, de manera que este diálogo cuente con una representación ortodoxa más amplia.

Muy queridos hermanos, os doy una vez más las gracias por estar entre nosotros en este día y os ruego que transmitáis mi saludo fraterno al Patriarca ecuménico Su Santidad, Bartolomé I,

al Santo Sínodo y a todo el clero, así como al pueblo de los fieles ortodoxos. Que el gozo de la fiesta de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, que celebramos tradicionalmente el mismo día, llene vuestro corazón de confianza y de esperanza.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los Arzobispos que habían recibido el Palio, con sus familiares y amigos

Sala Pablo VI. Martes, 30 de junio de 2009

Queridos hermanos en el episcopado; queridos hermanos y hermanas:

Después de las celebraciones de la solemnidad de los apóstoles San Pedro y San Pablo, es para mí un verdadero placer encontrarme, en audiencia especial, con todos vosotros, arzobispos metropolitanos que habéis recibido el palio ayer, en la basílica vaticana, y acoger también a vuestros familiares y amigos que os acompañan. Así se prolonga la alegría de la comunión vivida en la fiesta de los dos grandes Apóstoles, en la que os impuse el palio, símbolo de la unidad que vincula a los pastores de las Iglesias particulares con el Sucesor de Pedro, Obispo de Roma. Os doy mi cordial bienvenida a cada uno de vosotros, que procedéis de todos los continentes, mostrando de modo significativo el rostro de la Iglesia católica extendida por toda la tierra.

Me dirijo ante todo a vosotros, amados pastores de la Iglesia que está en Italia. Saludo a monseñor Giuseppe Betori, arzobispo de Florencia; a monseñor Salvatore Pappalardo, arzobispo de Siracusa; y a monseñor Domenico Umberto D'Ambrosio, arzobispo de Lecce. Nos encontramos al inicio del Año sacerdotal; por tanto, debéis esforzaros por ser pastores ejemplares, celosos y llenos de amor al Señor y a vuestras comunidades. Así podréis guiar y sostener firmemente a los sacerdotes, vuestros primeros colaboradores en el ministerio pastoral, y cooperar de modo eficaz en la difusión del reino de Dios en la amada tierra de Italia.

Me alegra acoger a los peregrinos de lengua francesa que han venido a acompañar a los nuevos arzobispos metropolitanos a los que tuve la alegría de imponer el palio. Ante todo saludo a monseñor Ghaleb Moussa Abdalla Bader, arzobispo de Argel (Argelia); a monseñor Pierre-André Fournier, arzobispo de Rimouski (Canadá); a monseñor Joseph Aké Yapo, arzobispo de Gagnoa (Costa de Marfil); a monseñor Marcel Utambi Tapa, arzobispo de Kisangani (República democrática del Congo); y a monseñor Philippe Ouédraogo, arzobispo de Uagadugu (Burkina Faso).

Dirijo también mi cordial saludo a los obispos, los sacerdotes y los fieles de vuestros países, asegurándoles mi oración ferviente. El palio es signo de

comuni3n particular con el Sucesor de Pedro. Que este signo sea tambi3n para los sacerdotes y los fieles de vuestras di3cesis una llamada a consolidar cada vez m3s una aut3ntica comuni3n con sus pastores y entre todos los miembros de la Iglesia.

Extiendo mi saludo cordial a los arzobispos metropolitanos de lengua inglesa a los que ayer impuse el palio: a monse3or Paul Mandla Khumalo, arzobispo de Pretoria (Rep3blica Sudafricana); a monse3or J. Michael Miller, arzobispo de Vancouver (Canad3); a monse3or Allen Henry Vigneron, arzobispo de Detroit (Estados Unidos); a monse3or Anicetus Bongsu Antonius Sinaga, arzobispo de Medan (Indonesia); a monse3or Philip Naameh, arzobispo de Tamale (Ghana); a monse3or Timothy Michael Dolan, arzobispo de Nueva York (Estados Unidos); a monse3or Vincent Gerard Nichols, arzobispo de Westminster (Reino Unido); a monse3or Robert James Carlson, arzobispo de Saint Louis (Estados Unidos); a monse3or Francis Xavier Kriengsak Kovithavanij, arzobispo de Bangkok (Tailandia); a monse3or George Joseph Lucas, arzobispo de Omaha (Estados Unidos); a monse3or Gregory Michael Aymond, arzobispo de Nueva Orleans (Estados Unidos); y a monse3or Albert Malcom Ranjith Patebendige Don, arzobispo de Colombo (Sri Lanka).

Tambi3n doy la bienvenida a sus familiares, a sus parientes, a sus amigos y

a los fieles de sus respectivas archidi3cesis, que han venido a Roma para orar con ellos y compartir su alegr3a en esta feliz ocasi3n. Los arzobispos reciben el palio de manos del Sucesor de Pedro y lo llevan como signo de comuni3n en la fe, en el amor y en el gobierno del pueblo de Dios. Tambi3n recuerda a los pastores su responsabilidad de apacentar la grey seg3n el coraz3n de Jes3s. A todos os imparto con afecto mi bendici3n apost3lica como prenda de paz y gozo en el Se3or.

Saludo cordialmente a los arzobispos metropolitanos de lengua espa3ola venidos a Roma para la solemne ceremonia de la imposici3n del palio: Domingo D3az Mart3nez, de Tulancingo; Manuel Felipe D3az S3nchez, de Calabozo; Jos3 Luis Escobar Alas, de San Salvador; Carlos Osoro Sierra, de Valencia; V3ctor S3nchez Espinosa, de Puebla de los 3ngeles; Carlos Aguiar Retes, de Tlalnepantla; Ismael Rueda Sierra, de Bucaramanga; y Braulio Rodr3guez Plaza, de Toledo, as3 como a los familiares, amigos, sacerdotes y fieles de sus respectivas Iglesias particulares, que los acompa3an.

Queridos hermanos en el episcopado, que las cruces de seda negra que el palio lleva bordadas os recuerden que deb3is configuraros cada d3a m3s con Jesucristo. Siguiendo sus huellas de buen Pastor, sed siempre signos de unidad en medio de vuestros fieles, afianzando vuestros lazos

de comunión con el Sucesor de Pedro, con vuestros obispos sufragáneos y con todos los que colaboran en vuestra misión evangelizadora. En este Año sacerdotal apenas iniciado, llevad muy dentro de vuestro corazón a vuestros presbíteros, quienes esperan de vosotros un trato afable, como padres y hermanos que los acogen, escuchan y se preocupan de ellos. Bajo el amparo de María santísima, Reina de los Apóstoles, que es tan venerada en las tierras de las que procedéis, México, Venezuela, El Salvador, Colombia y España, pongo vuestras personas y vuestras comunidades diocesanas.

Acojo con alegría a los familiares y amigos de los nuevos arzobispos metropolitanos de Brasil, que han venido para acompañarlos en la imposición del palio, signo de profunda comunión con el Sucesor de Pedro. En esta comunión dirijo un saludo particular a monseñor Sérgio da Rocha, arzobispo de Teresina; a monseñor Maurício Grotto de Camargo, arzobispo de Botucatu; a monseñor Gil Antônio Moreira, arzobispo de Juiz de Fora; y a monseñor Orani João Tempesta, arzobispo de San Sebastián de Río de Janeiro. Transmitid mi saludo a los presbíteros y a todos los fieles de vuestras archidiócesis, para que, unidos en la misma fe de Pedro, contribuyan a la evangelización de la sociedad. Como prenda de alegría y de paz en el Señor, imparto a todos mi bendición.

Lo saludo a usted, monseñor Mieczyslaw Mokrzycki, arzobispo de Lvov de los latinos, y a todos los que lo acompañan en este momento de viva comunión eclesial. Una vez más, le agradezco el servicio que ha prestado a la Iglesia como colaborador mío y, antes, de mi venerado predecesor, Juan Pablo II. Que el Espíritu del Señor lo acompañe en el ministerio pastoral en favor de los fieles encomendados a su solicitud, a los que envió un cordial saludo.

Saludo cordialmente a los polacos aquí presentes. En particular saludo a monseñor Andrzej Dziega, nuevo arzobispo metropolitano de Szczecin-Kamien, que ayer recibió el palio, y a los fieles procedentes de esa metrópolis. Que en el Año sacerdotal el palio sea también para los presbíteros un símbolo y un desafío para construir la comunión con su obispo, entre ellos y también con los fieles. Implorando para todos vosotros los dones de la caridad divina, de corazón os bendigo. ¡Alabado sea Jesucristo!

Queridos hermanos y hermanas, que la memoria de los Protomártires de Roma, que celebramos hoy, sea para cada uno de vosotros estímulo a un amor cada vez más intenso a Jesucristo y a su Iglesia. Que os acompañe la maternal asistencia de María, Madre de la Iglesia, de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y de san Juan María Vianney. A todos y cada uno os imparto mi bendición.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en el Congreso
Europeo de Pastoral Vocacional***

*Sala Clementina. Sábado, 4 de julio
de 2009*

Queridos hermanos y hermanas:

Con verdadera alegría me encuentro con vosotros, pensando en el valioso servicio pastoral que realizáis en el ámbito de la promoción, animación y discernimiento de las vocaciones. Habéis venido a Roma para participar en un congreso de reflexión, confrontación e intercambio entre las Iglesias de Europa, que tiene por tema “Sembradores del Evangelio de la vocación: una Palabra que llama y envía” y cuya finalidad es dar nuevo impulso a vuestro compromiso en favor de las vocaciones.

Para cada diócesis, la atención a las vocaciones constituye una de las prioridades pastorales, que asume más valor aún en el contexto del Año sacerdotal recién iniciado. Por eso, saludo de corazón a los obispos delegados para la pastoral vocacional de las distintas Conferencias episcopales, así como a los directores de los centros vocacionales nacionales, a sus colaboradores y a todos los presentes.

En el centro de vuestros trabajos habéis puesto la parábola evangélica del sembrador. El Señor arroja con abundancia y gratuidad la semilla de la Palabra de Dios, aun sabiendo que

podrá encontrar una tierra inadecuada, que no le permitirá madurar a causa de la aridez, y que apagará su fuerza vital ahogándola entre zarzas. Con todo, el sembrador no se desalienta porque sabe que parte de esta semilla está destinada a caer en “tierra buena”, es decir, en corazones ardientes y capaces de acoger la Palabra con disponibilidad, para hacerla madurar en la perseverancia, de modo que dé fruto con generosidad para bien de muchos.

La imagen de la tierra puede evocar la realidad más o menos buena de la familia; el ambiente con frecuencia árido y duro del trabajo; los días de sufrimiento y de lágrimas. La tierra es, sobre todo, el corazón de cada hombre, en particular de los jóvenes, a los que os dirigís en vuestro servicio de escucha y acompañamiento: un corazón a menudo confundido y desorientado, pero capaz de contener en sí energías inimaginables de entrega; dispuesto a abrirse en las yemas de una vida entregada por amor a Jesús, capaz de seguirlo con la totalidad y la certeza que brota de haber encontrado el mayor tesoro de la existencia. Quien siembra en el corazón del hombre es siempre y sólo el Señor. Únicamente después de la siembra abundante y generosa de la Palabra de Dios podemos adentrarnos en los senderos de acompañar y educar, de formar y discernir. Todo ello va unido a esa pequeña semilla, don misterioso de la Providencia celestial, que irradia una fuerza extraordinaria, pues la Palabra de Dios es la que realiza

eficazmente por sí misma lo que dice y desea.

Hay otra palabra de Jesús que utiliza la imagen de la semilla, y que se puede relacionar con la parábola del sembrador: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto” (*Jn* 12, 24). Aquí el Señor insiste en la correlación entre la muerte de la semilla y el “mucho fruto” que dará. El grano de trigo es él, Jesús. El fruto es la “vida en abundancia” (*Jn* 10, 10), que nos ha adquirido mediante su cruz. Ésta es también la lógica y la verdadera fecundidad de toda pastoral vocacional en la Iglesia: como Cristo, el sacerdote y el animador deben ser un “grano de trigo”, que renuncia a sí mismo para hacer la voluntad del Padre; que sabe vivir oculto, alejado del clamor y del ruido; que renuncia a buscar la visibilidad y la grandeza de imagen que hoy a menudo se convierten en criterios e incluso en finalidades de la vida en buena parte de nuestra cultura y fascinan a muchos jóvenes.

Queridos amigos, sed sembradores de confianza y de esperanza, pues la juventud de hoy vive inmersa en un profundo sentido de extravío. Con frecuencia las palabras humanas carecen de futuro y de perspectiva; carecen incluso de sentido y de sabiduría. Se difunde una actitud de impaciencia frenética y una incapacidad de vivir el tiempo de la espera. Sin embargo, esta puede ser la hora de Dios: su llamada,

mediante la fuerza y la eficacia de la Palabra, genera un camino de esperanza hacia la plenitud de la vida. La Palabra de Dios puede ser de verdad luz y fuerza, manantial de esperanza; puede trazar una senda que pasa por Jesús, “camino” y “puerta”, a través de su cruz, que es plenitud de amor.

Éste es el mensaje que nos deja el Año paulino recién concluido. San Pablo, conquistado por Cristo, fue un promotor y formador de vocaciones, como bien se desprende de los saludos de sus cartas, donde aparecen decenas de nombres propios, es decir, rostros de hombres y mujeres que colaboraron con él al servicio del Evangelio. Éste es también el mensaje del Año sacerdotal recién iniciado: el santo cura de Ars, Juan María Vianney -que constituye el “faro” de este nuevo itinerario espiritual- fue un sacerdote que dedicó su vida a la guía espiritual de las personas, con humildad y sencillez, “gustando y viendo” la bondad de Dios en las situaciones ordinarias. Así, fue un verdadero maestro en el ministerio de la consolación y del acompañamiento vocacional.

Por tanto, el Año sacerdotal brinda una magnífica oportunidad para volver a encontrar el sentido profundo de la pastoral vocacional, así como sus opciones fundamentales de método: el testimonio, sencillo y creíble; la comunión, con itinerarios concertados y compartidos en la Iglesia particular; la cotidianidad, que educa a seguir al Señor en la vida de todos los días; la escu-

cha, guiada por el Espíritu Santo, para orientar a los jóvenes en la búsqueda de Dios y de la verdadera felicidad; y, por último, la verdad, que es lo único que puede generar libertad interior.

Que la Palabra de Dios, queridos hermanos y hermanas, sea en cada uno de vosotros fuente de bendición, de consuelo y de confianza renovada, para que podáis ayudar a muchos a “ver” y “tocar” al Jesús que ya han acogido como Maestro. Que la Palabra del Señor habite siempre en vosotros, renueve en vuestro corazón la luz, el amor y la paz que sólo Dios puede dar, y os capacite para testimoniar y anunciar el Evangelio, fuente de comunión y de amor. Con este deseo, que encomiendo a la intercesión de María santísima, os imparto de corazón a todos la bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en el Primer
Encuentro Europeo de Estudiantes
Universitarios***

*Sala de las Bendiciones. Sábado, 11
de julio de 2009*

*Señor cardenal; venerados hermanos
en el episcopado y en el sacerdocio; queri-
dos hermanos y hermanas:*

Gracias de corazón por vuestra visita, que tiene lugar el día de la fiesta de san Benito, patrono de Europa, con

ocasión del primer Encuentro europeo de estudiantes universitarios, promovido por la Comisión de catequesis, escuelas y universidades del Consejo de las Conferencias episcopales de Europa (CCEE). A cada uno de los presentes doy mi más cordial bienvenida. Saludo, en primer lugar, al obispo Marek Jedraszewski, vicepresidente de la Comisión, y le agradezco las palabras que me ha dirigido en vuestro nombre. Saludo en especial al cardenal vicario Agostino Vallini y le manifiesto toda mi gratitud por el valioso servicio que la pastoral universitaria de Roma presta a la Iglesia que está en Europa. Y no puedo menos de elogiar a monseñor Lorenzo Leuzzi, animador infatigable de la oficina diocesana. Saludo también con profundo reconocimiento al profesor Renato Lauro, rector magnífico de la Universidad de Roma Tor Vergata. Y dirijo mi saludo sobre todo a vosotros, queridos jóvenes: ¡Bienvenidos a la casa de Pedro! Perteneceis a treinta y una naciones, y os estáis preparando para asumir, en la Europa del tercer milenio, importantes funciones y tareas. Sed siempre conscientes de vuestras potencialidades y, al mismo tiempo, de vuestras responsabilidades.

¿Qué espera la Iglesia de vosotros? El tema mismo sobre el que estáis reflexionando sugiere la respuesta oportuna: “Nuevos discípulos de Emaús. Como cristianos en la Universidad”. Tras el encuentro europeo de profesores celebrado hace dos años, también vosotros, los estudiantes, os reunís ahora para ofrecer a

las Conferencias episcopales de Europa vuestra disponibilidad para proseguir en el camino de elaboración cultural que san Benito intuyó necesario para la maduración humana y cristiana de los pueblos de Europa. Esto puede realizarse si vosotros, como los discípulos de Emaús, os encontráis con el Señor resucitado en la experiencia eclesial concreta y, de modo particular, en la celebración eucarística. “En cada misa -recordé a vuestros coetáneos hace un año durante la Jornada mundial de la juventud en Sydney- desciende nuevamente el Espíritu Santo, invocado en la plegaria solemne de la Iglesia, no sólo para transformar nuestros dones del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor, sino también para transformar nuestra vida, para hacer de nosotros, con su fuerza, “un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo”” (*Homilía en la misa de clausura*, 20 de julio de 2008: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 25 de julio de 2008, p.12).

Vuestro compromiso misionero en el ámbito universitario consiste, por tanto, en testimoniar el encuentro personal que habéis tenido con Jesucristo, Verdad que ilumina el camino de todo hombre. Del encuentro con él es de donde brota la “novedad del corazón” capaz de dar una nueva orientación a la existencia personal; y sólo así se convierte en fermento y levadura de una sociedad vivificada por el amor evangélico.

Como es fácil comprender, también la acción pastoral universitaria debe

expresarse entonces en todo su valor teológico y espiritual, ayudando a los jóvenes a que la comunión con Cristo los lleve a percibir el misterio más profundo del hombre y de la historia. Y precisamente por su específica acción evangelizadora, las comunidades eclesiales comprometidas en esa acción misionera, como por ejemplo las capellanías universitarias, pueden ser el lugar de la formación de creyentes maduros, hombres y mujeres conscientes de ser amados por Dios y estar llamados, en Cristo, a convertirse en animadores de la pastoral universitaria.

En la Universidad la presencia cristiana es cada vez más exigente y al mismo tiempo fascinante, porque la fe está llamada, como en los siglos pasados, a prestar su servicio insustituible al conocimiento, que en la sociedad contemporánea es el verdadero motor del desarrollo. Del conocimiento, enriquecido con la aportación de la fe, depende la capacidad de un pueblo de saber mirar al futuro con esperanza, superando las tentaciones de una visión puramente materialista de nuestra esencia y de la historia.

Queridos jóvenes, vosotros sois el futuro de Europa. Inmersos en estos años de estudio en el mundo del conocimiento, estáis llamados a invertir vuestros mejores recursos, no sólo intelectuales, para consolidar vuestra personalidad y para contribuir al bien común. Trabajar por el desarrollo del conocimiento es la vocación específica de la Universidad, y requiere cualida-

des morales y espirituales cada vez más elevadas frente a la vastedad y la complejidad del saber que la humanidad tiene a su disposición. La nueva síntesis cultural, que en este tiempo se está elaborando en Europa y en el mundo globalizado, necesita la aportación de intelectuales capaces de volver a proponer en las aulas académicas el mensaje sobre Dios, o mejor, de hacer que renazca el deseo del hombre de buscar a Dios -"quaerere Deum"- al que me he referido en otras ocasiones.

A la vez que doy las gracias a todos los que trabajan en el campo de la pastoral universitaria, bajo la guía de los organismos del Consejo de Conferencias episcopales de Europa, espero que prosiga el fructífero camino emprendido desde hace algunos años y por el que expreso mi más vivo aprecio y aliento. Estoy seguro de que vuestro encuentro de estos días en Roma podrá indicar ulteriores etapas por recorrer hacia una planificación más orgánica, que favorezca la participación y la comunión entre las diversas experiencias que ya están en marcha en muchos

países. Vosotros, queridos jóvenes, contribuid, juntamente con vuestros profesores, a crear laboratorios de la fe y de la cultura, compartiendo el esfuerzo del estudio y de la investigación con todos los amigos que encontréis en la Universidad.

Amad vuestras universidades, que son gimnasios de virtud y de servicio. La Iglesia en Europa confía mucho en el generoso compromiso apostólico de todos vosotros, consciente de los desafíos y de las dificultades, pero también de las grandes potencialidades de la acción pastoral en el ámbito universitario. Por mi parte, os aseguro el apoyo de la oración, y sé que puedo contar con vuestro entusiasmo, con vuestro testimonio y sobre todo con vuestra amistad, que hoy me habéis manifestado y que os agradezco de corazón.

Que san Benito, patrono de Europa y mi patrono personal en el pontificado, y sobre todo la Virgen María, a quien invocáis como *Sedes Sapientiae*, os acompañen y guíen vuestros pasos. A todos imparto mi bendición.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en las primeras Vísperas con ocasión de la clausura del Año Paulino, en la solemnidad de San Pedro y San Pablo

Basílica de San Pablo extramuros. Domingo, 28 de junio de 2009.

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;

ilustres miembros de la delegación del Patriarcado ecuménico; queridos hermanos y hermanas:

Dirijo a cada uno mi saludo cordial. Saludo en particular al cardenal arzobispo de esta basílica y a sus colaboradores; saludo al abad y a la comunidad monástica benedictina; saludo asimismo a la delegación del Patriarcado ecuménico de Constantinopla.

El año conmemorativo del nacimiento de san Pablo se concluye esta tarde. Nos encontramos reunidos junto a la tumba del Apóstol, cuyo sarcófago, conservado bajo el altar papal, recientemente ha sido objeto de un esmerado análisis científico: en el sarcófago, que nunca había sido abierto en muchos siglos, se realizó una pequeñísima perforación para introducir una sonda especial, mediante la cual se descubrieron rastros de un valioso tejido de lino teñido de púrpura, laminado con oro coronario, y de un tejido de color azul con fibras de lino. También se constató la presencia de granos de incienso rojo y de sustancias proteínicas y calcáreas. Además, se comprobó que algunos fragmentos óseos muy pequeños, sometidos al examen del carbono 14 por expertos que desconocían su procedencia, pertenecían a una persona que vivió entre los siglos I y II. Eso parece confirmar la tradición unánime y concorde, según la cual se trata de los restos mortales del apóstol san Pablo.

Todo esto embarga nuestro corazón de profunda emoción. Durante estos

meses muchas personas han seguido los caminos que el Apóstol recorrió durante su vida, tanto los exteriores como sobre todo los interiores: el camino de Damasco hacia el encuentro con el Resucitado; los caminos del mundo mediterráneo, que recorrió con la antorcha del Evangelio, encontrando oposiciones y adhesiones, hasta el martirio, por el cual pertenece para siempre a la Iglesia de Roma. A ella le dirigió también su carta más grande e importante.

El Año paulino se concluye, pero estar en camino juntamente con san Pablo, alcanzar con él y gracias a él el conocimiento de Jesús, y ser iluminados y transformados por el Evangelio como él, siempre formará parte de la existencia cristiana. Y, superando el ámbito de los creyentes, san Pablo seguirá siendo siempre “maestro de los gentiles”, que quiere llevar el mensaje del Resucitado a todos los hombres, porque Cristo los conoce y ama a todos, pues murió y resucitó por todos ellos. Por eso, queremos escucharlo también en este momento en que iniciamos solemnemente la fiesta de los dos Apóstoles unidos entre sí por un vínculo muy estrecho.

Forma parte de la estructura de las cartas de san Pablo el hecho de que, siempre con referencia al lugar y a la situación particular, explican ante todo el misterio de Cristo, nos enseñan la fe. En una segunda parte sigue la aplicación a nuestra vida: ¿Qué consecuencias derivan de esta fe? ¿Cómo modela nuestra existencia cada día? En la *carta*

a los Romanos, esta segunda parte comienza con el capítulo doce, en los primeros dos versículos del cual el Apóstol resume inmediatamente el núcleo esencial de la existencia cristiana. ¿Qué nos dice san Pablo a nosotros en ese pasaje?

Ante todo afirma, como dato fundamental, que con Cristo ha comenzado un nuevo modo de venerar a Dios, un nuevo culto. Este culto consiste en que el hombre vivo se convierte él mismo en adoración, en “sacrificio” incluso en su propio cuerpo. Ya no ofrecemos a Dios cosas; es nuestra misma existencia la que debe transformarse en alabanza de Dios. Pero, ¿cómo se realiza esto? En el versículo segundo encontramos la respuesta: “No os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestro modo de pensar, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios” (*Rm* 12, 2).

Las dos palabras decisivas de este versículo son: “transformar” y “renovar”. Debemos llegar a ser hombres nuevos, transformados en un modo nuevo de existencia. El mundo siempre anda buscando novedades, porque con razón nunca se siente satisfecho de la realidad concreta. San Pablo nos dice: el mundo no puede renovarse sin hombres nuevos. Sólo si hay hombres nuevos habrá también un mundo nuevo, un mundo renovado y mejor. Lo primero es la renovación del hombre. Esto vale para cada persona. El mun-

do sólo será nuevo si nosotros mismos llegamos a ser nuevos. Esto significa también que no basta adaptarse a la situación actual.

El Apóstol nos exhorta a un inconformismo. En esta misma carta dice que no hay que someterse al esquema de la época actual. Volveremos a abordar este punto al reflexionar sobre el segundo texto que quiero meditar con vosotros esta tarde. El “no” del Apóstol es claro y también convincente para cualquiera que observe el “esquema” de nuestro mundo. Pero ¿cómo podemos llegar a ser nuevos? ¿Somos realmente capaces de lograrlo? Con las palabras “llegar a ser nuevo” san Pablo alude a su propia conversión, a su encuentro con Cristo resucitado, del cual dice en la *segunda carta a los Corintios*: “El que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo” (*2 Co* 5, 17).

Ese encuentro con Cristo lo transformó hasta tal punto que dice al respecto: “He muerto” (*Ga* 2, 19; cf. *Rm* 6). Ha llegado a ser nuevo, otro, porque ya no vive para sí mismo y en virtud de sí mismo, sino para Cristo y en él. Sin embargo, con el paso de los años, vio que también este proceso de renovación y transformación continúa durante toda la vida. Llegamos a ser nuevos si nos dejamos aferrar y modelar por el Hombre nuevo: Jesucristo. Él es el Hombre nuevo por excelencia. En él se ha hecho realidad la nueva existencia humana, y nosotros de ver-

dad podemos llegar a ser nuevos si nos ponemos en sus manos y nos dejamos modelar por él.

San Pablo aclara más aún este proceso de “renovación” diciendo que llegamos a ser nuevos si transformamos nuestro modo de pensar. Lo que aquí se traduce por “modo de pensar” es la palabra griega “*nous*”. Es una palabra compleja. Se puede traducir con “espíritu”, “sentimientos”, “razón” y precisamente con “modo de pensar”. Nuestra razón debe llegar a ser nueva. Esto nos sorprende. Tal vez podíamos esperar que se refiriera más bien a alguna actitud: lo que deberíamos cambiar en nuestro obrar. Pero no. La renovación debe llegar hasta el fondo. Debe cambiar desde sus cimientos nuestro modo de ver el mundo, de comprender la realidad, todo nuestro modo de pensar. El pensamiento del hombre viejo, el modo de pensar común se orienta por lo general hacia la posesión, el bienestar, la influencia, el éxito, la fama, etc., pero de este modo tiene un alcance muy limitado. Así, el propio “yo” sigue estando, en definitiva, en el centro del mundo.

Debemos aprender a pensar de manera más profunda. En la segunda parte de la frase, san Pablo nos explica lo que significa eso: es preciso aprender a comprender la voluntad de Dios, de modo que sea ella la que modele nuestra voluntad, para que también nosotros queramos lo que quiere Dios, para que reconozcamos que Dios quiere lo bello y lo bueno. Por tanto, se trata de

un viraje en nuestra orientación espiritual de fondo. Dios debe entrar en el horizonte de nuestro pensamiento: lo que él quiere y el modo según el cual ha ideado el mundo y me ha ideado a mí. Debemos aprender a compartir el pensar y el querer de Jesucristo. Así seremos hombres nuevos en los que emerge un mundo nuevo.

En dos pasajes de la *carta a los Efesios* san Pablo ilustra ulteriormente el mismo pensamiento de una renovación necesaria de nuestro ser persona humana. Por eso quiero reflexionar brevemente en ellos. En el capítulo cuarto de esa carta el Apóstol nos dice que con Cristo debemos alcanzar la edad adulta, una fe madura. Ya no podemos seguir siendo “niños llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina” (*Ef* 4, 14). San Pablo desea que los cristianos tengan una fe madura, una “fe adulta”.

En los últimos decenios la palabra “fe adulta” se ha convertido en un eslogan generalizado. A menudo se entiende como la actitud de quien ya no escucha a la Iglesia y a sus pastores, sino que elige autónomamente lo que quiere creer y no creer, o sea, una fe fabricada por cada uno. Y se la presenta como “valentía” de expresarse contra el Magisterio de la Iglesia. Sin embargo, en realidad, para eso no hace falta valentía, porque siempre se puede estar seguro de obtener el aplauso público. Para lo que de verdad se requiere valentía es para adherirse a la fe de la Iglesia, aunque esta

fe esté en contraposición con el “esquema” del mundo contemporáneo. Éste es el inconformismo de la fe que san Pablo llama una “fe adulta”. Ésta es la fe que él quiere. En cambio, considera infantil el correr tras los vientos y las corrientes de la época.

Así, por ejemplo, forma parte de la fe adulta comprometerse en favor de la inviolabilidad de la vida humana desde su primer momento, oponiéndose radicalmente al principio de la violencia, de modo especial en defensa de las criaturas humanas más indefensas. Forma parte de la fe adulta reconocer el matrimonio entre un hombre y una mujer para toda la vida como ordenamiento del Creador, restablecido de nuevo por Cristo. La fe adulta no se deja zanzanear de un lado a otro por cualquier corriente. Se opone a los vientos de la moda. Sabe que esos vientos no son el soplo del Espíritu Santo; sabe que el Espíritu de Dios se expresa y se manifiesta en la comunión con Jesucristo.

Con todo, tampoco aquí san Pablo se detiene en la negación, sino que nos lleva al gran “sí”. Describe la fe madura, verdaderamente adulta, de un modo positivo con la expresión: “Obrar según la verdad en la caridad” (Ef 4, 15). El nuevo modo de pensar, que nos da la fe, se dirige ante todo hacia la verdad. El poder del mal es la mentira. El poder de la fe, el poder de Dios, es la verdad. La verdad sobre el mundo y sobre nosotros mismos se hace visible cuando miramos a Dios. Y

Dios se nos hace visible en el rostro de Jesucristo. Contemplando a Cristo reconocemos algo más: la verdad y la caridad son inseparables. En Dios ambas son inseparablemente una sola cosa: esta es precisamente la esencia de Dios. Por eso, para los cristianos, la verdad y la caridad van juntas. La caridad es la prueba de la verdad. Siempre deberíamos regularnos según este criterio: que la verdad se transforme en caridad y la caridad nos lleve a la verdad.

En el versículo de san Pablo encontramos otro pensamiento importante. El Apóstol nos dice que, obrando según la verdad en la caridad, contribuiremos a hacer que el todo *-ta panta-*, el universo, crezca tendiendo hacia Cristo. San Pablo, basándose en su fe, no sólo se interesa por nuestra rectitud personal y por el crecimiento de la Iglesia. Se interesa por el universo: *ta panta*. La finalidad última de la obra de Cristo es el universo, la transformación del universo, de todo el mundo humano, de toda la creación. Quien, juntamente con Cristo, sirve a la verdad en la caridad, contribuye al verdadero progreso del mundo. Sí; aquí se ve claramente que san Pablo conoce la idea de progreso. Para la humanidad, para el mundo, Cristo, su vivir, sufrir y resucitar fue el verdadero gran salto del progreso. Pero ahora el universo deber crecer con vistas a él. El verdadero progreso del mundo se da donde aumenta la presencia de Cristo. Allí el hombre llega a ser nuevo y así también el mundo se hace nuevo.

San Pablo nos pone de manifiesto eso mismo desde otra perspectiva. En el capítulo tercero de la *carta a los Efesios* nos habla de la necesidad de ser “fortalecidos en el hombre interior” (Ef 3, 16). Así retoma un tema que antes, en una situación de tribulación, había tratado en la *segunda carta a los Corintios*: “Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día” (2 Co 4, 16). El hombre interior debe fortalecerse; es un imperativo muy apropiado para nuestro tiempo, en el que con mucha frecuencia los hombres se quedan interiormente vacíos y, por tanto, deben recurrir a promesas y narcóticos, que luego tienen como consecuencia un aumento ulterior del sentido de vacío en su interior. El vacío interior, la debilidad del hombre interior, es uno de los grandes problemas de nuestro tiempo.

Es preciso fortalecer la interioridad, la “perceptividad” del corazón, la capacidad de ver y comprender el mundo y al hombre desde dentro, con el corazón. Necesitamos una razón iluminada por el corazón, para aprender a obrar según la verdad en la caridad. Ahora bien, esto no se realiza sin una relación íntima con Dios, sin la vida de oración. Necesitamos el encuentro con Dios, que se nos da en los sacramentos. Y no podemos hablar a Dios en la oración si no dejamos que hable antes él mismo, si no lo escuchamos en la Palabra que nos ha dado.

San Pablo, al respecto, nos dice: “Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” (Ef 3, 17-19). El amor ve más lejos que la sola razón; es lo que san Pablo nos dice con esas palabras. Y nos dice también que sólo podemos conocer la amplitud del misterio de Cristo en la comunión con todos los santos, o sea, en la gran comunidad de todos los creyentes, y no contra ella o sin ella. Esta amplitud la define con palabras que quieren expresar las dimensiones del cosmos: la anchura y la longitud, la altura y la profundidad.

El misterio de Cristo tiene una amplitud cósmica: no pertenece sólo a un grupo determinado. Cristo crucificado abraza el universo entero en todas sus dimensiones. Toma el mundo en sus manos y lo eleva hacia Dios. Comenzando por san Ireneo de Lyon -por tanto, desde el siglo II-, los santos Padres vieron en las palabras “anchura, longitud, altura y profundidad” del amor de Cristo una alusión a la cruz. El amor de Cristo alcanzó en la cruz la profundidad más honda -la noche de la muerte- y la altura suprema -la altura de Dios mismo-. Y tomó entre sus brazos la anchura y la longitud de la humanidad y del mundo en todas sus distancias. Él siempre abraza el universo, nos abraza a todos nosotros.

Pidamos al Señor que nos ayude a reconocer algo de la inmensidad de su amor. Pidámosle que su amor y su verdad toquen nuestro corazón. Pidamos que Cristo habite en nuestro corazón y nos haga hombres nuevos, para que obremos según la verdad en la caridad. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Santa Misa e imposición del
Palio a los nuevos Metropolitanos,
en la solemnidad de San Pedro y
San Pablo***

*Basilica Vaticana. Lunes, 29 de junio
de 2009*

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Dirijo a cada uno mi saludo cordial con las palabras del Apóstol, junto a cuya tumba nos encontramos: “A vosotros gracia y paz abundantes” (1 P 1, 2). Saludo en particular a los miembros de la delegación del Patriarcado ecuménico de Constantinopla y a los numerosos arzobispos metropolitanos que hoy reciben el palio. En la oración colecta de esta solemnidad hemos pedido al Señor “que su Iglesia se mantenga siempre fiel a las enseñanzas de aquellos que fueron fundamento de nuestra fe cristiana”. Esta petición que dirigimos a Dios nos interpela también a nosotros: ¿Seguimos la enseñanza de

los grandes Apóstoles fundadores? ¿Los conocemos de verdad?

En el Año paulino que se concluyó ayer tratamos de escucharlo de modo nuevo a él, el “maestro de los gentiles”, y de aprender así nuevamente el alfabeto de la fe. Tratamos de reconocer a Cristo con san Pablo y mediante san Pablo, y de encontrar así el camino para la vida cristiana recta. En el canon del Nuevo Testamento, además de las cartas de san Pablo, se encuentran también dos cartas bajo el nombre de san Pedro. La primera de ellas se concluye explícitamente con un saludo desde Roma, pero a la que se presenta con el nombre apocalíptico de Babilonia: “Os saluda la que está en Babilonia, elegida como vosotros...” (1P 5, 13). Al llamar a la Iglesia de Roma “elegida como vosotros”, la sitúa en la gran comunidad de todas las Iglesias locales, en la comunidad de todos los que Dios ha congregado, para que en la “Babilonia” del tiempo de este mundo construyan su pueblo y hagan que Dios entre en la historia. La *primera carta de san Pedro* es un saludo dirigido desde Roma a la cristiandad entera de todos los tiempos. Nos invita a escuchar “la enseñanza de los Apóstoles”, que nos señala el camino hacia la vida.

Esta carta es un texto muy rico, que brota del corazón y toca el corazón. Su centro es -no podía ser de otra manera- la figura de Cristo, presentado como Aquel que sufre y ama, como crucificado y resucitado: “El que, al ser in-

sultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba; (...) con cuyas heridas habéis sido curados” (1 P 2, 23-24).

Partiendo del centro, que es Cristo, la carta constituye también una introducción a los sacramentos cristianos fundamentales del Bautismo y la Eucaristía, y un discurso dirigido a los sacerdotes, en el que san Pedro se califica como co-presbítero juntamente con ellos. Habla a los pastores de todas las generaciones como aquel a quien el Señor encargó personalmente que apacentara a sus ovejas y así recibió de modo particular un mandato sacerdotal.

Así pues, ¿qué nos dice san Pedro, precisamente en el Año sacerdotal, acerca de la misión del sacerdote? Ante todo, comprende el ministerio sacerdotal totalmente a partir de Cristo. Llama a Cristo el “pastor y guardián de las almas” (1 P 2, 25). En el texto griego la palabra “guardián” se expresa con el término *episcopos* (obispo). Un poco más adelante a Cristo se le califica como el Pastor supremo, *archipoimen* (1 P 5, 4). Sorprende que san Pedro llame a Cristo mismo “obispo”, “obispo de las almas”. ¿Qué quiere decir con esa expresión? En la raíz de la palabra griega “*episcopos*” se encuentra el verbo “ver”; por eso, se suele traducir por “guardián”, es decir, “vigilante”. Pero ciertamente no se refiere a una vigilancia externa, como podría ser la del guardián de una cárcel. Más

bien, se entiende como un “ver desde lo alto”, un ver desde la altura de Dios. Ver desde la perspectiva de Dios es ver con un amor que quiere servir al otro, que quiere ayudarlo a llegar a ser lo que debe ser.

Cristo es el “obispo de las almas”, nos dice san Pedro. Eso significa que nos ve desde la perspectiva de Dios. Contemplando desde Dios, se tiene una visión de conjunto, se ven los peligros al igual que las esperanzas y las posibilidades. Desde la perspectiva de Dios se ve la esencia, se ve al hombre interior. Si Cristo es el obispo de las almas, el objetivo es evitar que en el hombre el alma se empobrezca; hacer que el hombre no pierda su esencia, la capacidad para la verdad y para el amor; hacer que el hombre llegue a conocer a Dios, que no se pierda en callejones sin salida, que no se pierda en el aislamiento, sino que permanezca abierto al conjunto.

Jesús, el “obispo de las almas”, es el prototipo de todo ministerio episcopal y sacerdotal. Desde esta perspectiva, ser obispo, ser sacerdote, significa asumir la posición de Cristo. Pensar, ver y obrar desde su posición elevada. A partir de él estar a disposición de los hombres, para que encuentren la vida.

Así, la palabra “obispo” se acerca mucho al término “pastor”; más aún, los dos conceptos se pueden intercambiar. La tarea del pastor consiste en apacentar, en cuidar la grey y llevarla a

buenos pastos. Apacentar la grey quiere decir encargarse de que las ovejas encuentren el alimento necesario, de que sacien su hambre y apaguen su sed. Sin metáfora, esto significa: la Palabra de Dios es el alimento que el hombre necesita. Hacer continuamente presente la Palabra de Dios y dar así alimento a los hombres es tarea del buen pastor. Y este también debe saber resistir a los enemigos, a los lobos. Debe preceder, indicar el camino, conservar la unidad de la grey.

San Pedro, en su discurso a los presbíteros, pone de relieve también otra cosa muy importante. No basta hablar. Los pastores deben ser “modelos de la grey” (1 P 5, 3). La Palabra de Dios, cuando se vive, es trasladada del pasado al presente. Es admirable ver cómo en los santos la Palabra de Dios se transforma en una palabra dirigida a nuestro tiempo. En santos como Francisco, como el padre Pío y muchos otros, Cristo se hace verdaderamente contemporáneo de su generación, sale del pasado y entra en el presente. Ser pastor, modelo de la grey, significa vivir la Palabra ahora, en la gran comunidad de la Iglesia santa.

Ahora quiero llamar brevemente vuestra atención sobre otras dos afirmaciones de la *primera carta de san Pedro* que se refieren de modo especial a nosotros, en nuestro tiempo. Ante todo, la frase, hoy redescubierta, sobre cuya base los teólogos medievales comprendieron su tarea, la tarea del teólogo:

“Adorad al Señor, Cristo, en vuestro corazón, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza” (1 P 3, 15). La fe cristiana es esperanza. Abre el camino hacia el futuro. Y es una esperanza que posee racionalidad; una esperanza cuya razón podemos y debemos exponer. La fe procede de la Razón eterna que entró en nuestro mundo y nos mostró al verdadero Dios. Supera la capacidad propia de nuestra razón, del mismo modo que el amor ve más que la simple inteligencia. Pero la fe habla a la razón y, en la confrontación dialéctica, puede resistir a la razón. No la contradice, sino que avanza juntamente con ella y, al mismo tiempo, conduce más allá de ella: introduce en la Razón más grande de Dios.

Como pastores de nuestro tiempo tenemos la tarea de ser los primeros en comprender la razón de la fe. La tarea de no dejar que quede simplemente como una tradición, sino de reconocerla como respuesta a nuestros interrogantes. La fe exige nuestra participación racional, que se profundiza y se purifica en una comunión de amor. Forma parte de nuestros deberes de pastores penetrar la fe con el pensamiento para ser capaces de mostrar la razón de nuestra esperanza en el debate de nuestro tiempo.

Con todo, pensar -aunque es muy necesario-, por sí solo, no basta; del mismo modo que hablar, por sí solo, no basta. En su catequesis bautismal

y eucarística en el capítulo segundo de su carta, san Pedro alude al Salmo que se usaba en la Iglesia primitiva en el contexto de la comunión, es decir, en el versículo que dice: “Gustad y ved cuán bueno es el Señor” (*Sal* 34, 9; cf. *1 P* 2, 3). Sólo gustar lleva a ver. Pensamos en los discípulos de Emaús: sus ojos sólo se abren a la hora de la comunión durante la cena con Jesús, en la fracción del pan. Sólo en la comunión con el Señor, verdaderamente experimentada, logran ver. Eso vale para todos nosotros: más que pensar y hablar, necesitamos la experiencia de la fe, de la relación vital con Jesucristo.

La fe no debe quedarse en teoría: debe convertirse en vida. Si en el sacramento encontramos al Señor; si en la oración hablamos con él; si en las decisiones de la vida diaria nos adherimos a Cristo, entonces “vemos” cada vez más claramente cuán bueno es. Entonces experimentamos cuán bueno es estar con él. De esa certeza vivida deriva luego la capacidad de comunicar la fe a los demás de modo creíble. El cura de Ars no era un gran pensador, pero “gustaba” al Señor. Vivía con él hasta en los detalles más insignificantes de su vida diaria, además de en las grandes exigencias del ministerio pastoral. De este modo llegó a ser una “persona que veía”. Había gustado, y por eso sabía que el Señor es bueno. Pidamos al Señor que nos conceda este gustar, a fin de que así seamos testigos creíbles de la esperanza que está en nosotros.

Por último, quiero destacar otra palabra pequeña, pero importante, de san Pedro. Al inicio de la carta nos dice que la meta de nuestra fe es la salvación de las almas (cf. *1 P* 1, 9). En el ámbito del lenguaje y del pensamiento de la cristiandad actual parece una afirmación extraña, para algunos tal vez incluso escandalosa. La palabra “alma” ha caído en descrédito. Se dice que esto llevaría a una división del hombre en espíritu y físico, en alma y cuerpo, mientras que en realidad él sería una unidad indivisible. Además, “la salvación de las almas” como meta de la fe parece indicar un cristianismo individualista, una pérdida de responsabilidad con respecto al mundo en su conjunto, en su corporeidad y en su materialidad. Pero nada de todo esto se encuentra en la carta de san Pedro. El celo por el testimonio en favor de la esperanza, la responsabilidad por los demás caracterizan todo el texto.

Para comprender la palabra sobre la salvación de las almas como meta de la fe debemos partir de otro lado. Sigue siendo verdad que el desinterés por las almas, el empobrecerse del hombre interior, no sólo destruye a la persona misma, sino que además amenaza el destino de la humanidad en su conjunto. Sin la curación de las almas, sin la curación del hombre desde dentro, no puede haber salvación para la humanidad. Para san Pedro, aunque nos sorprenda, la verdadera enfermedad de las almas es la ignorancia, es decir, no conocer a Dios. Quien no conoce a

Dios, quien al menos no lo busca sinceramente, queda fuera de la verdadera vida (cf. *1 P* 1, 14).

Hay otra palabra de la carta que puede ayudarnos a comprender mejor la fórmula “salvación de las almas”: “Purificad vuestras almas con la obediencia a la verdad” (cf. *1 P* 1, 22). La obediencia a la verdad es lo que purifica el alma. Y convivir con la mentira es lo que la contamina. La obediencia a la verdad comienza con las pequeñas verdades de la vida diaria, que a menudo pueden ser costosas y dolorosas. Esta obediencia se extiende después hasta la obediencia sin reservas ante la Verdad misma, que es Cristo. Esta obediencia no sólo nos hace puros, sino sobre todo libres para el servicio a Cristo, y así para la salvación del mundo, que siempre comienza con la purificación obediente de la propia alma mediante la verdad. Sólo podemos indicar el camino hacia la verdad si nosotros mismos, con obediencia y paciencia, nos dejamos purificar por la verdad.

Y ahora me dirijo a vosotros, queridos hermanos en el episcopado, que en esta hora recibiréis de mi mano el palio. Ha sido tejido con la lana de los corderos que el Papa bendice en la fiesta de santa Inés. De este modo, recuerda los corderos y las ovejas de Cristo, que el Señor resucitado encomendó a Pedro con la tarea de apacentarlos (cf. *Jn* 21, 15-18). Recuerda la grey de Jesucristo, que vosotros, queridos hermanos, debéis apacentar en comu-

nión con Pedro. Nos recuerda a Cristo mismo, que como buen Pastor tomó sobre sus hombros a la oveja perdida, a la humanidad, para llevarla de nuevo a casa. Nos recuerda el hecho de que él, el Pastor supremo, quiso hacerse él mismo Cordero, para hacerse cargo desde dentro del destino de todos nosotros; para llevarnos y curarnos desde dentro.

Pidamos al Señor que nos conceda ser, siguiendo sus huellas, buenos pastores, “no forzados, sino voluntariamente, según Dios (...), con prontitud de ánimo (...), modelos de la grey” (*1P* 5, 2-3). Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante el rezo de las Vísperas
con ocasión de la reapertura de
la Capilla Paulina del Palacio
Apostólico Vaticano***

*Capilla Paulina. Sábado, 4 de julio
de 2009*

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Se realiza hoy, a pocos días de la solemnidad de San Pedro y San Pablo y de la clausura del Año paulino, mi deseo de poder reabrir al culto la Capilla Paulina. En las basílicas papales de San Pablo y de San Pedro hemos vivido las celebraciones solemnes en honor de los

dos Apóstoles; esta tarde, casi como culminación, nos reunimos en el corazón del palacio apostólico, en la capilla construida por voluntad del Papa, Pablo III, y realizada por Antonio de Sangallo el joven, precisamente como lugar de oración reservado para el Papa y para la Familia pontificia. Ayudan a meditar y a orar de manera muy eficaz las pinturas y las decoraciones que la embellecen, en particular los dos grandes frescos de Miguel Ángel Buonarroti, que son los últimos de su larga existencia. Representan la conversión de san Pablo y la crucifixión de san Pedro.

Ante todo, atrae nuestra mirada el rostro de los dos Apóstoles. Ya por su posición, es evidente que estos dos rostros desempeñan una función central en el mensaje iconográfico de la capilla. Pero, independientemente de su ubicación, de inmediato nos llevan “más allá” de la imagen: nos interrogan y nos inducen a reflexionar. Consideremos en primer lugar a san Pablo: ¿por qué está representado con un rostro tan anciano? Es el rostro de un hombre mayor, mientras que sabemos -y lo sabía bien Miguel Ángel- que la llamada de Saulo en el camino de Damasco se produjo cuando tenía unos treinta años. La elección del artista nos sitúa fuera del puro realismo, nos hace ir más allá de la simple narración de los hechos para introducirnos en un nivel más profundo. El rostro de Saulo-Pablo -el del propio artista ya envejecido, inquieto y en busca de la luz de la verdad- re-

presenta el ser humano necesitado de una luz superior. Es la luz de la gracia divina, indispensable para adquirir una nueva mirada, con la cual percibir la realidad orientada a la “esperanza que os está reservada en los cielos”, como escribe el Apóstol en el saludo inicial de la *carta a los Colosenses*, que acabamos de escuchar (*Col 1,5*).

El rostro de Saulo caído en tierra está iluminado desde lo alto por la luz del Resucitado y, a pesar de su dramatismo, la representación inspira paz e infunde seguridad. Expresa la madurez del hombre interiormente iluminado por Cristo Señor, mientras a su alrededor gira un torbellino de acontecimientos en el que todas las figuras se reencuentran como en un remolino. La gracia y la paz de Dios han envuelto a Saulo, lo han conquistado y transformado interiormente. Esa misma “gracia” y esa misma “paz” son las que él anunciará a todas sus comunidades en sus viajes apostólicos, con una madurez de anciano, no biológica, sino espiritual, que le dio el Señor mismo. Por eso, aquí, en el rostro de Pablo, ya podemos percibir el corazón del mensaje espiritual de esta capilla: el prodigio de la gracia de Cristo, que transforma y renueva al hombre mediante la luz de su verdad y de su amor. En esto consiste la novedad de la conversión, de la llamada a la fe, que tiene su cumplimiento en el misterio de la cruz.

Del rostro de Pablo pasamos así al de Pedro, representado en el momen-

to en el que su cruz, invertida, es alzada y él vuelve su mirada hacia quien lo observa. También este rostro nos sorprende. La edad que representa es la exacta, pero lo que nos maravilla e interroga es su expresión. ¿Por qué esta expresión? No es una imagen de dolor, y la figura de Pedro transmite un sorprendente vigor físico. El rostro, en especial la frente y los ojos, parecen expresar el estado de ánimo del hombre frente a la muerte y el mal: existe como un desconcierto, una mirada penetrante, tendida, como si buscara algo o a alguien en la hora final. Asimismo, en los rostros de las personas que están a su alrededor destacan los ojos: reflejan miradas inquietas, algunas incluso atemorizadas o perdidas. ¿Qué significa todo esto? Es lo que Jesús había predicho a este Apóstol suyo: “Cuando seas viejo, otro te llevará a donde tú no quieras”; y el Señor había añadido: “Sígueme” (Jn 21, 18-19). Precisamente ahora se realiza el culmen del seguimiento: el discípulo no es más que el Maestro, y ahora experimenta toda la amargura de la cruz, de las consecuencias del pecado que separa de Dios, toda la absurdidad de la violencia y de la mentira. Si a esta capilla se viene a meditar, no se puede huir del radicalismo del interrogante planteado por la cruz: la cruz de Cristo, Cabeza de la Iglesia, y la cruz de Pedro, su Vicario en la tierra.

Los dos rostros en los que se ha detenido nuestra mirada están uno frente al otro. Se podría pensar incluso que Pedro tiene su rostro vuelto hacia el de

Pablo, el cual, a su vez, no ve, pero lleva en sí la luz de Cristo resucitado. Es como si Pedro, en la hora de la prueba suprema, buscara la luz que había dado la verdadera fe a Pablo. Y en este sentido, las dos imágenes pueden convertirse en dos actos de un único drama: el drama del misterio pascual: cruz y resurrección, muerte y vida, pecado y gracia.

Tal vez los acontecimientos están representados en un orden cronológico inverso, pero emerge el plan de la salvación, el plan que Cristo realizó en sí mismo llevándolo a plenitud, como acabamos de cantar en el himno de la *carta a los Filipenses*. Para quienes vienen a rezar en esta capilla, y en primer lugar para el Papa, san Pedro y san Pablo se convierten en maestros de fe. Con su testimonio, invitan a entrar en profundidad, a meditar en silencio el misterio de la cruz, que acompaña a la Iglesia hasta el fin de los tiempos, y a acoger la luz de la fe, gracias a la cual la comunidad apostólica puede extender hasta los confines de la tierra la acción misionera y evangelizadora que le encomendó Cristo resucitado. Aquí no se realizan celebraciones solemnes con el pueblo. Aquí el Sucesor de Pedro y sus colaboradores meditan en silencio y adoran al Cristo vivo, presente especialmente en el santísimo sacramento de la Eucaristía.

La Eucaristía es el sacramento en el que se concentra toda la obra de la Redención: en Jesús Eucaristía pode-

mos contemplar la transformación de la muerte en vida, de la violencia en amor. Con los ojos de la fe reconocemos oculta bajo el velo del pan y del vino la misma gloria que se manifestó a los Apóstoles tras la Resurrección, y que Pedro, Santiago y Juan contemplaron anticipadamente en el monte, cuando Jesús se transfiguró ante ellos: acontecimiento misterioso, la Transfiguración, que el gran cuadro de Simone Cantarini representa también en esta capilla con fuerza singular. Sin embargo, en realidad, toda la capilla -los frescos de Lorenzo Sabatini y Federico Zuccari, las decoraciones de los numerosos artistas convocados aquí en un segundo momento por el Papa, Gregorio XIII,-, todo, podríamos decir, converge aquí en un mismo y único himno a la victoria de la vida y de la gracia sobre la muerte y sobre el pecado, en una sinfonía de alabanza y de amor a Cristo redentor que resulta muy sugestiva.

Queridos amigos, al final de esta breve meditación, quiero dar las gracias a cuantos han colaborado para que podamos disfrutar nuevamente de este lugar sagrado completamente restaurado: al profesor Antonio Paolucci y a su predecesor el doctor Francesco Buranelli, que, como directores de los Museos Vaticanos, se han interesado siempre por esta importantísima restauración; a los técnicos especializados que, bajo la dirección artística del profesor Arnold Nesselrath, han trabajado en los frescos y las decoraciones de la capilla y, en particular, al maestro inspector Mau-

rizio De Luca y a su ayudante Maria Pustka, que han dirigido los trabajos y han intervenido en los dos murales de Miguel Ángel, con el asesoramiento de una comisión internacional formada por estudiosos de renombre.

Mi agradecimiento se dirige también al cardenal Giovanni Lajolo y a sus colaboradores de la Gobernación, que han prestado especial atención a la obra. Y, naturalmente, expreso un caluroso y debido agradecimiento a los beneméritos mecenas católicos, estadounidenses y de otras partes, es decir, a los *Patrons of the Arts*, comprometidos generosamente en la salvaguarda y valorización del patrimonio cultural en el Vaticano, quienes han hecho posible el resultado que hoy admiramos. A todos y a cada uno manifiesto mi agradecimiento más cordial.

Dentro de poco cantaremos el *Magnificat*. Que María santísima, maestra de oración y de adoración, junto con san Pedro y san Pablo, obtenga abundantes gracias para los que vengan con fe a esta capilla. Y nosotros, esta tarde, dando gracias a Dios por sus maravillas, y especialmente por la muerte y la resurrección de su Hijo, elevamos a él nuestra alabanza también por esta obra que hoy llega a su conclusión. “A Aquél que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar, conforme al poder que actúa en nosotros, a él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones y todos los tiempos. Amén” (*Ef 3, 20-21*).

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la celebración de Vísperas
en la Catedral de Aosta***

Viernes, 24 de julio de 2009

Excelencia, queridos hermanos y hermanas:

Ante todo deseo decirle “gracias” a usted, excelencia, por sus buenas palabras, con las que me ha introducido en la gran historia de esta iglesia catedral y así me ha permitido sentir que oramos aquí, no sólo en este momento, sino que podemos orar con los siglos en esta bella iglesia.

Y gracias a todos vosotros, que habéis venido a rezar conmigo y a hacer visible así esta red de oración que nos une a todos y siempre.

En esta breve homilía deseo decir algunas palabras sobre la oración con la que se concluyen estas Vísperas, porque me parece que en esta oración se interpreta y se transforma en plegaria el pasaje leído de la carta a los Romanos.

La oración se compone de dos partes: un mensaje -un encabezamiento, por así decirlo- y después la plegaria formada por dos súplicas.

Comenzamos con el mensaje, que también tiene dos partes: aquí hay que concretar un poco el “tú” a quien hablamos para poder llamar con mayor fuerza al corazón de Dios.

En el texto italiano leemos sencillamente: “Padre misericordioso”. El texto original en latín es algo más amplio; dice: “Dios omnipotente, misericordioso”. En mi reciente encíclica he intentado mostrar la prioridad de Dios tanto en la vida personal como en la vida de la historia, de la sociedad, del mundo.

Ciertamente la relación con Dios es algo profundamente personal, y la persona es un ser en relación, y si la relación fundamental -la relación con Dios- no está viva, si no se vive, tampoco las demás relaciones pueden encontrar su justa forma. Pero esto vale también para la sociedad, para la humanidad como tal. También aquí, si falta Dios, si se prescinde de Dios, si Dios está ausente, falta la brújula para mostrar el conjunto de todas las relaciones a fin de hallar el camino, la orientación que conviene seguir.

¡Dios! Debemos llevar de nuevo a este mundo nuestro la realidad de Dios, darlo a conocer y hacerlo presente. Pero, ¿cómo conocer a Dios? En las visitas “ad limina” hablo siempre con los obispos, sobre todo africanos, pero también los de Asia y América Latina, donde existen todavía religiones tradicionales, precisamente de estas religiones. Hay muchos detalles, naturalmente bastante distintos, pero existen también elementos comunes. Todos saben que existe Dios, un solo Dios, que Dios es una palabra en singular, que los dioses no son Dios, que hay Dios,

un solo Dios. Sin embargo, al mismo tiempo, este Dios parece ausente, muy lejano; no parece entrar en nuestra vida cotidiana, se esconde, no conocemos su rostro. Y así la religión en gran parte se ocupa de las cosas, de los poderes más próximos, los espíritus, los antepasados, etcétera, dado que Dios mismo está demasiado lejos y entonces se debe tratar con estos poderes cercanos. Y el acto de la evangelización consiste precisamente en el hecho de que el Dios lejano se acerca, que Dios ya no está lejos, sino que está cerca; que este “conocido-desconocido” ahora se da a conocer realmente, muestra su rostro, se revela: cae el velo de su rostro y lo muestra de verdad. Por ello, dado que Dios mismo ahora está cerca, lo conocemos, nos muestra su rostro, entra en nuestro mundo. Ya no hay necesidad de arreglárselas con estos otros poderes, porque él es el poder verdadero, el Omnipotente.

Desconozco por qué se ha omitido en el texto italiano la palabra “omnipotente”, pero es cierto que casi nos sentimos un poco amenazados por la omnipotencia: parece limitar nuestra libertad, parece un peso demasiado fuerte. Pero debemos aprender que la omnipotencia de Dios no es un poder arbitrario, porque Dios es el Bien, es la Verdad, y por ello Dios lo puede todo; sin embargo, no puede actuar contra el bien, no puede actuar contra la verdad, no puede actuar contra el amor ni contra la libertad, porque él mismo es el bien, es el amor, es la verdadera

libertad. Por ello, todo cuanto hace jamás puede estar en contradicción con la verdad, el amor y la libertad. Es cierto lo contrario. Él, Dios, es el custodio de nuestra libertad, del amor, de la verdad. Este ojo que nos mira no es un ojo malvado que nos vigila, sino que es la presencia de un amor que jamás nos abandona y que nos da la certeza de que el bien es ser, el bien es vivir: es la mirada del amor que nos da el aire para vivir.

Dios omnipotente y misericordioso. Una oración romana, vinculada al texto del libro de la Sabiduría, dice: “Tú, Dios, muestras tu omnipotencia en el perdón y en la misericordia”. La cumbre del poder de Dios es la misericordia, es el perdón. Hoy, en nuestro concepto mundial de poder pensamos en alguien con grandes propiedades, que tiene algo que decir en economía, que dispone de capitales para influir en el mundo del mercado. Pensamos en quien dispone de poder militar, en quien puede amenazar. La pregunta de Stalin: “¿Cuántos ejércitos tiene el Papa?” todavía caracteriza la idea común del poder. Tiene poder quien puede ser peligroso, quien puede amenazar, quien puede destruir, quien tiene en su mano muchas cosas del mundo. Pero la Revelación nos dice: “No es así”; el verdadero poder es el poder de gracia y de misericordia. En la misericordia Dios demuestra el verdadero poder.

Así, la segunda parte de este encabezamiento dice: “Has redimido al mun-

do con la pasión, con el sufrimiento de tu Hijo”. Dios ha sufrido y en su Hijo sufre con nosotros. Ésta es la cumbre suprema de su poder, que es capaz de sufrir con nosotros. Así demuestra el verdadero poder divino: quería sufrir con nosotros y por nosotros. En nuestros sufrimientos jamás hemos estado solos. Dios, en su Hijo, ha sufrido antes y está cerca de nosotros en nuestros padecimientos.

Con todo, persiste la difícil cuestión que ahora no puedo interpretar ampliamente: ¿por qué era necesario sufrir para salvar al mundo? Era necesario porque en el mundo existe un océano de mal, de injusticia, de odio, de violencia, y las numerosas víctimas del odio y de la injusticia tienen derecho a que se haga justicia. Dios no puede ignorar este grito de los que sufren, oprimidos por la injusticia. Perdonar no es ignorar, sino transformar; es decir, Dios debe entrar en este mundo y oponer al océano de la injusticia el océano más vasto del bien y del amor. Y éste es el acontecimiento de la cruz: desde ese momento, contra el océano del mal existe un río infinito y por eso siempre más grande que todas las injusticias del mundo, un río de bondad, de verdad, de amor. Así Dios perdona transformando el mundo y entrando en nuestro mundo a fin de que haya realmente una fuerza, un río de bien más grande que todo el mal que pueda existir.

Así, nuestra súplica a Dios se convierte en un mensaje para nosotros; o

sea, este Dios nos invita a ponernos de su parte, a salir del océano del mal, del odio, de la violencia, del egoísmo, y a identificarnos, a entrar en el río de su amor.

Precisamente éste es el contenido de la primera parte de la plegaria que sigue: “Haz que tu Iglesia se ofrezca a ti como sacrificio vivo y santo”. Esta súplica, dirigida a Dios, también se dirige a nosotros mismos. Es una alusión a dos textos de la *carta a los Romanos*. Nosotros mismos, con todo nuestro ser, debemos ser adoración, sacrificio, restituir nuestro mundo a Dios y transformar así el mundo. La función del sacerdocio es consagrar el mundo para que se transforme en hostia viva, para que el mundo se convierta en liturgia: que la liturgia no sea algo paralelo a la realidad del mundo, sino que el mundo mismo se transforme en hostia viva, que se convierta en liturgia. Es la gran visión que después tuvo también Teilhard de Chardin: al final tendremos una auténtica liturgia cósmica, en la que el cosmos se convierta en hostia viva.

Roguemos al Señor que nos ayude a ser sacerdotes en este sentido, para contribuir a la transformación del mundo, a la adoración de Dios, empezando por nosotros mismos. Que nuestra vida hable de Dios; que nuestra vida sea realmente liturgia, anuncio de Dios, puerta por la que el Dios lejano se convierta en Dios cercano, y realmente don de nosotros mismos a Dios.

Después, la segunda plegaria. Suplicamos: “Haz que tu pueblo experimente siempre la plenitud de tu amor”. En el texto en latín se dice: “Sácianos con tu amor”. Así el texto alude al Salmo que hemos cantado, donde se dice: “Abres tu mano y sacias el hambre de todos los vivientes”. ¡Cuánta hambre hay en la tierra, hambre de pan en muchas partes del mun-

do! Su excelencia ha hablado también de los sufrimientos de las familias aquí: hambre de justicia, hambre de amor. Y con esta plegaria, rogamos a Dios: “Abre tu mano y sacia realmente el hambre de todos los vivientes. Sacia nuestra hambre de la verdad, de tu amor”.

Así sea. Amén.

VIAJES APOSTOLICOS - VISITA PASTORAL A SAN GIOVANNI ROTONDO (21 DE JUNIO DE 2009)

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Concelebración Eucarística

Atrio de la iglesia de San Pío de Pietrelcina. Domingo, 21 de junio de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

En el corazón de mi peregrinación a este lugar, donde todo habla de la vida y de la santidad del padre Pío de Pietrelcina, tengo la alegría de celebrar para vosotros y con vosotros la Eucaristía, misterio que constituyó el centro de toda su existencia: el origen de su vocación, la fuerza de su testimonio, la consagración de su sacrificio. Con gran afecto os saludo a todos vosotros, aquí congregados en gran número, y a cuantos se han unido a nosotros mediante la radio y la televisión.

Saludo, en primer lugar, al arzobispo Domenico Umberto D’Ambrosio, que, después de años de servicio fiel a esta comunidad diocesana, se dispone a asumir el cuidado pastoral de la archidiócesis de Lecce. También le agradezco cordialmente que se haya hecho intérprete de vuestros sentimientos. Saludo a los demás obispos concelebrantes. Dirijo un saludo especial a los frailes capuchinos, en particular al ministro general, fray Mauro Jöhri, al definitorio general, al ministro provincial, al padre guardián del convento, al rector del santuario y a la Fraternidad capuchina de San Giovanni Rotondo.

Asimismo, saludo y doy las gracias a cuantos dan su contribución al servicio del santuario y de las obras vinculadas a él; saludo a las autoridades civiles y militares; saludo a los sacerdotes, a los

diáconos, a los demás religiosos y religiosas, y a todos los fieles. Dirijo un saludo afectuoso a cuantos están en la Casa Alivio del Sufrimiento, a las personas solas y a todos los habitantes de vuestra ciudad.

Acabamos de escuchar el pasaje evangélico de la tempestad calmada, que ha ido acompañado por un breve pero incisivo texto del *libro de Job*, en el que Dios se revela como el Señor del mar. Jesús increpa al viento y ordena al mar que se calme, lo interpela como si se identificara con el poder diabólico. En la Biblia, según lo que nos dicen la primera lectura y el Salmo 107, el mar se considera como un elemento amenazador, caótico, potencialmente destructivo, que sólo Dios, el Creador, puede dominar, gobernar y silenciar.

Sin embargo, hay otra fuerza, una fuerza positiva, que mueve al mundo, capaz de transformar y renovar a las criaturas: la fuerza del “amor de Cristo” (2 Co 5, 14), como la llama san Pablo en la *segunda carta a los Corintios*; por tanto, esencialmente no es una fuerza cósmica, sino divina, trascendente. Actúa también sobre el cosmos, pero, en sí mismo, el amor de Cristo es “otro” tipo de poder, y el Señor manifestó esta alteridad trascendente en su Pascua, en la “santidad” del “camino” que eligió para liberarnos del dominio del mal, como había sucedido con el éxodo de Egipto, cuando hizo salir a los judíos atravesando las aguas del mar Rojo. “Dios mío -exclama el salmista-

tus caminos son santos (...). Te abriste camino por las aguas, un vado por las aguas caudalosas” (*Sal 77*, 14.20). En el misterio pascual, Jesús pasó a través del abismo de la muerte, porque Dios quiso renovar así el universo: mediante la muerte y resurrección de su Hijo, “muerto por todos”, para que todos puedan vivir “por aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Co 5, 15), y para que no vivan sólo para sí mismos.

El gesto solemne de calmar el mar tempestuoso es claramente un signo del señorío de Cristo sobre las potencias negativas e induce a pensar en su divinidad: “¿Quién es éste -se preguntan asombrados y atemorizados los discípulos-, que hasta el viento y las aguas le obedecen?” (*Mc 4*, 41). Su fe aún no es firme; se está formando; es una mezcla de miedo y confianza; por el contrario, el abandono confiado de Jesús al Padre es total y puro. Por eso, por este poder del amor, puede dormir durante la tempestad, totalmente seguro en los brazos de Dios. Pero llegará el momento en el que también Jesús experimentará miedo y angustia: cuando llegue su hora, sentirá sobre sí todo el peso de los pecados de la humanidad, como una gran ola que está punto de abatirse sobre él. Ésa sí que será una tempestad terrible, no cósmica, sino espiritual. Será el último asalto, el asalto extremo del mal contra el Hijo de Dios.

Sin embargo, en esa hora Jesús no dudó del poder de Dios Padre y de su cercanía, aunque tuvo que experimen-

tar plenamente la distancia que existe entre el odio y el amor, entre la mentira y la verdad, entre el pecado y la gracia. Experimentó en sí mismo de modo desgarrador este drama, especialmente en Getsemaní, antes de ser arrestado y, después, durante toda la Pasión, hasta su muerte en la cruz. En esa hora Jesús, por una parte, estaba totalmente unido al Padre, plenamente abandonado *en* él; y, por otra, al ser solidario con los pecadores, estaba como separado y se sintió como abandonado *por* él.

Algunos santos han vivido personalmente de modo intenso esta experiencia de Jesús. El padre Pío de Pietrelcina es uno de ellos. Un hombre sencillo, de orígenes humildes, “conquistado por Cristo” (*Flp* 3, 12) -como escribe de sí el apóstol san Pablo- para convertirlo en un instrumento elegido del poder perenne de su cruz: poder de amor a las almas, de perdón y reconciliación, de paternidad espiritual y de solidaridad activa con los que sufren. Los estigmas que marcaron su cuerpo lo unieron íntimamente al Crucificado resucitado. Auténtico seguidor de san Francisco de Asís, hizo suya, como el *Poverello*, la experiencia del apóstol san Pablo, tal como la describe en sus cartas: “Estoy crucificado con Cristo: y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (*Ga* 2, 19-20); o también: “La muerte está actuando en nosotros, y la vida en vosotros” (*2 Co* 4, 12).

Esto no significa alienación, pérdida de la personalidad: Dios no anula

nunca lo humano, sino que lo transforma con su Espíritu y lo orienta al servicio de su designio de salvación. El padre Pío conservó sus dones naturales, y también su temperamento, pero ofreció todo a Dios, que pudo servirse libremente de él para prolongar la obra de Cristo: anunciar el Evangelio, perdonar los pecados y curar a los enfermos en el cuerpo y en el alma.

Como sucedió con Jesús, el padre Pío tuvo que librar la verdadera lucha, el combate radical, no contra enemigos terrenos, sino contra el espíritu del mal (cf. *Ef* 6, 12). Las “tempestades” más fuertes que lo amenazaban eran los asaltos del diablo, de los cuales se defendió con “la armadura de Dios”, con “el escudo de la fe” y “la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios” (*Ef* 6, 11. 16. 17). Permaneciendo unido a Jesús, siempre tuvo ante sí la profundidad del drama humano; por eso se entregó a sí mismo y ofreció sus numerosos sufrimientos, y se gastó por el cuidado y el alivio de los enfermos, signo privilegiado de la misericordia de Dios, de su reino que viene, más aún, que ya está en el mundo, de la victoria del amor y de la vida sobre el pecado y la muerte. Guiar a las almas y aliviar el sufrimiento: así se puede resumir la misión de san Pío de Pietrelcina, como dijo de él también el siervo de Dios, Papa Pablo VI: “Era un hombre de oración y de sufrimiento” (*Discurso a los padres capitulares capuchinos*, 20 de febrero de 1971).

Queridos amigos, frailes menores capuchinos, miembros de los grupos de oración y fieles todos de San Giovanni Rotondo, vosotros sois los herederos del padre Pío, y la herencia que os ha dejado es la santidad. En una de sus cartas escribió: “Parece que Jesús no tiene otra curación para mis manos sino la de santificar vuestra alma” (*Epist.* II, p.155). Su primera preocupación, su anhelo sacerdotal y paterno, fue siempre que las personas volvieran a Dios, que experimentaran su misericordia y, renovadas interiormente, redescubrieran la belleza y la alegría de ser cristianas, de vivir en comunión con Jesús, de pertenecer a su Iglesia y practicar el Evangelio. El padre Pío atraía hacia el camino de la santidad con su testimonio, indicando con su ejemplo el “binario” que lleva a ella: la oración y la caridad.

Ante todo, la *oración*. Como todos los grandes hombres de Dios, el padre Pío se convirtió él mismo en oración, en cuerpo y alma. Sus jornadas eran un rosario vivido, es decir, una continua meditación y asimilación de los misterios de Cristo en unión espiritual con la Virgen María. Así se explica la singular presencia en él de dones sobrenaturales y de sentido práctico humano. Y todo tenía su culmen en la celebración de la santa misa: en ella se unía plenamente al Señor muerto y resucitado.

De la oración, como de una fuente siempre viva, brotaba la *caridad*. El amor que llevaba en su corazón y

transmitía a los demás rebosaba ternura, siempre atento a las situaciones reales de las personas y de las familias. Sentía la predilección del Corazón de Jesús especialmente por los enfermos y los que sufrían, y precisamente de esa predilección surgió y tomó forma el proyecto de una gran obra dedicada al “alivio del sufrimiento”. No se puede entender ni interpretar adecuadamente esa institución si se la separa de su fuente inspiradora, que es la caridad evangélica, animada a su vez por la oración.

Queridos hermanos, hoy el padre Pío vuelve a proponer todo esto a nuestra atención. Los peligros del activismo y la secularización están siempre presentes; por eso, mi visita también tiene la finalidad de confirmaros en la fidelidad a la misión heredada de vuestro amadísimo padre. Muchos de vosotros, religiosos, religiosas y laicos, estáis tan absorbidos por las miles de tareas que conlleva el servicio a los peregrinos o a los enfermos del hospital, que corréis el riesgo de descuidar lo único verdaderamente necesario: escuchar a Cristo para cumplir la voluntad de Dios. Cuando os deis cuenta de que corréis este riesgo, mirad al padre Pío: su ejemplo, sus sufrimientos; e invocad su intercesión, para que os obtenga del Señor la luz y la fuerza que necesitáis para proseguir su misma misión impregnada de amor a Dios y de caridad fraterna. Y que desde el cielo siga ejerciendo la exquisita paternidad espiritual que lo caracterizó durante su existencia terrena; que siga acompañan-

do a sus hermanos, a sus hijos espirituales y toda la obra que inició.

Que, juntamente con san Francisco y la Virgen, a la que tanto amó e hizo amar en este mundo, vele sobre todos vosotros y os proteja siempre. Y entonces, incluso en medio de las tempestades que puedan levantarse repentinamente, podréis experimentar el soplo del Espíritu Santo, que es más fuerte que cualquier viento contrario e impulsa la barca de la Iglesia y a cada uno de nosotros. Por eso debemos vivir siempre con serenidad y cultivar en el corazón la alegría, dando gracias al Señor. “Es eterna su misericordia” (*Salmo responsorial*). Amén.

ÁNGELUS

Atrio de la iglesia de San Pío de Pietrelcina. Domingo, 21 de junio de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Al final de esta solemne celebración, os invito a rezar conmigo, como todos los domingos, la oración mariana del *Ángelus*. Pero aquí, en el santuario de San Pío de Pietrelcina, nos parece oír su misma voz, que nos exhorta a dirigirnos con corazón de hijos a la santísima Virgen: “Amad a la Virgen y haced que la amen”. Es lo que repetía a todos, pero más que las palabras valía el testimonio ejemplar de su profunda devoción a la Madre celestial.

Bautizado en la iglesia de Santa María de los Ángeles de Pietrelcina con el nombre de Francisco, como el *Poverello* de Asís, cultivó siempre un amor muy tierno a la Virgen. La Providencia lo trajo después aquí, a San Giovanni Rotondo, al santuario de Santa María de las Gracias, donde permaneció hasta su muerte y donde descansan sus restos mortales. Por tanto, toda su vida y su apostolado se desarrollaron bajo la mirada maternal de la Virgen y con la fuerza de su intercesión. También consideraba la Casa Alivio del Sufrimiento como obra de María, “Salud de los enfermos”. Por eso, queridos amigos, siguiendo el ejemplo del padre Pío, también yo quiero encomendaros hoy a todos a la protección maternal de la Madre de Dios. De modo particular la invoco para la comunidad de los frailes capuchinos, para los enfermos del hospital y para quienes los atienden con amor, así como para los Grupos de oración que llevan a la práctica en Italia y en el mundo la consigna espiritual del santo fundador.

A la intercesión de la Virgen y de san Pío de Pietrelcina quiero encomendar de modo especial el Año sacerdotal, que inauguré el viernes pasado, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. Que sea una ocasión privilegiada para poner de relieve el valor de la misión y de la santidad de los sacerdotes al servicio de la Iglesia y de la humanidad del tercer milenio.

Pidamos hoy también por la situación difícil y a veces dramática de los

refugiados. Precisamente ayer se celebró la Jornada mundial del refugiado, promovida por las Naciones Unidas. Son muchas las personas que buscan refugio en otros países, huyendo de situaciones de guerra, persecución y calamidad, y acogerlos es un deber, aunque implique no pocas dificultades. Quiera Dios que, con el compromiso de todos, se logre superar lo más posible las causas de un fenómeno tan triste.

Con gran afecto saludo a todos los peregrinos reunidos aquí. Expreso mi gratitud a las autoridades civiles y a cuantos han colaborado en la preparación de mi visita. Gracias de corazón. Os repito a todos: caminad por la senda que el padre Pío os indicó, la senda de la santidad según el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. En esta senda os precederá siempre la Virgen María, y con mano materna os guiará a la patria celestial.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante el encuentro con los
enfermos, el personal médico y los
directivos del Hospital***

*Ingreso de la Casa Alivio del Sufri-
miento. Domingo, 21 de junio de 2009*

*Queridos hermanos y hermanas; que-
ridos enfermos:*

En mi visita a San Giovanni Rotondo no podía menos de venir a la Casa

Alivio del Sufrimiento, ideada y querida por san Pío de Pietrelcina como “lugar de oración y de ciencia donde el género humano se encuentre en Cristo crucificado como una sola grey con un solo pastor”. Precisamente por eso quiso encomendarla al apoyo material y sobre todo espiritual de los Grupos de oración, que aquí tienen el centro de su misión al servicio de la Iglesia.

El padre Pío quería que en este hospital bien equipado se pudiera comprobar que el esfuerzo de la ciencia por curar al enfermo nunca debe ir separado de una confianza filial en Dios, infinitamente compasivo y misericordioso. Al inaugurarla, el 5 de mayo de 1956, la definió “criatura de la Providencia” y hablaba de esta institución como de “una semilla sembrada por Dios en la tierra, que él calentará con los rayos de su amor”.

Así pues, he venido a vosotros para dar gracias a Dios por el bien que, desde hace más de cincuenta años, fieles a las directrices de un humilde fraile capuchino, hacéis en esta “Casa Alivio del Sufrimiento”, con resultados reconocidos en el ámbito científico y médico. Lamentablemente, no me es posible, como desearía, visitar cada pabellón y saludar uno por uno a los enfermos y a las personas que los cuidan. Sin embargo, quiero dirigir a cada uno -enfermos, médicos, familiares, agentes sanitarios y agentes de pastoral- una palabra de consuelo paternal y de aliento a proseguir juntos esta obra

evangélica para alivio de las personas que sufren, valorando todos los recursos para el bien humano y espiritual de los enfermos y de sus familiares.

Con estos sentimientos, os saludo cordialmente a todos, comenzando por vosotros, hermanos y hermanas probados por la enfermedad. Saludo a los médicos, a los enfermeros y al personal sanitario y administrativo. Os saludo a vosotros, venerados padres capuchinos que, como capellanes, proseguís el apostolado de vuestro santo hermano. Saludo a los prelados y, en primer lugar, al arzobispo Domenico Umberto D'Ambrosio, que ha sido pastor de esta diócesis y ahora ha sido llamado a guiar la comunidad archidiocesana de Lecce; le agradezco las palabras que me ha dirigido en vuestro nombre. Saludo asimismo al director general del hospital, doctor Domenico Crupi, y al representante de los enfermos, y les agradezco las amables y cordiales palabras que me acaban de dirigir, permitiéndome conocer mejor lo que aquí se realiza y el espíritu con que lo realizáis.

Cada vez que se entra en un hospital, el pensamiento va naturalmente al misterio de la enfermedad y del dolor, a la esperanza de curación y al valor inestimable de la salud, de la que a menudo sólo nos damos cuenta cuando falta. En los hospitales se constata el gran valor de nuestra existencia, pero también su fragilidad. Siguiendo el ejemplo de Jesús, que recorría toda la Galilea “curando toda enfermedad y

toda dolencia en el pueblo” (*Mt* 4, 23), la Iglesia, desde sus inicios, impulsada por el Espíritu Santo, ha considerado como un deber y un privilegio el estar al lado de quienes sufren, prestando atención preferencial a los enfermos.

La enfermedad, que se manifiesta de muchas formas y ataca de diversas maneras, suscita preguntas inquietantes: ¿Por qué sufrimos? ¿Se puede considerar positiva la experiencia del dolor? ¿Quién nos puede librar del sufrimiento y de la muerte? Interrogantes existenciales, que en la mayoría de los casos quedan humanamente sin respuesta, dado que sufrir constituye un enigma inescrutable para la razón.

El sufrimiento forma parte del misterio mismo de la persona humana. Lo puse de relieve en la encíclica *Spe salvi*, afirmando que “se deriva, por una parte, de nuestra finitud y, por otra, de la gran cantidad de culpas acumuladas a lo largo de la historia, y que crece de modo incesante también en el presente”. Y añadí: “Ciertamente, conviene hacer todo lo posible para disminuir el sufrimiento (...), pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque (...) ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal (...), fuente continua de sufrimiento” (n. 36).

El único que puede eliminar el poder del mal es Dios. Precisamente por el hecho de que Jesucristo vino al mundo para revelarnos el designio divino

de nuestra salvación, la fe nos ayuda a penetrar el sentido de todo lo humano y, por consiguiente, también del sufrir. Así pues, existe una íntima relación entre la cruz de Jesús -símbolo del dolor supremo y precio de nuestra verdadera libertad- y nuestro dolor, que se transforma y se sublima cuando se vive con la conciencia de la cercanía y de la solidaridad de Dios.

El padre Pío había intuido esa profunda verdad y, en el primer aniversario de la inauguración de esta Obra, dijo que en ella “el que sufre debe vivir el amor de Dios por medio de la sabia aceptación de sus dolores, meditando serenamente que está destinado a él” (*Discurso* del 5 de mayo de 1957). También afirmó que en la Casa Alivio del Sufrimiento “enfermos, médicos y sacerdotes serán reservas de amor, que cuanto más abundante sea en uno, tanto más se comunicará a los demás” (*ib.*).

Ser “reservas de amor”: ésta es, queridos hermanos y hermanas, la misión que esta tarde nuestro santo os recuerda a vosotros, que con diferentes funciones formáis la gran familia de esta Casa Alivio del Sufrimiento. Que el Señor os ayude a realizar el proyecto puesto en marcha por el padre Pío con la aportación de todos: médicos e investigadores científicos, agentes sanitarios y colaboradores de las diversas oficinas, voluntarios y bienhechores, frailes capuchinos y demás sacerdotes. Sin olvidar los Grupos de oración que,

“vinculados a la Casa Alivio, son las vanguardias de esta ciudadela de la caridad, viveros de fe, hogueras de amor” (*Discurso* del padre Pío, 5 de mayo de 1966).

Sobre todos y cada uno invoco la intercesión del padre Pío y la protección maternal de María, Salud de los enfermos. Gracias, una vez más, por vuestra acogida; y, a la vez que aseguro mi oración por cada uno de vosotros, de corazón os bendigo a todos.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante el encuentro con los
sacerdotes, los religiosos, las
religiosas y los jóvenes***

Iglesia de San Pío de Pietrelcina. Domingo, 21 de junio de 2009

Queridos sacerdotes; queridos religiosos y religiosas; queridos jóvenes:

Con este encuentro se concluye mi peregrinación a San Giovanni Rotondo. Agradezco al arzobispo de Lecce, administrador apostólico de esta diócesis, monseñor Domenico Umberto D’Ambrosio, y al padre Mauro Jöhri, ministro general de los Frailes Menores Capuchinos, las palabras de cordial bienvenida que me han dirigido en vuestro nombre. Mi saludo se dirige ahora a vosotros, queridos sacerdotes, que estáis comprometidos cada día al servicio del pueblo de Dios como guías

sabios y obreros asiduos en la viña del Señor. También saludo con afecto a las queridas personas consagradas, llamadas a dar un testimonio de entrega total a Cristo mediante la práctica fiel de los consejos evangélicos.

Os saludo en particular a vosotros, queridos frailes capuchinos, que cuidáis con amor este oasis de espiritualidad y de solidaridad evangélica, acogiendo peregrinos y devotos atraídos por el recuerdo vivo de vuestro santo hermano el padre Pío de Pietrelcina. Gracias de corazón por este valioso servicio que prestáis a la Iglesia y a las almas que aquí redescubren la belleza de la fe y el calor de la ternura divina.

Os saludo a vosotros, queridos jóvenes, a los que el Papa mira con confianza como el futuro de la Iglesia y de la sociedad. Aquí, en San Giovanni Rotondo, todo habla de la santidad de un humilde fraile y celoso sacerdote que esta tarde nos invita también a nosotros a abrir el corazón a la misericordia de Dios, nos exhorta a ser santos, es decir, sinceros y verdaderos amigos de Jesús. Y gracias por las palabras de vuestros jóvenes representantes.

Queridos sacerdotes, precisamente anteayer, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús y Jornada de santidad sacerdotal, iniciamos el Año sacerdotal, durante el cual recordaremos con veneración y afecto el 150° aniversario de la muerte de san Juan María Vianney, el santo cura de Ars. En la carta que

escribí para esta ocasión quise subrayar cuán importante es la santidad de los sacerdotes para la vida y la misión de la Iglesia.

Al igual que el cura de Ars, también el padre Pío nos recuerda la dignidad y la responsabilidad del ministerio sacerdotal. ¿Quién no quedaba impresionado por el fervor con que revivía la Pasión de Cristo en cada celebración eucarística? De su amor a la Eucaristía brotaba en él, como en el cura de Ars, una disponibilidad total a acoger a los fieles, sobre todo a los pecadores. Además, si san Juan María Vianney, en una época atormentada y difícil, trató de hacer, de todas las maneras posibles, que sus parroquianos descubrieran de nuevo el significado y la belleza de la penitencia sacramental, para el santo fraile del Gargano la solicitud por las almas y la conversión de los pecadores fueron un anhelo que lo consumió hasta la muerte.

¡Cuántas personas cambiaron de vida gracias a su paciente ministerio sacerdotal! ¡Cuántas largas horas pasaba en el confesonario! Al igual que para el cura de Ars, precisamente el ministerio de confesor constituyó el mayor título de gloria y el rasgo distintivo de este santo capuchino. Por eso, ¿cómo no darnos cuenta de la importancia de participar devotamente en la celebración eucarística y acudir con frecuencia al sacramento de la Confesión? En particular, el sacramento de la Penitencia se ha de valorar aún más, y los sacerdotes nunca

deberían resignarse a ver sus confesonarios desiertos ni limitarse a constatar el desinterés de los fieles ante esta extraordinaria fuente de serenidad y de paz.

Hay otra gran lección que podemos sacar de la vida del padre Pío: el valor y la necesidad de la oración. A quien le preguntaba qué pensaba de sí mismo solía responder: “No soy más que un pobre fraile que ora”. Y, efectivamente, oraba siempre y por doquier con humildad, confianza y perseverancia. Éste es un punto fundamental, no sólo para la espiritualidad del sacerdote, sino también para la de todo cristiano, y mucho más para la vuestra, queridos religiosos y religiosas, escogidos para seguir más de cerca a Cristo mediante la práctica de los votos de pobreza, castidad y obediencia.

A veces nos puede asaltar cierto desaliento ante el debilitamiento e incluso ante el abandono de la fe, que se produce en nuestras sociedades secularizadas. Seguramente hace falta encontrar nuevos canales para comunicar la verdad evangélica a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, pero dado que el contenido esencial del anuncio cristiano sigue siendo siempre el mismo, es necesario volver a su manantial original, a Jesucristo, que es “el mismo ayer, hoy y siempre” (*Hb* 13, 8). La historia humana y espiritual del padre Pío enseña que sólo un alma íntimamente unida al Crucificado logra transmitir también a los lejanos la alegría y la riqueza del Evangelio.

Al amor a Cristo está inevitablemente unido el amor a su Iglesia, guiada y animada por la fuerza del Espíritu Santo, en la cual cada uno de nosotros tiene un papel y una misión que desempeñar. Queridos sacerdotes, queridos religiosos y religiosas, son diversas las misiones que os han sido encomendadas y los carismas de los que sois intérpretes, pero debéis realizarlos siempre con el mismo espíritu, para que vuestra presencia y vuestra acción en medio del pueblo cristiano sea testimonio elocuente de la primacía de Dios en vuestra vida. ¿No era esto precisamente lo que todos percibían en san Pío de Pietrelcina?

Permitid ahora que dirija unas palabras en particular a los jóvenes, que veo en gran número y entusiastas. Queridos amigos, gracias por vuestra calurosa acogida y por los fervientes sentimientos de los que se han hecho intérpretes vuestros representantes. He notado que el plan pastoral de vuestra diócesis para el trienio 2007-2010 dedica mucha atención a la misión en favor de la juventud y la familia, y estoy seguro de que del itinerario de escucha, confrontación, diálogo y verificación en el que estáis comprometidos brotarán una atención cada vez mayor a las familias y una escucha puntual de las expectativas reales de las nuevas generaciones.

Tengo presentes los problemas que os preocupan, queridos muchachos y muchachas, y que amenazan con aho-

gar el entusiasmo típico de vuestra juventud. Entre ellos, cito en particular el fenómeno del desempleo, que afecta de manera dramática a no pocos jóvenes y muchachas del sur de Italia. No os desalentéis. Sed “jóvenes de gran corazón”, como os han repetido con frecuencia durante este año desde la Misión diocesana juvenil, animada y guiada por el Seminario regional de Molfetta en septiembre del año pasado.

La Iglesia no os abandona. Vosotros no abandonéis la Iglesia. Es necesaria vuestra aportación para construir comunidades cristianas vivas y sociedades más justas y abiertas a la esperanza. Y si queréis tener un “gran corazón”, seguid el ejemplo de Jesucristo. Precisamente anteayer contemplamos su gran Corazón, lleno de amor a la humanidad. Él jamás os abandonará o traicionará vuestra confianza; jamás os llevará por senderos equivocados.

Como el padre Pío, sed también vosotros amigos fieles del Señor Jesús, manteniendo con él una relación diaria mediante la oración y la escucha de su Palabra, la práctica asidua de los sacramentos y la pertenencia cordial a su familia, que es la Iglesia. Esto debe estar en la base del programa de vida de cada uno de vosotros, queridos jóvenes, así como de vosotros, queridos sacerdotes, y de vosotros, queridos religiosos y religiosas.

A cada uno y a cada una aseguro mi oración, a la vez que imploro la protección maternal de Santa María de las Gracias, que vela sobre vosotros desde su santuario, en cuya cripta descansan los restos del padre Pío. De corazón os doy las gracias, una vez más, por vuestra acogida y os bendigo a todos, así como a vuestras familias, a vuestras comunidades, a vuestras parroquias y a toda vuestra diócesis.

SANTA SEDE

SECRETARÍA DE ESTADO

*Discurso del Cardenal, Tarcisio Bertone, sobre la «Caritas in veritate» al Senado de Italia**Martes, 28 de julio de 2009***Premisa**

La encíclica de Benedicto XVI se abre con una introducción que constituye una densa y profunda reflexión en la que retornan los términos del título mismo, el cual vincula de forma estrecha la *caritas* y la *veritas*, el amor y la verdad. Se trata no sólo de una especie de “*explicatio terminorum*”, de una aclaración inicial, sino que se pretenden indicar los principios y las perspectivas fundamentales de toda su enseñanza. De hecho, como en una sinfonía, el tema de la verdad y de la caridad vuelve a lo largo de todo el documento, precisamente porque, como escribe el Papa, aquí se halla “la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad” (*Caritas in veritate*, 1).

Pero -nos preguntamos- ¿de qué verdad y de qué amor se trata? No cabe duda de que precisamente estos conceptos hoy suscitan sospechas -sobre todo el término “verdad”- y se malentenden -lo cual vale sobre todo para el término “amor”-. Por eso es importante aclarar de qué verdad y de qué amor habla la nueva encíclica. El Santo

Padre nos explica que estas dos realidades fundamentales no son extrínsecas al hombre o incluso impuestas a él en nombre de una visión ideológica cualquiera, sino que están profundamente enraizadas en la persona misma. De hecho, “*amor y verdad* -afirma el Santo Padre- son la vocación que Dios ha puesto en el corazón y en la mente de cada ser humano” (*ib.*), del hombre que, según la Sagrada Escritura, precisamente es creado “a imagen y semejanza” de su Creador, es decir, del “Dios bíblico, que es a la vez “*Agapé*” y “*Lógos*”: Caridad y Verdad, Amor y Palabra” (*ib.*, 3).

Esta realidad no sólo se nos manifiesta a través de la Revelación bíblica, sino que también la puede conocer todo hombre de buena voluntad que utiliza rectamente su razón al reflexionar sobre sí mismo (“La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad. Esta luz es simultáneamente la de la razón y la de la fe, por medio de la cual la inteligencia llega a la verdad natural y sobrenatural de la caridad”, *ib.*). Al respecto, parecen ilustrar bien esa visión algunos contenidos de un documento significativo e importante, publicado poco antes de la *Caritas in veritate*: la Comisión teológica internacional nos

ofreció, en los meses pasados, un texto titulado “En busca de una ética universal: nueva mirada sobre la ley natural”. Ese documento afronta temas de gran importancia, que me permito señalar y recomendar de modo especial en este contexto del Senado, es decir, de una institución cuya función principal es la producción legislativa.

Como dijo el Santo Padre en la Asamblea de las Naciones Unidas en Nueva York, durante su visita del año pasado al Palacio de cristal a propósito del fundamento de los derechos humanos: “Estos derechos se basan en la ley natural inscrita en el corazón del hombre y presente en las diferentes culturas y civilizaciones. Arrancar los derechos humanos de este contexto significaría restringir su ámbito y ceder a una concepción relativista, según la cual el sentido y la interpretación de los derechos podrían variar, negando su universalidad en nombre de los diferentes contextos culturales, políticos, sociales e incluso religiosos” (*Discurso a la Asamblea general de la ONU*, 18 de abril de 2008: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 25 de abril de 2008, p. 10).

Estas consideraciones no sólo valen para los derechos humanos, sino para toda intervención de la autoridad legítima llamada a regular según la verdadera justicia la vida de la comunidad mediante leyes que no sean fruto de un mero acuerdo convencional, sino que busquen el bien auténtico de la per-

sona y de la sociedad y por eso hagan referencia a esta ley natural.

Ahora bien, la Comisión teológica internacional, al exponer la realidad de la ley natural, explica precisamente que la verdad y el amor son exigencias esenciales de todo hombre, enraizadas profundamente en su ser. “En su búsqueda del bien moral, la persona humana se pone a la escucha de lo que ella misma es y toma conciencia de las inclinaciones fundamentales de su naturaleza” (*En busca de una ética universal: nueva mirada sobre la ley natural*, n. 45), las cuales orientan al hombre hacia los bienes necesarios para su realización moral.

Como es sabido, “tradicionalmente se distinguen tres grandes conjuntos de dinamismos naturales... El primero, que es común a todo ser sustancial, comprende esencialmente la inclinación a conservar y a desarrollar su propia existencia. El segundo, común a todos los seres vivos, comprende la inclinación a reproducirse para perpetuar la especie. El tercero, propio del hombre como ser racional, conlleva la inclinación a conocer la verdad sobre Dios y a vivir en sociedad” (*ib.*, n. 46).

Profundizando en este tercer dinamismo que se halla en toda persona, la Comisión teológica internacional afirma que “es específico del ser humano como ser espiritual, dotado de razón, capaz de conocer la verdad, entrar en diálogo con los demás y entablar rela-

ciones de amistad. (...) Su bien integral está tan íntimamente vinculado a la vida en comunidad, que se organiza en sociedad política en virtud de una inclinación natural y no de una simple convención. El carácter relacional de la persona se manifiesta también con la tendencia a vivir en comunión con Dios o el Absoluto. (...). Ciertamente, la pueden negar quienes no admiten la existencia de un Dios personal, pero permanece implícitamente presente en la búsqueda de la verdad y del sentido presente en todo ser humano” (*ib.*, n. 50).

Así pues, el hombre está hecho para conocer mediante la “razón ampliada” (cf. Benedicto XVI, *Discurso del 12 de septiembre de 2006 en la Universidad de Ratisbona*) la verdad en toda su extensión, es decir, sin limitarse a adquirir conocimientos técnicos para dominar la realidad material, sino abriéndose hasta encontrar al Trascendente, y para vivir plenamente la dimensión interpersonal del amor, que “no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas” (*Caritas in veritate*, 2).

Precisamente son la “*veritas*” y la “*caritas*” las que nos indican las exigencias de la ley natural, que Benedicto XVI pone como criterio fundamental de la reflexión de orden moral sobre la actual realidad socioeconómica: “*Caritas*

in veritate es el principio sobre el que gira la doctrina social de la Iglesia, un principio que adquiere forma operativa en criterios orientadores de la acción moral” (*ib.*, 6). Con expresión eficaz, el Santo Padre afirma por eso que “la doctrina social de la Iglesia (...) es “*caritas in veritate in re sociali*”, anuncio de la verdad del amor de Cristo en la sociedad. Dicha doctrina es servicio de la caridad, pero en la verdad” (*ib.*, 5).

La propuesta de la encíclica ni es de carácter ideológico ni está reservada sólo a quienes comparten la fe en la Revelación divina, sino que se funda en realidades antropológicas fundamentales, como son precisamente la verdad y la caridad correctamente entendidas, o como dice la encíclica, dadas al hombre y recibidas por él, y no producidas por él arbitrariamente (“La verdad, que como la caridad es don, nos supera, como enseña san Agustín. Incluso nuestra propia verdad, la de nuestra conciencia personal, ante todo nos ha sido “dada”. En efecto, en todo proceso cognitivo la verdad no es producida por nosotros, sino que se encuentra o, mejor aún, se recibe. Como el amor, “no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano””, *ib.*, 34). Benedicto XVI quiere recordar a todos que sólo anclándose en este doble criterio de la “*veritas*” y de la “*caritas*”, inseparablemente unidas, se puede construir el auténtico bien del hombre, hecho para la verdad y el amor. Según el Santo Padre, “sólo con la *caridad*,

iluminada por la luz de la razón y de la fe, es posible conseguir objetivos de desarrollo con un carácter más humano y humanizador” (*ib.*, 9).

Después de esta premisa indispensable, en la que he querido poner de manifiesto algunos aspectos antropológicos y teológicos del texto pontificio, tal vez menos comentados en las notas periodísticas, deseo exponer ahora sólo algunos puntos, sin la pretensión de cubrir el vasto contenido de la encíclica, que, por lo demás, ya han profundizado de modo específico comentaristas autorizados, tanto en las páginas de *L'Osservatore Romano* como en otras publicaciones.

Superar antiguas y obsoletas dicotomías

Un mensaje importante que nos transmite la *Caritas in veritate* es la invitación a superar la ya obsoleta dicotomía entre la esfera de lo económico y la esfera de lo social. La modernidad nos ha dejado en herencia la idea según la cual para poder operar en el campo de la economía es indispensable buscar el beneficio y moverse sobre todo por el propio interés; equivale a decir que no se es plenamente empresario si no se persigue la maximización del beneficio. En caso contrario, habría que contentarse con formar parte de la esfera de lo social.

Esta conceptualización, que confunde la economía de mercado, la cual es

el *genus*, con una de sus *species*, como es el sistema capitalista, ha llevado a identificar la economía con el lugar de la producción de la riqueza (o del rédito) y lo social con el lugar de la solidaridad para una distribución equitativa de la misma.

La *Caritas in veritate* nos dice, en cambio, que se puede hacer empresa también cuando se persiguen fines de utilidad social y se actúa por motivaciones de tipo pro-social. Ésta es una manera concreta, aunque no la única, de colmar la brecha entre lo económico y lo social dado que una gestión económica que no incorporara en su interior la dimensión de lo social no sería éticamente aceptable, como también es verdad que una gestión social meramente redistributiva, que no tenga en cuenta el vínculo de los recursos, a la larga no sería sostenible, pues antes de poder distribuir es necesario producir.

Hay que dar las gracias a Benedicto XVI de modo particular por haber subrayado que la gestión económica no es algo separado y ajeno a los principios fundamentales de la doctrina social de la Iglesia, que son: la centralidad de la persona humana, la solidaridad, la subsidiariedad y el bien común. Es preciso superar la concepción práctica según la cual los valores de la doctrina social de la Iglesia únicamente deberían encontrar espacio en las obras de índole social, mientras que a los expertos en eficiencia les correspondería la tarea de guiar la economía. Esta encíclica tiene

el mérito, ciertamente no secundario, de contribuir a colmar esa laguna, cultural y política a la vez.

Al contrario de lo que se piensa, la eficiencia no es el *fundamentum divisionis* para distinguir lo que es empresa de lo que no lo es, y esto por la sencilla razón de que la categoría de la eficiencia pertenece al orden de los medios y no al de los fines. En realidad, hay que ser eficientes para conseguir lo mejor posible el fin que libremente se ha escogido para la propia acción. El empresario que se deja guiar por una eficiencia que sea fin en sí misma corre el peligro de caer en el eficientismo, que en la actualidad es una de las causas más frecuentes de destrucción de la riqueza, como tristemente confirma la actual crisis económico-financiera.

Ampliando un instante la perspectiva del discurso, decir mercado significa decir competencia, en el sentido de que no puede haber mercado donde no hay praxis de competencia (aunque lo contrario no sea verdad). Y no hay quien niegue que la fecundidad de la competencia está en el hecho de que implica la tensión, la dialéctica que presupone la presencia de otro y la relación con otro. Sin tensión no hay movimiento, pero el movimiento -ésta es la cuestión- que produce la tensión puede ser también mortífero, es decir, generador de muerte.

Cuando la finalidad de la gestión económica no es la búsqueda de un

objetivo común -como se deduciría de la etimología latina “*cum-petere*”- sino la “*mors tua, vita mea*” de Hobbes, el vínculo social se reduce a la relación mercantil y la actividad económica tiende a hacerse inhumana y, por lo tanto, en último extremo ineficiente. Así pues, igualmente en la competencia, la “doctrina social de la Iglesia sostiene que se pueden vivir relaciones auténticamente humanas, de amistad y de sociabilidad, de solidaridad y de reciprocidad, también dentro de la actividad económica y no solamente fuera o “después” de ella. El sector económico no es ni éticamente neutro ni inhumano o antisocial por naturaleza. Es una actividad del hombre y, precisamente porque es humana, debe ser articulada e institucionalizada éticamente” (*ib.*, 36).

Ahora bien, la *Caritas in veritate* nos ofrece el beneficio, ciertamente no pequeño, de tomar en gran consideración aquella concepción del mercado, típica de la tradición de pensamiento de la economía civil, según la cual se puede vivir la experiencia de la sociabilidad humana dentro de una vida económica normal y no fuera de ella o al margen de ella. Ésta es una concepción que se podría definir alternativa, sea respecto a la que ve el mercado como lugar de la explotación y del atropello del fuerte sobre el débil, sea respecto a la que, en línea con el pensamiento anárquico-liberal, lo ve como lugar capaz de dar solución a todos los problemas de la sociedad.

Este modo de hacer empresa se diferencia de la economía de tradición smithiana, según la cual el mercado es la única institución realmente necesaria para la democracia y para la libertad. La doctrina social de la Iglesia nos recuerda, en cambio, que una buena sociedad ciertamente es fruto del mercado y de la libertad, pero que existen exigencias, atribuibles al principio de fraternidad, que no se pueden eludir ni remitir únicamente al ámbito privado o a la filantropía. Más bien, propone un humanismo de más dimensiones, en el que no se combate o “controla” el mercado, sino que se contempla como momento importante de la esfera pública -esfera que es mucho más amplia de lo meramente estatal- que, si se concibe y se vive como lugar abierto también a los principios de reciprocidad y del don, puede construir una sana convivencia civil.

A partir de la fraternidad el bien común

Abordo ahora uno de los temas presentes en la encíclica que, a mi parecer, ha suscitado cierto interés público por la novedad que implican los principios de fraternidad y de gratuidad en la gestión económica. “El desarrollo, si quiere ser auténticamente humano -dice Benedicto XVI-, necesita dar espacio al *principio de gratuidad*” (*ib.*, 34). Hacen falta “formas económicas solidarias”. En este sentido, es significativo el capítulo dedicado a la colaboración de la familia humana, donde se

pone de relieve que “el desarrollo de los pueblos depende sobre todo de que se reconozcan como parte de una sola familia”, por lo cual “dicho pensamiento obliga a una *profundización crítica y valorativa de la categoría de la relación*”. Y también: “El tema del desarrollo coincide con el de la inclusión relacional de todas las personas y de todos los pueblos en la única comunidad de la familia humana, que se construye en la solidaridad sobre la base de los valores fundamentales de la justicia y la paz” (*ib.*, 53-54).

La palabra clave que hoy expresa, mejor que cualquier otra, esta exigencia es la fraternidad. Fue la escuela de pensamiento franciscana la que dio a este término el significado que ha conservado a lo largo del tiempo y que constituye el complemento y la exaltación del principio de solidaridad. De hecho, mientras la solidaridad es el principio de organización social que permite a los desiguales llegar a ser iguales en virtud de su igual dignidad y de sus derechos fundamentales, el principio de fraternidad es el principio de organización social que permite a los iguales ser diferentes, en el sentido de que pueden expresar de modo diverso su proyecto de vida o su carisma.

Lo aclaro más: las épocas que hemos dejado atrás, como el siglo XIX y sobre todo el XX, se caracterizaron por grandes batallas, tanto culturales como políticas, en nombre de la solidaridad, y esto fue algo bueno; piénsese en la

historia del movimiento sindical y en la lucha por la conquista de los derechos civiles. Lo importante es que una sociedad orientada al bien común no puede contentarse con la solidaridad, sino que necesita una solidaridad que refleje la fraternidad, dado que, mientras la sociedad fraterna también es solidaria, lo contrario no es verdad necesariamente.

Si se olvida el hecho de que no es sostenible una sociedad de seres humanos en la que decae el sentido de fraternidad y en la que todo se reduce a mejorar las transacciones basadas en el intercambio de equivalentes o a aumentar las transferencias realizadas por estructuras asistenciales de carácter público, se cae en la cuenta de por qué, a pesar de la calidad de las fuerzas intelectuales que actúan, no se ha llegado aún a una solución creíble del gran *trade-off* entre eficiencia y equidad. La *Caritas in veritate* nos ayuda a tomar conciencia de que la sociedad no es capaz de futuro si se disuelve el principio de fraternidad; es decir, no es capaz de progresar si existe y se desarrolla sólo la lógica del “dar para tener” o del “dar por deber”. Por eso, ni la visión liberal-individualista del mundo, en la que todo -o casi- es intercambio, ni la visión estado-céntrica de la sociedad, en la que todo -o casi- constituye un deber, son guías seguras para poder salir del atolladero en el que se encuentran hoy nuestras sociedades.

Se plantea entonces la cuestión: ¿por qué vuelve a emerger como un río cárs-

tico la perspectiva del bien común según la formulación que le ha dado la doctrina social de la Iglesia, después de al menos un par de siglos durante los cuales de hecho había desaparecido? ¿Por qué el paso de los mercados nacionales al mercado global, verificado durante el último cuarto de siglo, está actualizando de nuevo el discurso sobre el bien común? Anoto, de paso, que cuanto sucede forma parte de un movimiento de ideas más amplio en economía, un movimiento cuyo objeto es el vínculo entre religiosidad y *performance* económica. Partiendo de la consideración de que las creencias religiosas son de importancia decisiva para forjar los mapas cognoscitivos de las personas y para plasmar las normas sociales de comportamiento, este movimiento de ideas trata de investigar hasta qué punto el predominio en un determinado país -o territorio- de cierta matriz religiosa influye en la formación de categorías de pensamiento económico, en los programas de *welfare*, en la política escolar y así sucesivamente. Después de un largo período de tiempo, durante el cual la célebre tesis de la secularización parecía haber dicho la última palabra sobre la cuestión religiosa, al menos por lo que atañe al campo económico, lo que está aconteciendo hoy resulta verdaderamente paradójico.

No es muy difícil explicarse que haya vuelto al debate cultural contemporáneo la perspectiva del bien común, auténtica cifra de la ética católica en el

ámbito socioeconómico. Como aclaró Juan Pablo II en varias ocasiones, la doctrina social de la Iglesia no se debe considerar una teoría ética más entre las muchas que ya existen, sino una “gramática común” a todas ellas, porque está fundada en un punto de vista específico: interesarse por el bien humano. En realidad, mientras las diversas teorías éticas ponen su fundamento en la búsqueda de reglas (como sucede en el iusnaturalismo positivista, según el cual la ética deriva de la norma jurídica) o en la gestión (piénsese en el neo-contractualismo rawlsiano o en el neo-utilitarismo), la doctrina social de la Iglesia toma como su punto de Arquímedes el “estar con”. El sentido de la ética del bien común explica que para poder comprender la acción humana es preciso situarse en la perspectiva de la persona que actúa (cf. *Veritatis splendor*, 78) y no en la perspectiva de la tercera persona (como hace el iusnaturalismo) o bien del espectador imparcial (como había sugerido Adam Smith). En efecto, dado que el bien moral es una realidad práctica, lo conoce principalmente no quien lo teoriza, sino quien lo practica: este es el que sabe identificarlo y, por lo tanto, escogerlo con certeza cada vez que está en discusión.

El principio del don en economía

Pasemos ahora a hablar del principio del don en economía. ¿Qué implica, en la práctica, acoger la perspectiva de la gratuidad dentro de la actuación eco-

nómica? Benedicto XVI responde que mercado y política necesitan “personas abiertas al don recíproco” (cf. *Caritas in veritate*, 35-39). La consecuencia que se deriva de reconocer al principio de gratuidad un puesto de primer orden en la vida económica guarda relación con la difusión de la cultura y de la praxis de la reciprocidad. Junto a la democracia, la reciprocidad -definida por Benedicto XVI “la constitución íntima del ser humano” (*ib.*, 57)- es valor que funda una sociedad. Más aún, también se podría sostener que la regla democrática encuentra en la reciprocidad su sentido último.

¿En qué “lugares” la reciprocidad es de casa, o sea, dónde se practica y alimenta? La familia es el primero de esos lugares: piénsese en las relaciones entre padres e hijos, y entre hermanos y hermanas. En torno a la propia familia se desarrolla la relación de donación típica de la fraternidad. Luego está la cooperativa, la empresa social y las diferentes formas de asociaciones. ¿No es verdad que las relaciones entre los miembros de una familia o entre los socios de una cooperativa son relaciones de reciprocidad? Hoy sabemos que el progreso civil y económico de un país depende básicamente de cuán difundidas estén entre sus ciudadanos las prácticas de reciprocidad. En la actualidad hay una inmensa necesidad de cooperación: precisamente por eso necesitamos extender las formas de gratuidad y reforzar las que ya existen. Las sociedades que extirpan de su tierra

las raíces del árbol de la reciprocidad están destinadas a la decadencia, como desde hace tiempo nos ha enseñado la historia.

¿Cuál es la función propia del don? Hacer comprender que junto a los bienes de justicia están los bienes de gratuidad y, por consiguiente, que no es auténticamente humana la sociedad que se contenta únicamente con los bienes de justicia. El Papa habla de “la sorprendente experiencia del don” (*ib.*, 34).

¿Cuál es la diferencia? Los bienes de justicia son los que nacen de un deber; los bienes de gratuidad son los que nacen de una *obligatio*. Es decir, son bienes que nacen del reconocimiento de que yo estoy unido a otro, el cual en cierto sentido es parte constitutiva de mí. Precisamente por eso la lógica de la gratuidad no se puede reducir, de forma simplista, a una dimensión puramente ética, pues la gratuidad no es una virtud ética. La justicia, como ya enseñaba Platón, es una virtud ética, y todos estamos de acuerdo en la importancia de la justicia, pero la gratuidad atañe más bien a la dimensión suprá-ética de la acción humana porque su lógica es la sobreabundancia, mientras que la lógica de la justicia es la lógica de la equivalencia. Pues bien, la *Caritas in veritate* nos dice que una sociedad, para funcionar bien y para progresar, necesita que dentro de la praxis económica haya sujetos que comprendan qué son los bienes de gratuidad; en

otras palabras, que se comprenda que es preciso hacer que en los circuitos de nuestra sociedad vuelva a fluir el principio de gratuidad.

Benedicto XVI invita a restituir el principio del don a la *esfera pública*. El don auténtico, afirmando el primado de la relación sobre su exoneración, del vínculo intersubjetivo sobre el bien donado, de la identidad personal sobre lo útil, debe poder encontrar espacio de expresión en todas partes, en cualquier ámbito de la acción humana, incluida la economía. El mensaje que nos deja la *Caritas in veritate* es pensar la gratuidad y, por tanto, la fraternidad, como cifra de la condición humana y por consiguiente ver en el ejercicio del don el presupuesto indispensable para que Estado y mercado puedan funcionar teniendo como objetivo el bien común. Sin prácticas difundidas de don, se podrá también tener un mercado eficiente y un Estado autorizado -e incluso justo-, pero ciertamente no se ayudará a las personas a realizar la alegría de vivir. Porque eficiencia y justicia, aunque vayan unidas, no bastan para asegurar la felicidad de las personas.

Las causas remotas de la crisis financiera

La *Caritas in veritate* analiza las causas profundas -y no sólo las causas próximas- de la crisis actual. No pretendo ahora repasarlas; me limitaré a sintetizar los tres factores principales de crisis identificados y analizados.

El primero se refiere al *cambio radical en la relación entre finanzas y producción de bienes y servicios* que se ha consolidado en el curso de las tres últimas décadas. Desde la mitad de los años 70 del siglo pasado, varios países occidentales han condicionado sus promesas en el ámbito de las pensiones a inversiones que dependían del aprovechamiento sostenible de los nuevos instrumentos financieros, exponiendo así a la economía real a los caprichos de las finanzas y generando la necesidad creciente de destinar a la remuneración de los ahorros invertidos en ellos cuotas de valor añadido. Las presiones sobre las empresas, derivadas de las bolsas y de los fondos de *private equity*, se han extendido en más direcciones: sobre dirigentes, inducidos a mejorar continuamente la *performance* de sus gestiones con el fin de recibir volúmenes crecientes de *stock options*; sobre los consumidores, para convencerlos a comprar cada vez más, aun sin poder adquisitivo; sobre las empresas de la economía real, para convencerlas a que aumenten el valor para el accionista. Así, ha sucedido que la demanda persistente de resultados financieros cada vez más brillantes ha repercutido sobre todo el sistema económico, hasta convertirse en un auténtico modelo cultural.

El segundo factor causal de la crisis es *la difusión, en el ámbito de la cultura popular, del ethos de la eficiencia* como criterio último de juicio y de justificación de la realidad económica. Por un lado, ello ha acabado por legitimar la codicia -que es la forma más conocida

y difundida de avaricia- como una especie de virtud cívica: el *greed market* que sustituye al *free market*. “*Greed is good, greed is right*” (la codicia es buena, la codicia es justa), predicaba Gordon Gekko, el protagonista de la célebre película “Wall Street”, de 1987.

Por último, la *Caritas in veritate* analiza también la causa de las causas de la crisis: la especificidad de la matriz cultural que se ha ido consolidando en los últimos decenios, por un lado, sobre la ola del proceso de globalización y, por otro, por la llegada de la tercera revolución industrial, la de las tecnologías info-telemáticas. Un aspecto específico de esa matriz es la insatisfacción, cada vez más generalizada, respecto al modo de interpretar el principio de libertad. Como es sabido, son tres las dimensiones que constituyen la libertad: la autonomía, la inmunidad y la capacitación. La autonomía implica *libertad de elección*: no se es libre si no se está en condición de elegir. La inmunidad, en cambio, implica *ausencia de coerción* por parte de cualquier agente externo. Fundamentalmente es la libertad negativa, es decir, “estar libre de”. Por último, la capacitación -literalmente, capacidad de acción- implica *capacidad de elección*, de conseguir, al menos en parte o en alguna medida, lo que el sujeto se propone. No se es libre si nunca -o al menos en parte- se logra realizar el propio proyecto de vida.

Como se puede comprender, el desafío que hay que afrontar es hacer que

coexistan las tres dimensiones de la libertad; por esta razón, el paradigma del bien común se presenta como una perspectiva muy interesante que conviene explorar.

A la luz de lo dicho se puede comprender por qué la crisis financiera no se puede considerar como un hecho inesperado ni inexplicable. Precisamente por eso, sin quitar nada a las indispensables intervenciones de regulación y a las necesarias formas nuevas de control, no lograremos impedir que surjan en el futuro episodios análogos si no se extirpa el mal de raíz, es decir, si no se interviene sobre la matriz cultural que sostiene el sistema económico. A las autoridades de gobierno esta crisis les transmite un doble mensaje. En primer lugar, que la crítica sacrosanta al “Estado intervencionista” de ningún modo puede hacer que se desconozca el papel central del “Estado regulador”. En segundo lugar, que las autoridades públicas situadas en los diversos niveles de gobierno deben permitir, más aún, favorecer el nacimiento y el reforzamiento de un mercado financiero pluralista, o sea, un mercado en el que puedan actuar en condiciones de igualdad objetiva sujetos diferentes en lo que atañe al fin específico que atribuyen a su actividad. Pienso en los bancos del territorio, en los bancos de crédito cooperativo, en los bancos éticos, en los distintos fondos éticos. Se trata de entidades que no sólo no proponen en sus ventanillas finanzas creativas, sino que sobre todo desempeñan

un papel complementario, y por tanto equilibrador, respecto a los agentes de las finanzas especulativas. Si en las últimas décadas las autoridades financieras hubieran eliminado los numerosos vínculos que pesan sobre los sujetos de las finanzas alternativas, la crisis actual no habría tenido el poder devastador que estamos conociendo.

Conclusión

Antes de concluir, deseo dar las gracias al presidente del Senado de la República Italiana, el honorable Schifani, por haberme permitido ilustrar a este cualificado auditorio algunos rasgos de la última encíclica de Benedicto XVI.

De algún modo, es como si volviera hoy el Santo Padre a esta sede del Senado de la República, donde el entonces cardenal Joseph Ratzinger impartió el 13 de mayo de 2004, en la biblioteca del Senado mismo, una *lectio magistralis*, que no se ha olvidado, sobre el tema: “Europa. Sus fundamentos espirituales ayer, hoy y mañana”.

Es interesante notar cómo en aquella intervención el futuro Pontífice abordó, entre otros, algunos temas que volvemos a encontrar hoy en su última encíclica. Pensemos, por ejemplo, en la afirmación de la razón profunda de la dignidad de la persona y de sus derechos: estos -dijo el entonces cardenal Ratzinger- “no son creados por el legislador, ni conferidos a los ciudadanos; “más bien, existen por derecho propio

y el legislador debe respetarlos siempre, pues se le han dado previamente como valores de orden superior”. Esta validez de la dignidad humana previa a toda acción política y a toda decisión política remite en definitiva al Creador: sólo él puede establecer valores que se fundan en la esencia del hombre y que son intocables. El hecho de que existan valores que no pueden ser manipulados por nadie es la verdadera garantía de nuestra libertad y de la grandeza humana; la fe cristiana ve en ello el misterio del Creador y de la condición de imagen de Dios que él ha conferido al hombre”.

En la *Caritas in veritate* Benedicto XVI repite que “se corre el riesgo de que no se respeten los derechos humanos” cuando “se les priva de su fundamento trascendente” (*ib.*, 56), es decir, cuando se olvida que “Dios es el garante del verdadero desarrollo del hombre en cuanto, habiéndolo creado a su imagen, funda también su dignidad trascendente” (*ib.*, 29).

También en esa *lectio magistralis* impartida hace cinco años, el actual Pontífice recordó que “un segundo punto en el que aparece la identidad europea es el matrimonio y la familia. El matrimonio monógamo, como estructura fundamental de la relación entre un hombre y una mujer, y al mismo tiempo como célula en la formación de la comunidad estatal, se ha forjado a partir de la fe bíblica. Este matrimonio ha dado a Europa, tanto a la occidental

como a la oriental, su rostro particular y su humanidad particular, también y precisamente porque la forma de fidelidad y de renuncia aquí trazada debió ser conquistada siempre de nuevo, con muchos esfuerzos y sufrimientos. Europa no sería ya Europa si esta célula fundamental de su edificio social desapareciera o se modificara esencialmente”.

En la *Caritas in veritate* esta advertencia se extiende hasta alcanzar una dimensión universal, podríamos decir global, y se dirige a todos los responsables de la vida pública. En ella leemos: “Se convierte (...) en una necesidad social, e incluso económica, seguir proponiendo a las nuevas generaciones la hermosura de la familia y del matrimonio, su sintonía con las exigencias más profundas del corazón y de la dignidad de la persona. En esta perspectiva, los Estados están llamados a *establecer políticas que promuevan la centralidad y la integridad de la familia*, fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, célula primordial y vital de la sociedad, haciéndose cargo también de sus problemas económicos y fiscales, en el respeto de su naturaleza relacional” (*ib.*, 44).

Ciertamente la *Caritas in veritate*, como afirma en su título oficial, se dirige a todos los miembros de la Iglesia católica y “a todos los hombres de buena voluntad”. Con todo, me parece que, por los principios que ilumina, por los problemas que afronta y por las di-

rectrices que ofrece, este documento pontificio, que suscitó tanta expectativa antes, y después tanta atención y tanto aprecio, de modo particular en el ámbito social, político y económico, puede encontrar un eco singular en esta sede institucional que es el Senado de la República.

Estoy convencido de que, más allá de las diferencias de formación y de convicciones personales, quienes tienen la delicada y honrosa responsabilidad de representar al pueblo italiano y de ejercer por mandato suyo el poder legislativo, pueden hallar en las palabras del

Papa una elevada y profunda inspiración en el cumplimiento de su misión, a fin de responder adecuadamente a los desafíos éticos, culturales y sociales que hoy nos interpelan y que con gran lucidez y plenitud nos presenta la encíclica *Caritas in veritate*.

Mi deseo es que este documento del Magisterio eclesial, que hoy he tratado de ilustraros, al menos en parte, encuentre en esta sede la atención que merece y así dé frutos positivos y abundantes por el bien de cada persona y de toda la familia humana, comenzando por la querida nación italiana.

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

Aclaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre el aborto procurado (*L'Osservatore Romano*, Año CXLIX n. 157 (11 de julio de 2009), p. 7)

Recientemente han llegado a la Santa Sede varias cartas, incluso de parte de altas personalidades de la vida política y eclesial, que han informado sobre la confusión que se ha creado en varios países, sobre todo en América Latina, tras la manipulación e instrumentalización de un artículo de su excelencia, monseñor Rino Fisichella, presidente de la Academia Pontificia para la Vida, sobre el triste caso de la “niña brasileña”. En ese artículo, aparecido en *L'Osservatore Romano* del 15 de marzo de 2009, se presentaba la doctrina de la Iglesia, te-

niendo en cuenta la situación dramática de esta niña, que -como se pudo constatar posteriormente- había sido acompañada con toda delicadeza pastoral, en particular por el entonces arzobispo de Olinda y Recife, su excelencia monseñor José Cardoso Sobrinho. Al respecto, la Congregación para la Doctrina de la Fe confirma que la doctrina de la Iglesia sobre el aborto provocado no ha cambiado ni puede cambiar. Esta doctrina ha sido expuesta en los números 2270-2273 del Catecismo de la Iglesia Católica en estos términos:

«La vida humana debe ser respetada y protegida de manera absoluta desde el momento de la concepción. Desde el primer momento de su existencia, el ser humano debe ver reconocidos sus derechos de persona, entre los cuales está el derecho inviolable de todo ser inocente a la vida (cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, instrucción *Donum vitae* 1, 1). “Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses te tenía consagrado” (Jeremías 1, 5). “Y mis huesos no se te ocultaban, cuando era yo hecho en lo secreto, tejido en las honduras de la tierra” (Salmo 139, 15)».

«Desde el siglo primero, la Iglesia ha afirmado la malicia moral de todo aborto provocado. Esta enseñanza no ha cambiado; permanece invariable. El aborto directo, es decir, querido como un fin o como un medio, es gravemente contrario a la ley moral. “No matarás el embrión mediante el aborto, no darás muerte al recién nacido”. (*Didajé*, 2, 2; Bernabé, ep. 19, 5; Epístola a Diogneto 5, 5; Tertuliano, apol. 9). “Dios, Señor de la vida, ha confiado a los hombres la excelsa misión de conservar la vida, misión que deben cumplir de modo digno del hombre. Por consiguiente, se ha de proteger la vida con el máximo cuidado desde la concepción; tanto el aborto como el infanticidio son crímenes abominables” (*Gaudium et spes*, 51, 3)».

«La cooperación formal a un aborto constituye una falta grave. La Iglesia

sanciona con pena canónica de excomunión este delito contra la vida humana. “Quien procura el aborto, si éste se produce, incurre en excomunión *latae sententiae*” (*Código de Derecho Canónico*, CIC, canon 1398), es decir, “de modo que incurre *ipso facto* en ella quien comete el delito” (CIC can. 1314), en las condiciones previstas por el Derecho (cf. CIC can. 1323-1324). Con esto la Iglesia no pretende restringir el ámbito de la misericordia; lo que hace es manifestar la gravedad del crimen cometido, el daño irreparable causado al inocente a quien se da muerte, a sus padres y a toda la sociedad».

«El derecho inalienable de todo individuo humano inocente a la vida constituye un elemento constitutivo de la sociedad civil y de su legislación: “Los derechos inalienables de la persona deben ser reconocidos y respetados por parte de la sociedad civil y de la autoridad política. Estos derechos del hombre no están subordinados ni a los individuos ni a los padres, y tampoco son una concesión de la sociedad o del Estado: pertenecen a la naturaleza humana y son inherentes a la persona en virtud del acto creador que la ha originado. Entre esos derechos fundamentales es preciso recordar a este propósito el derecho de todo ser humano a la vida y a la integridad física desde la concepción hasta la muerte” (*Donum vitae* 3). “Cuando una ley positiva priva a una categoría de seres humanos de la protección que el ordenamiento civil les debe, el Estado niega la igualdad

de todos ante la ley. Cuando el Estado no pone su poder al servicio de los derechos de todo ciudadano, y particularmente de quien es más débil, se quebrantan los fundamentos mismos del Estado de derecho... El respeto y la protección que se han de garantizar, desde su misma concepción, a quien debe nacer, exige que la ley prevea sanciones penales apropiadas para toda deliberada violación de sus derechos” (*Donum vitae* 3)».

En la encíclica *Evangelium vitae*, el Papa Juan Pablo II afirmó esta doctrina con su autoridad de Supremo Pastor de la Iglesia: «con la autoridad que Cristo confirió a Pedro y a sus Sucesores, en comunión con todos los Obispos -que en varias ocasiones han condenado el aborto y que en la consulta citada anteriormente, aunque dispersos por el mundo, han concordado unánimemente sobre esta doctrina-, declaro que el aborto directo, es decir, querido como fin o como medio, es siempre un desorden moral grave, en cuanto eliminación deliberada de un ser humano inocente. Esta doctrina se fundamenta en la ley natural y en la Palabra de Dios escrita; es transmitida por la Tradición de la Iglesia y enseñada por el Magisterio ordinario y universal» (n. 62).

En lo que se refiere al aborto procurado en algunas situaciones difíciles y complejas, es válida la enseñanza clara y precisa del Papa Juan Pablo II: «Es cierto que en muchas ocasiones la opción del aborto tiene para la madre

un carácter dramático y doloroso, en cuanto que la decisión de deshacerse del fruto de la concepción no se toma por razones puramente egoístas o de conveniencia, sino porque se quisieran preservar algunos bienes importantes, como la propia salud o un nivel de vida digno para los demás miembros de la familia. A veces se temen para el que ha de nacer tales condiciones de existencia que hacen pensar que para él lo mejor sería no nacer. Sin embargo, estas y otras razones semejantes, aun siendo graves y dramáticas, *jamás pueden justificar la eliminación deliberada de un ser humano inocente*» (encíclica *Evangelium vitae*, n. 58).

Por lo que se refiere al problema de determinados tratamientos médicos para preservar la salud de la madre, es necesario distinguir bien entre dos hechos diferentes: por una parte, una intervención que directamente provoca la muerte del feto, llamada en ocasiones de manera inapropiada aborto “terapéutico”, que nunca puede ser lícito, pues constituye el asesinato directo de un ser humano inocente; por otra parte, una intervención no abortiva en sí misma que puede tener, como consecuencia colateral, la muerte del hijo: «Si, por ejemplo, la salvación de la vida de la futura madre, independientemente de su estado de embarazo, requiriera urgentemente una intervención quirúrgica, u otro tratamiento terapéutico, que tendría como consecuencia accesoria, de ningún modo querida ni pretendida, pero inevitable, la muerte

del feto, un acto así ya no podría considerarse un atentado *directo* contra la vida inocente. En estas condiciones, la operación podría ser considerada lícita, al igual que otras intervenciones médicas similares, siempre que se trate de un bien de elevado valor -como es la vida- y que no sea posible postergarla tras el nacimiento del niño, ni recurrir a otro remedio eficaz» (Pío XII, discurso “Frente de la Familia” y a la Asociación de Familias Numerosas, 27 de noviembre de 1951).

Por lo que se refiere a la responsabilidad de los agentes sanitarios, es necesario recordar las palabras del Papa Juan Pablo II: «Su profesión les exige ser custodios y servidores de la vida hu-

mana. En el contexto cultural y social actual, en que la ciencia y la medicina corren el riesgo de perder su dimensión ética original, ellos pueden estar a veces fuertemente tentados de convertirse en manipuladores de la vida o incluso en agentes de muerte. Ante esta tentación, su responsabilidad ha crecido hoy enormemente y encuentra su inspiración más profunda y su apoyo más fuerte precisamente en la intrínseca e imprescindible dimensión ética de la profesión sanitaria, como ya reconocía el antiguo y siempre actual *juramento de Hipócrates*, según el cual se exige a cada médico el compromiso de respetar absolutamente la vida humana y su carácter sagrado» (encíclica *Evangelium vitae*, n. 89).

PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE LOS EMIGRANTES E ITINERANTES

Mensaje con ocasión de la Jornada Mundial del Turismo, 27 de septiembre de 2009

“El turismo, consagración de la diversidad”

El tema de la Jornada Mundial del Turismo, propuesto por la competente Organización Mundial, *El turismo, consagración de la diversidad*, nos abre caminos de encuentro con el ser humano en su diversidad, en su riqueza antropológica.

La diversidad es un hecho, una realidad, y, como nos recuerda el Papa

Benedicto XVI, es también un hecho positivo, un bien, y no una amenaza o un peligro, a tal punto de desear que *“las personas no sólo acepten la existencia de la cultura del otro, sino que también deseen enriquecerse gracias a ella”*¹.

La experiencia de la diversidad es propia de la existencia humana, tam-

bién porque el desarrollo personal avanza por etapas diversificantes, que favorecen el crecimiento y la maduración personal. Se trata de un descubrimiento progresivo que, confrontándonos con quienes y con cuanto nos circunda, nos distingue del que es diverso a nosotros.

En la valoración positiva del diverso observamos una paradoja: si por un lado se constata, en este tiempo de globalización, que las culturas y las religiones se acercan cada vez más, y que en el corazón de todas las culturas brota un auténtico deseo de paz, por otro lado se constatan incomprensiones, existen prejuicios y malentendidos profundamente enraizados, que levantan barreras y alimentan divisiones. Es el miedo a lo diverso, a lo desconocido.

Debemos trabajar por reemplazar la discriminación, la xenofobia y la intolerancia por la comprensión y la aceptación mutua, recorriendo los caminos del respeto, la educación y el diálogo abierto, constructivo y comprometido.

En este esfuerzo la Iglesia tiene una función importante, partiendo de la profunda convicción manifestada por Pablo VI en la encíclica *Ecclesiam suam* de que “la Iglesia debe entrar en diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra, la Iglesia se hace mensaje, la Iglesia se hace coloquio”². Es un diálogo constructivo y sincero que, para ser auténtico, “no debe ceder al relativismo y al sincretismo, y debe estar

animado por el respeto sincero a los demás y por un generoso espíritu de reconciliación y fraternidad”³.

Desde esta perspectiva, el turismo, en cuanto pone en contacto con otros modos de vivir, otras religiones, otras formas de ver el mundo y su historia⁴, es también una ocasión para el diálogo y la escucha, y constituye una invitación a no cerrarse en la propia cultura, sino a abrirse y confrontarse con modos de pensar y de vivir diversos⁵. Por tanto no debe sorprender que sectores extremistas y grupos terroristas de índole fundamentalista señalen el turismo como un peligro y un objetivo a destruir. El conocimiento mutuo ayudará —lo esperamos ardientemente— a construir una sociedad más justa, solidaria y fraterna.

La experiencia inicial del hombre respecto a la diversidad es hoy también vivida en el mundo virtual, megalópolis cósmica ofrecida permanentemente a cada uno de nosotros. Gracias a esta primera forma de “turismo”, virtual, cinemático, la diversidad se observa cercana, facilitando la proximidad del diverso lejano. Es este turismo el primero a consagrar la diversidad.

Pero es sobretodo el turismo, entendido como desplazamiento físico, que evidencia la diversidad natural, ecológica, social, cultural, patrimonial y religiosa, y el que también nos hace descubrir el trabajo compartido, la cooperación entre los pueblos, la unidad

de los seres humanos en la magnífica y desconcertante diversidad de sus realizaciones.

En el descubrimiento de la diversidad aparecen además paradojas y límites: si el turismo se desarrolla en ausencia de una ética de responsabilidad, paralelamente toma cuerpo el peligro de la uniformidad y de la belleza como *“fascinatio nugacitatis”* (cfr. *Sb* 4,12). De este modo sucede, por ejemplo, que los autóctonos pueden hacer para los turistas espectáculo de sus tradiciones, ofreciendo la diversidad como un producto comercial, solo por lucro.

Todo eso exige un esfuerzo, tanto por parte del visitante como del autóctono que acoge, de asumir comportamiento de apertura, respeto, cercanía, confianza, de modo que en el deseo de encontrar a los demás, respetándolos en su diversidad personal, cultural y religiosa, se abran al diálogo y a la comprensión⁶.

La diversidad se fundamenta en el misterio de Dios. La Palabra creadora está en el origen de la riqueza de las especies, especialmente de aquél/aquella que es “imagen y semejanza” de Dios. Esta Palabra bíblica poética es aquella de la diversidad, fundadora de identidad de cada criatura, siendo el Creador el primero a contemplar la belleza-bondad de todo aquello que Él ha hecho (cfr. *Gen* 1). Y Dios es también esa fuerza maravillosa, principio de unidad de todas las diversidades, que

aparecen como *“una manifestación particular del Espíritu para el bien común”* (*1 Cor* 12,7). Contemplando la diversidad, el hombre descubre las huellas del divino en las pisadas humanas. Y para el creyente, el conjunto de las diversidades abre caminos para acercarse a la infinita grandeza de Dios. Como fenómeno posible de consagración de la diversidad, para nosotros el turismo puede ser cristiano, camino abierto a su confesión contemplativa.

Dios confía a la Iglesia la tarea de forjar en Cristo Jesús, gracias al Espíritu, una nueva creación, recapitulando en Él (cfr. *Ef* 1,9-10) todo el tesoro de la diversidad humana que el pecado ha transformado en división y conflictos⁷, de modo que contribuya *“a la creación en el Espíritu de Pentecostés de una nueva sociedad en la que las distintas lenguas y culturas ya no constituirán límites insuperables, como después de Babel, sino en la cual, precisamente en esa diversidad, es posible realizar una nueva manera de comunicación y de comunión”*⁸.

Son pensamientos estos que pueden animar en el compromiso de cuantos se ocupan de la pastoral específica del turismo, especialmente en su atención a quien sufre de cualquier modo por tal fenómeno, que es también signo de nuestro tiempo y trae consigo aspectos positivos que hemos nuevamente subrayado con ocasión de la reciente celebración del 40 aniversario de la publicación del Directorio *Peregrinans in terra*.

El sople divino venza toda xenofobia, discriminación, racismo, vuelva cercanos aquellos que están lejanos, en la contemplación de la unidad/diversidad de una familia humana bendecida por Dios. Es el Espíritu que reúne en

la unidad y en la paz, en la armonía y en el mutuo aprecio. En Él hay orden y bondad a lo largo de los siete días de la creación. Que Él entre, asimismo, en la difícil historia humana, gracias también al turismo.

Ciudad del Vaticano, 24 junio 2009

Antonio Maria Vegliò
Presidente

Agostino Marchetto
Arzobispo Secretario

NOTAS:

- 1 BENEDICTO XVI, *Mensaje con ocasión de una jornada de estudio sobre el tema "Culturas y religiones en diálogo" organizada por el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso y el Pontificio Consejo de la Cultura*, 3 diciembre 2008: *L'Osservatore Romano*, n. 287 (45.027), 9-10 diciembre 2008, p. 1. En la misma línea se manifestaba Juan Pablo II: "*Querer ignorar la realidad de la diversidad - o, peor aún, tratar de anularla - significa excluir la posibilidad de sondear las profundidades del misterio de la vida humana. La verdad sobre el hombre es el criterio inmutable con el que todas las culturas son juzgadas, pero cada cultura tiene algo que enseñar acerca de una u otra dimensión de aquella compleja verdad. Por tanto la 'diferencia', que algunos consideran tan amenazadora, puede llegar a ser, mediante un diálogo respetuoso, la fuente de una comprensión más profunda del misterio de la existencia humana*" (*Discurso a la Asamblea General de la ONU en el 50º aniversario de su fundación*, 5 octubre 1995, n. 10: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XVIII/2 -1995-, Libreria Editrice Vaticana, 1998, p. 738).
- 2 PABLO VI, Carta encíclica *Ecclesiam suam*, 6 agosto 1964, n. 67: *AAS LVI* (1964), p. 639.
- 3 BENEDICTO XVI, *Mensaje con ocasión de una jornada de estudio sobre el tema "Culturas y religiones en diálogo"*, l.c.
- 4 Cfr. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE LOS EMIGRANTES E ITINERANTES, Instrucción *Erga migrantes caritas Christi (La caridad de Cristo hacia los migrantes)*, 3 mayo 2004, n. 30: *AAS XCVI* (2004), p. 778.
- 5 "*Hijo de su propia cultura, el viajante, el turista, sale al encuentro/desencuentro de los hijos de otra cultura y, si entra en diálogo con ella, acepta dejarse interpelar por los elementos que enriquecen su patrimonio intelectual, espiritual y cultural. Puede ser llevado, en consecuencia, a cuestionar algunos de sus comportamientos, de sus prejuicios, e incluso de las creencias que influyen en su vida cotidiana*" (PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE LOS

EMIGRANTES E ITINERANTES, *Documento Final de la IV Reunión Europea de Pastoral del Turismo*, 29-30 abril 2009, n. 34).

- 6 Cfr. BENEDICTO XVI, *Mensaje con ocasión de la Jornada Mundial del Turismo*, 16 julio 2005: *Insegnamenti di Benedetto XVI*, I (2005), Libreria Editrice Vaticana, 2006, p. 339.
- 7 Cfr. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE LOS EMIGRANTES E ITINERANTES, Instrucción *Erga migrantescaritas Christi (La caridad de Cristo hacia los migrantes)*, l.c., n. 102.
- 8 *Ibidem*, n. 89



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

JUNIO

- Día 28: Despedida de las Hermanas de la Fraternidad Reparadora de la parroquia de Santa Mariña de Xinzo de Limia.
- Día 28 junio al 1 julio: Jornadas de Programación Pastoral en el Santuario de los Milagros.
- Día 29: En el Monasterio de Santa María la Real de Oseira tuvo lugar la Bendición Abacial del P. Juan Javier Martín Hernández, nuevo Abad de Oseira.

JULIO

Durante el mes de julio el Sr. Obispo ha continuado la **Santa Visita Pastoral** por parroquias del **Arciprestazgo de Verín-Laza**. Ha visitado las parroquias de Santiago de Trez, Santa Cruz de Gondulfes, San Juan de Servoy, San Lorenzo de Toro, San Salvador de Camba, Santa María de Cervedelo, San Vicente de Pepín, San Salvador de Nocado do Val, Santa María de Retorta, Santa Eulalia de Vences y Santa María de Castrelo do Val, Santa María de Matamá y San Juan de Laza, Nuestra Señora de las Nieves de Carraxo, Santiago de Corrichouso y San Pedro de Castro Laza.

- Día 1: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 18: XXXI Encontro con nosos misioneiros, en la parroquia de San Cipriano de Carballiño.
- Día 24: Presentación del catálogo de la exposición del Hno. Luis, O.Cist. sobre San Pablo, en el Monasterio de Santa María la Real de Oseira.
- Día 27: Reunión del Consejo Episcopal.

AGOSTO

Días 18-28: Peregrinación diocesana a Tierra Santa.



Beati misericordes